



*Habrá tiempo para
arrepentirse*

STEVIE TURNER

Habr tiempo para arrepentirse

Stevie Turner

Traducido por James Lupo

“Habrá tiempo para arrepentirse”

Escrito por Stevie Turner

Copyright © 2016 Stevie Turner

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

www.babelcube.com

Traducido por James Lupo

Diseño de portada © 2016 The Cover Collection

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

Habrá tiempo para arrepentirse

Stevie Turner

Copyright Stevie Turner 2015

Editorial Creativa

Tabla de Contenidos

[Página de Titulo](#)

[Página de Copyright](#)

[Página de Copyright](#)

[Habrá tiempo para arrepentirse](#)

[PARTE 1 - PAUL | 1ro DE ENERO 2000 | CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[PARTE 2 - ANITA | 28 DE JULIO 2000 | CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[PARTE 3 - PAUL | 3 DE ENERO 2001 | CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[PARTE 4 - ANITA | AGOSTO 2001 | CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[PARTE 5 - PAUL | DICIEMBRE 2001 | CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[EPÍLOGO - ANITA | OCTUBRE 2003](#)

[FIN](#)

[Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales](#)

[¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas? | Tus Libros, Tu Idioma](#)

Dedicado a toda persona que se haya casado apresuradamente

Aunque los nombres de ciertos lugares sean verídicos, todos los personajes - incluyendo sus nombres - son ficticios y puramente producto de la imaginación del autor. Cualquier similitud con personas vivas o fallecidas es absolutamente coincidencia. Ninguna parte de este libro podrá ser reproducida en ningún medio impreso, electrónico, grabado o copiado sin consentimiento del autor. Caso excepto en breves citas para artículos y reseñas y páginas donde el consentimiento sea específicamente concedido por el autor Stevie Turner.

PARTE 1 - PAUL

1ro DE ENERO 2000

CAPÍTULO 1

Seguramente Darren puso algo en mi maldito trago otra vez; voy a matar al hijo de puta.

Sentado en la cama, froto mis parpados y le doy un vistazo mientras endezco los cobertores. Está desnuda y es bastante atractiva, pero el rubio teñido no alcanza a cubrirle a las raíces y su rostro está completamente bañado en maquillaje. Siempre he preferido un estilo más natural, moderado; así que solo Dios sabe porque me fui con *ella*. Posiblemente yo no hice esa elección, puede que Darren le haya hecho pasar un buen rato y que después me la haya puesto encima tras quedarme dormido.

Siento la boca tan seca como la garganta de un tejón, y siento martillazos dentro de mi cabeza. Necesito café. Quien quiera que ella sea, sigue durmiendo mientras yo me pongo pantalones. Al abrir la puerta de la habitación, alcanzo a ver a Darren, completamente vestido y básicamente muerto sobre el sofá. Debe haber sido una noche jodidamente espectacular; si tan sólo pudiese recordar.

El sonido de la tetara trae a Darren de vuelta al mundo de los vivos. Él entra en la cocina con su peinado tan arruinado que parece tener una tabla de surf sobre la cabeza. Bostezando, busco dos tazas en la alacena y vierto dos cucharadas de café en cada una. Apunto en dirección al cuarto.

“¿Quién es la chica?”

Darren tose suficiente brea para llenar todos los agujeros en la autopista M1.

“¿Me preguntas a mí? Tu eres quien estuvo con ella toda la noche.”

“Si, pero *algún* bastardo metió droga en mis bebidas.”

El veneno en mis ojos le hace saber, con bastante claridad, de quién sospecho. Darren, inocencia encarnada, sólo se encoje de hombros, toma la tetara y vierte el agua hirviendo en las tazas.

“Yo no sé nada, amigo.”

“Si, y mi pene mide 60 centímetros.”

“Desearías ser tan afortunado.” Darren añade café a una tercera taza. “Hey, dale una.”

“Ya le *di una*, ¿no crees?” digo con un suspiro.

“Tal vez; fuiste a toda furia anoche.”

“Mierda.”

La chica se tropieza hacia la sala de estar, con *mi* camisa puesta.

“Café; estupendo.” Ella toma una taza humeante de la barra. “¿Hay azúcar?”

“Ya eres bastante dulce, preciosa.” Darren la mira de arriba abajo.

“Olvidé comprar.” Balbuceo.

“Saldré a comprarla al rato.” La chica se deja caer en mi silla; bebe pequeños sorbos y pone los pies sobre la mesa de centro.

¿Está pensando en quedarse? Resisto mostrar públicamente mi irritación ante sus aires de propiedad. Estoy deseando que ambos se vayan al diablo para que yo pueda andar por mi apartamento en paz y compensar el tiempo que gasté en los excesos de anoche.

“Eso no será necesario. Miren, van a venir unos parientes esta tarde. Imagino que tienen lugares donde estar.”

Espero sonar convincente. Darren asiente al momento que bebe lo que queda en su taza y voltea a ver a la chica.

“Ya es de tarde, pero claro, ya me voy. ¿Quieres que te lleve, preciosa?”

“Me llamo Cat, y *no* soy tu preciosa.”

Esta chica le lanza fuego con los ojos. A estas alturas, no me importa de *quién* sea esta preciosa, siempre y cuando no sea yo.

“Vas a pagar una fortuna para tomar un taxi en año nuevo.” Darren se acomoda el cabello con una mano y busca las llaves de su automóvil con la otra. “Última oportunidad para un aventón. ¿Dónde vives?”

“Abercrombie Road, pero Paul me puede llevar al rato.”

Debo haberle dicho mi nombre en alguno punto, pero no recuerdo haberlo hecho. Trato de disfrazar mi furia incipiente al voltear a verla.

“Ando bajo de combustible y no va haber estaciones abiertas hoy. Donde sea que queda Abercrombie Road, tendrás que llegar caminando si no dejas que Darren te lleve.

“Ok, ok.” Exhala con un poco de rencor. “Debo decir que se siente bien ser querida.”

¡Vete al diablo! Los tambores en mi cabeza comienzan a tocar esa canción de Cozy Powell con el nombre que siempre se me olvida. Ella vuelve a la habitación y emerge vistiendo un mini vestido rojo y ajustado, y una chamarra y tacones negros.

“No encuentro mi celular. Te doy chance de encontrarlo y vuelvo por él mañana.”

“Ajá.”

Si, lo que sea. Sólo vete.

“Nos vemos, amigo.”

Hago un gesto de despedida a Darren mientras él lleva a la chica hacia la puerta. De repente, siento náuseas y apenas logro llegar al retrete antes de expulsar violentamente el café y lo que sea que haya estado supurando en mis entrañas la noche anterior. Después de enjuagarme la boca, me dirijo a la cama y me quedo dormido apenas mi cabeza toca la almohada.

El apartamento está en completa oscuridad para cuando despierto. Reviso el reloj digital; indica 6:08 pm. Todavía puedo percibir el perfume almizclado y empalagoso de esta chica en las sábanas, lo cual me pone de peor humor aún. Rápidamente, enciendo la lámpara, salgo de la cama, y quito el edredón. Tras arrancar las sábanas y las fundas de las almohadas y meterlas en la lavadora, comienzo a sentirme un poco más tranquilo. Añado más jabón que de costumbre para erradicar cualquier rastro de la compañía de esa noche, y me meto a la ducha con un ímpetu inusual. Miro mi reflejo en el espejo después de secarme; cabello castaño rojizo en necesidad de un corte, rostro pálido con la afilada nariz Campbell que heredé del lado de mi madre, y ojos cafés cansados.

“Feliz año nuevo.” Me grito a mí mismo. “Eres un verdadero asno.”

Después de una cena ligera, saco las sábanas y las fundas de la secadora y acabo encontrando el celular que Cat (¿o era Kate?) debe haber escondido entre entré el colchón y la pared. ¿Cómo carajo iba a ir a parar un celular de aquel tamaño ahí sin que alguien lo haya metido en ese preciso lugar a propósito? Hurgo en mi cerebro una vez más y trato de recordar algún vestigio de esa noche, pero me rendí y recé en esperanza de haber usado condón. Pego la mejilla contra la alfombra en búsqueda de evidencia de preservativos usados, sin encontrar nada. Me reviso el compañero, casi completamente quieto en mis pantalones de ejercicio. Afortunadamente, hasta donde puedo ver, no hay ningún salpullido; *todo bien hasta ahora*.

Lo mejor de vivir en Edimburgo y de haber nacido un 31 de diciembre es que Darren y yo siempre podemos celebrar mi cumpleaños al estilo de Víspera de Año Nuevo, y puedo emborracharme en paz sin tener que preocuparme por levantarme temprano e ir a trabajar el día siguiente. Este año no fue la excepción. Me ha tomado casi todo el día sentirme humano otra vez, pero finalmente he logrado llegar a los 21, la edad de la madurez, lo cual coincidió con las celebraciones de fin de siglo. Tengo ahora la llave para la puerta, pero siendo sinceros, esa puerta en particular ha estado bien abierta por ya al menos dos años.

Son casi las 9:30 esa misma noche cuando oigo el timbre. Me cuesta mucho disimular mi decepción ante la imagen de mi más reciente compañera, parada en mi entrada.

“Hola.” Bostezo.

“Dios, por favor trata de contener tu entusiasmo al verme.”

La chica me mira con un poco de maldad, y yo solo deseo que se vaya.

“Lo intentaré.” Asiento.

“Vengo por mi celular.” Lanza una mirada por sobre mi hombro hacia el pasillo.

Había anticipado su visita. Extiendo la mano detrás de mí y tomo el celular que había puesto sobre la mesa.

“Aquí tienes.”

Ella toma el teléfono y lo mete en su bolso.

“¿No me vas a invitar a pasar?”

“¿Para?”

“Café.”

“No lo tenía planeado.” Suspiro.

“¿Puedo pasar a orinar al menos? Me estoy casi mojando.”

“No te tardes, estoy a punto de irme a dormir.”

Ella camina hacia el pasillo y se quita el saco. Más allá de medias de malla y sus tacones negros, no puedo evitar notar que no tiene nada más puesto.

El muchacho se pone más tieso que un ventarrón de marzo. Va a ser una noche larga.

CAPÍTULO 2

“¿Quién carajo crees que soy? ¡Soy Paul *McAdam*, no Paul Getty!”

Me quedo viendo a la media res en mi plato. Cat mastica un pedazo con expresión meditabunda y después me da una sonrisa.

“No te preocupes; yo pagué por ello.”

“¿Con qué? ¿Botones de camisas? El filete no es barato, ¿sabes?”

“Tengo dinero. Tú necesitas mantener tu fuerza.”

Ella hace un puchero con esos succulentos labios rojos suyos, y siento su pie explorándome la ingle por debajo de la mesa. He tratado de resistir los modos insidiosos con los que ha estado adentrándose en mi apartamento y en mi vida por tres meses, ¿pero quién puede rechazar algo que se le ofrece en plato (me refiero al sexo, no necesariamente al filete)? Miro una vez más el festín frente a mí.

“¿Cómo es que tu limosna te alcanza para tanto?”

“No alcanza.”

“Entonces, ¿quién paga lo demás?” Ensarto un pedazo tierno de carne con el tenedor.

“No es de tu incumbencia.”

Distraídamente me pregunto si se mete en asuntos turbios. Pero en realidad, nunca sale de mi apartamento. Debo admitir que el lugar nunca se ha visto tan limpio y ordenado, y después de un día de partirme el lomo frente a una computadora, se siente bien tener la cena lista para cuando cruzo la puerta. Pero en este momento preferiría una sirvienta personal y no una esposa. Apenas tengo 21 años, no estoy listo para sentar cabeza y usar pipa y pantuflas.

Es día de paga y Darren me debe una bebida. Se nos paga semanalmente en Computadoras Dodd, así que le acepto la oferta antes de que se lo gaste todo y empiece a pedirme dinero, como de costumbre. Dejo a Cat en el apartamento, quejándose de tener que pasar la velada sola.

“Me voy a aburrir, no hay nada en la tele hoy.” Suspira al sentarse en el sofá con sus pies sobre mi mesa de centro. Toma el control remoto y cambia canales segundo a segundo.

Quiero salir con mi amigo. No tiene nada de malo y se lo digo como lo que es.

“Es cosa de hombres. Vamos a hablar de motocicletas, mujeres y cerveza.”

“Mientras eso sea todo lo que vayan a hacer.”

¿Cuál es el problema con las chicas que apenas meten los pies bajo tu mesa quieren apoderarse de tu vida? Ni siquiera salí a buscar a Cat; ella me encontró, igual que el felino en su nombre. Los alimentas y ya son tuyos. No sé de donde salió, pero ahora vive en mi apartamento y dicta que puedo o no hacer en mi tiempo libre. Esto ya está todo al revés.

“Mira, si una chica me habla en el pub, no la voy ignorar, ¿ok?”

“Pero ahora estás conmigo.” Cat se queja, pone abajo el control y se me queda mirando.

“No somos siameses. Déjalo ser; es solo una noche de hombres en la ciudad, nada más.”

Darren ya estaba en la primera ronda para cuando entré en el bar, The Rat and the Pigeon.

“Saludo, amigo.” Tomé un trago largo de ale. “Me hacía falta.”

“¿Qué pasa?” Darren me mira con interés.

“Maldita Cat.” Sacudo la cabeza. “Creo que quiere beber, y casarse. No quiero pasar el resto de mi vida con ella. Me sofoco.” Me bebo el resto del vaso en un solo trago.

“Dios, sólo tiene semanas que la conoces.”

“Si.” Asiento. “Voy a terminar con ella; ya no la soporto.”

“Llévala a un lugar público donde no haga una escena.” Darren aconseja, con un bigote de Guinness. “Es lo que tuve que hacer con Jane.”

“¿Cómo se lo tomó?” Pregunté con gravedad.

“Se salió del restaurante y me dejó ahí sentado como un completo imbécil, pero lo dicho, dicho está, por así decirlo.”

“Cat solo limpia, cocina y todo eso.” Pongo los ojos en blanco. “Pero el sexo es increíble.”

“¡Carajo! ¿De qué te quejas entonces?” Darren suelta una risotada.

“No es un chiste.” Sombríamente miro el fondo del vaso. “Apenas me voltee y habré tenido seis hijos con ella.”

Abro la puerta y veo a la Señorita Perfecta una vez más, con un par de chicas; esta vez estaba vestida de rosa pálido. La he visto un par de veces en este bar últimamente y siempre me cuesta apartar la vista de su cabello rubio en cascada hasta su cintura; brilla y oscila y parece moverse bajo las luces del bar como si tuviese vida propia. Darren sigue la dirección de mis ojos y me hace una sonrisa descarada.

“Olvídalo; está fuera de tu liga.”

“Un hombre puede soñar, ¿no?” Alzo mi vaso. “Me toca esta ronda, ¿otra Guinness?”

“Adelante.”

Al llegar a la barra, me aseguro de estar tan cerca de esta belleza como me es posible

sin transgredir su espacio personal y así, evitar una golpiza. Me volteo para verla y contorsiono mis facciones hasta formar una mueca que espero parezca una sonrisa.

“¿Puedo invitarte una copa?”

Una de las chicas se ríe disimuladamente, y estoy seguro de estarme sonrojando furiosamente. Eso nunca me pasa; podría apuñalarme en el brazo. Obviamente, mi predicamento le causa gracia, pero no dice nada. Completamente avergonzado, vuelvo hacia Darren con dos vasos llenos.

“Nunca entenderé a las mujeres.” Pongo los vasos sobre la mesa con más fuerza de la necesaria. “Malditas lesbianas.”

“¿Te rechazo?” Darren trataba de no sonreír.

“Ni siquiera se molestó en contestar.”

“Bueno, aún tienes a Cat en casa.”

“Dios...”

Sentí deseos de tomar hasta el olvido. Mi vida se está yendo a la mierda.

Afortunadamente, la tercera ronda me alegró un poco. Darren va a orinar, y yo siento un dedo sobre mi hombro mientras me decido si pedir una brocheta o un curry. Miro atrás y veo los iridiscentes ojos grises de aquella rubia perfecta; el tiempo se detiene por un momento. Se inclina un poco y el escote de su camiseta me deja ver un poco de su sostén rosado.

“Disculpa a mis primas, son groseras. *Puedes* invitarme una copa, si quieres.”

No estaba seguro de haberla oído bien, y por un rato no se me ocurre qué decir.

“Eh, ¿mañana?” Mi boca se queda tan abierta como la entrada del túnel St. Leonard.

“Ok, a las ocho entonces.”

“Ah, ¿c-cómo te llamas?” Alcanzo a tartamudear.

¡“Anita Fairfax, ¿tú?”

“Paul, Paul McAdam.”

Se sonrío y vuelve con sus primas, dejándome absorto; probablemente sólo sea efecto parcial de dos vasos de Guinness y uno de oscura, pero definitivamente el escote de Anita, su figura y sus piernas tuvieron algo que ver.

CAPÍTULO 3

Al salir de la oficina, decido que voy a llegar ‘elegantemente tarde’ al pub; nunca se ve bien tanta puntualidad. Sin embargo, tengo que convencer a Cat de que tengo que quedarme trabajando hasta tarde. Esta intrusión en mi libertad me está haciendo enojar un poco; ahora quiere saber dónde voy a estar a cada hora del día. Esto tiene que acabar.

En la privacidad de mi carro, tomo el celular, ignoro el mensaje de Cat y llamo al teléfono de mi apartamento. Ella contesta inmediatamente.

“¿Dónde estás?”

“Tengo que quedarme a trabajar hasta tarde.”

“¿Por qué?”

Se oye de mal humor. Pues yo también lo estoy.

“Un cliente en los Estados Unidos está teniendo problemas con un software. Tengo que llamarlo y tratar de resolver el problema en tiempo real. Sólo está disponible desde las 3 en su zona horaria, y eso equivale a las 8 aquí. Voy a tener que estudiar el manual del software desde antes, pero al final puede que todo dependa de la interface biológica.”

“¿Qué?”

Se oye confundida y sorprendida por mis conocimientos técnicos, pero decido ponérselo fácil.

“Problema de dedos.”

Me sorprenda la verosimilitud de mi excusa. Cat se la traga toda.

“Oh; está bien. Puedes calentar tu cena en el microondas cuando llegues.”

“OK.” Suspiró aliviado. “¿Qué tienes planeado para hoy en la noche?”

En realidad no me importa lo que tenga planeado, siempre y cuando no sea conmigo. Apenas escucho lo que está diciendo. Sólo puedo pensar en Anita Fairfax.

“Creo que iré a The Riot House con Kerry.”

“Diviértete.”

“Si, nos vemos.”

“OK.”

Apago el celular. Estoy feliz de haberme salido con la mía. Enciendo el auto y me dirijo al pequeño apartamento de Darren para tomar un baño y afeitarme.

O puede que Anita haya llegado y no me haya visto y entonces se haya ido, o que me esté haciendo esperar más tiempo del que yo decidí dejarla esperar. Doy un vistazo a mi teléfono; 8:40. El pub está lleno a casi la mitad. Pido una cerveza y me siento con ojos sobre la puerta. Maldigo mi pierna derecha, moviéndose frenéticamente por los nervios.

Estoy a punto de decidir irme a las 9:05, cuando ella entra como si fuese la Reina de Saba. La cabeza de cada varón gira en dirección suya, y me siento como una clase de príncipe al ver sus zancadas, determinada en mi dirección.

“Disculpa por llegar tarde.” Se acomoda el cabello. “¿Estuviste esperando mucho tiempo?”

Me ahogo en su perfume y logro disimular mi fastidio.

“No, apenas llegué.”

“Qué bueno.”

Ella se sienta frente a mí al otro lado de la mesa, y mira esperanzada hacia la barra. Me pongo de pie y saco la cartera.

“¿Qué tomas?”

“Hmm... Pimms con limonada, por favor.”

Ella me hace una sonrisa que me debilita las rodillas. De repente, me importa un culo de rata que haya llegado una hora tarde. Camino hacia la barra como si fuese dueño del lugar y le lanzo un guiño conecedor al dueño del lugar.

“Hey, Ray. Un Pimms con limonada y una oscura.”

Ray carraspea con desprecio al comenzar a servir las bebidas.

“Te puedo pasar la limonada sin el Pimms, o me quitan la licencia. Y yo conozco a su padre, Mike Fairfax, y él me quita las pelotas. Pero esa Anita es una preciosidad, ¡granuja suertudo!”

“Todas acaban cayendo ante mi encanto.”

“Vete al carajo.” Ray contiene la risa.

Ella se sienta con recato, ignorando las miradas obvias sobre ella. Vuelvo a la mesa y me siento frente a ella, tratando de tapar los ojos de la clientela, masculina en mayoría.

“Hace poco te he visto por aquí.” Le paso su bebida. “¿Te acabas de mudar?”

“No, vengo de visita desde Londres. Vengo a ver a mi papá y a mi madrastra. Paso por aquí a menudo, de hecho.”

Siento la decepción como un cuchillo en las entrañas. Su acento del sur de Londres es música para mis oídos, y sudo al verla cruzar las piernas y tomar de su vaso.

“¿Trabajas en Londres?”

Me sumo en el asiento. La pregunta se oye completamente banal. Sin embargo, nada me prepara para su respuesta.

“Sí, soy actriz. ¿Y tú?”

Me toma por sorpresa y no sé si tomarla en serio, así que le sigo el juego.

“Soy piloto de aerolínea.”

“¿En serio? Le brillan los ojos antes de darme una mirada escéptica. ¿No eres un joven para eso?”

“Tengo 21 años y soy un genio de la aerodinámica. Salgo mañana a Australia, así que aprovéchame.”

Mira mi cerveza con sospecha.

“Yo creía que los pilotos no podían tomar antes de un vuelo.”

“Solo yo.” Me acabo la mitad de mi vaso en un solo trago.

“Gracias a dios que no soy pasajera.”

Comienzo a disfrutar la broma, me relajo y dejo de sudar.

“Entonces, ya en serio, ¿de qué trabajas?” La miro en ese modo peculiar que hace a Cat chillar de alegría.

“Tengo 17, 18 en agosto. En realidad sigo en la universidad.” Se ve tímida ante la revelación. “Estudio Artes Escénicas, pero actriz se oye mejor.”

Más joven de lo que pensaba; Ray tenía razón. Tendré que andar con cuidado.

“Ah, entonces no te preocupes.” Me encojo de hombros. “No soy piloto.”

“Me imaginaba.” Ríe. “¿De qué trabajas?”

“Soy de soporte técnico para una compañía de software aquí en Edimburgo, pero piloto se oye mejor.”

Los dos nos carcajamos, y comienzo a disfrutar mucho su compañía. Es ahí que empiezo a querer pasar el resto de mi vida con ella.

“¿Cuánto tiempo vas a estar por estos rumbos?” Me arriesgo a preguntar algo que no quiero averiguar.

“Un par de días. Estoy aquí para Pascua. Las clases empiezan la semana entrante.” Asiente. “También estoy aprendiendo a conducir. Mi papá me dice que si apruebo, me comprará un auto.”

“Que suertuda.” Suspiró. “Mi padre se orinaba el dinero sobre la pared.”

“¿A qué te refieres?”

Parece confundida. Ella tiene un aire de inocencia que contrasta mucho con su apariencia. Me siento mal por haber usado esa expresión.

“Se lo gastó todo en la bebida.”

“¿Es que todos los escoceses son alcohólicos?” Sus ojos brillan otra vez.

“Él lo era; yo no.” Le sonrío. “Pero estoy trabajando en ello.”

Salen las últimas órdenes y me desanima que la velada haya llegado a su fin. Pasamos toda la noche conversando y sólo me tomé dos oscuras; Darren se burlaría de mi si se enterara.

“¿Podemos vernos mañana?” Me aferro a un poco de esperanza.

“Claro, si quieres. Mi papá debe estar esperándome afuera, así que mejor me voy.”

Se pone de pie y me dan ganas de celebrar con un puño al aire.

“¿Mismo lugar, misma hora?” Le pregunto mientras le ayudo a ponerse su abrigo.

“OK.”

Me siento tan emocionado que no sé si atreverme a besarla o no. Miro por sobre su hombro y parece que Ray y todos los demás miran en nuestra dirección para enterarse. Al final, decido no preguntar y la dejo ir.

CAPÍTULO 4

Cat sigue despierta, mirando la televisión, para cuando llego a casa. No sé cómo es que pude permitir que nuestra no-relación haya seguido hasta este punto. Esta noche encontré a la mujer con la quiero pasar el resto de mi vida, y desgraciadamente no es ella quien tiene los brazos alrededor de mi cuello en este momento.

“Hola.” Me besa. “¿Estuviste en el pub?”

“Fui por un trago rápido con Darren después de trabajar.” A estas alturas soy un experto en el arte de la mentira. “Tendré que quedarme hasta tarde por un par de noches más, pero todo deberá volver a la normalidad la próxima semana.”

Eso espero con fervor. Para mí lo normal significa solo una persona en mi apartamento y tener la cama para mí solo. Necesito encontrar un modo de volver a esto. Cat mordisquea mi cuello y se frota contra mí.

“Hoy nos planeé unas pequeñas vacaciones. Dos semanas en Menorca. Aparta las últimas dos semanas de julio mañana que estés en la oficina.”

“¿Qué?” Pasmado, la mantuve al alcance de mi mano. “¿Quién pagó eso?”

“Yo.” Cat sonrío. “No te preocupes, no tendrás que gastar nada.”

“¿Podrías haberme preguntado antes!” Sentí justa indignación ante la creciente pérdida de control sobre mi vida. “¿Y de dónde sacaste dinero para unas vacaciones en España?”

“Ya te dije; no es de tu incumbencia.” Cat sonrío con ademán misterioso mientras me desabrocha los pantalones. “Tal vez podrías mostrarme lo agradecido que estás conmigo por estar cuidándote tan bien.”

¿Quiero ir a Menorca? Absolutamente, pero con Anita. No obstante, ya está hecho y no puedo escaparme de este viaje. Pero estoy determinado a terminar la relación después de estas vacaciones. Hasta entonces, tendré que soportar el sexo con Cat mientras imagino que le hago el amor a Anita. Quién sabe, tal vez incluso podré sustituir su rostro en el momento justo. Es un trabajo duro, pero alguien tiene que hacerlo.

Esta noche llego puntual, y a mi sorpresa, ella también. Un tipo que imagino que es su padre se estaciona frente al pub al momento en que llego al lugar; puedo verlo dándome un vistazo mientras abre la puerta del pasajero. Decido darle tranquilidad. Le sonrío a Anita, quien se ve absolutamente arrebatadora en sus jeans y blusa amarilla. Me inclino a altura de la ventana del conductor y miro al hombre de cabello cano con anteojos sin armazón, vestido casualmente de pana y camisa de manga larga. Su anillo de bodas da pequeños golpes contra el volante al ritmo de una canción en el radio.

“Hola, soy Paul McAdam.” Extiendo mi mano derecha.

“Gusto de conocerte.” El hombre estrecha mi mano. “Soy Mike Fairfax, el papá de Anita.”

Su apretón de manos es firme, y mejor aún, no parece tener intención de salir y romperme la nariz. Parece un buen sujeto, y siento un brillo de aceptación de su parte.

“Recogeré a Anita a las 10:30.” Mike Fairfax se expresa con una sonrisa.

“Absolutamente.” Asiento estúpidamente. “Aquí estaremos.”

Camino a la entrada del pub, Anita me sonrío.

“Disculpa a mi papá; es un poco sobreprotector.”

“Y debería. Para eso están los papás.”

“En casa, mi mamá me deja hacer lo que quiera, pero mi papá puede llegar a ser un fastidio.”

“Tienes 17 años; el sólo te está cuidando. ¿Tu mamá se volvió a casar?”

“No, sólo somos nosotras dos.” Anita se sienta en la misma mesa de la noche anterior. “Mamá y papá se divorciaron cuando tenía 7 años. Papá se casó con su secretaria y mamá se consiguió un novio, pero dice que nunca quiere volverse a casar.”

“Siento oír eso.” Pongo rostro avergonzado. “Mi papá se largó hace años. No puedo decir que estuve muy afectado en aquel entonces; todo lo que hacía era discutir. Tengo un hermano, Terry, pero él vive en Australia. Por cierto, ¿qué quieres tomar?”

Hace una risa como de hada, y se me queda mirando.

“Solo un refresco, por favor. El barman conoce a mi papá, y sabe que soy menor de edad. Creo que por eso se me queda viendo.”

“Eso es porque es un cachondo y tú te ves apetitosa.”

“No digas esas cosas.” Se sonroja pero se ve alagada.

A veces es un alivio no tener que seguirle el ritmo a Darren. Hasta pido un jugo de naranja, para sorpresa de Ray y Anita. Yo sólo me quedo ahí sentado, ignorando a todos los demás, mientras ella y yo nos miramos con lentes de color de rosa. Por primera vez en mucho tiempo, me siento relajado y no quiero más que saber todo acerca de ella.

“Entonces, ¿cómo son tus clases?”

“Me encantan; hacemos actuación, canto, y coreografía. Quiero ser de esas bailarinas que ves en los shows del West End.”

“Excelente.” Asiento, incapaz de quitarle mis ojos de encima. “Estoy seguro de que tendrás éxito. Sólo tienes que creer en ti misma.”

“Mi mamá tiene un par de contactos en el negocio. Solía hacer modelaje.” Tomó un sorbo de su vaso y me da toda su atención. “¿Cómo es tu trabajo? ¿Te gusta más que pilotar aviones?”

Pongo los ojos en blanco y me río.

“Ah... disculpa por eso. Si, estudié computación en la universidad. Trabajo para Computadores Dodd. No está tan mal; ayuda gente que no quiere o no puede entender manuales de software.”

“Como yo.” Se ríe.

“No, nada como tú. He descubierto que mucha gente no quiere saber cómo hacer las cosas. Si compran una de nuestras computadores, quieren que alguien lo hago por ellos; ahí es donde entro yo... vienen a la oficina y yo les explico todo, o a veces resuelvo el problema por chat o teléfono.”

“Entonces eres como un nerd de soporte técnico.” Anita ríe un poco más.

“Si, algo así. Pero dejé los lentes en casa, así que puede que choque contra las mesas.”

Su risa es infecciosa... El jugo está asentado en mi estómago como si fuese concreto y de repente, la quiero para mí sólo.

“¿Gustas un paseo en el parque? Está del otro lado de la acera.”

“Claro.” Se acaba su refresco, se levanta, y se pone la chaqueta. “Pero primero, quiero pasar al baño.”

La espero afuera del pub. Estoy tan feliz que floto. A estas alturas ni siquiera tengo ganas de acostarme con ella. Bueno en realidad sí, pero no me importa si tuviese que esperar el resto de mi vida. ¿Es esto el amor? Creo que puede ser.

Ella enlaza su brazo con el mío mientras cruzamos la calle, y me siento como el rey del mundo. Quiero que esta noche dure por siempre. Hay un partido de futbol en el pasto. Alcanzo a reconocer a algunos de los jugadores, y quiero que todos ellos vean a Anita. Nos sentamos en una banca al borde del campo y miramos el juego. Ella siente un escalofrío y se me acurruca.

“Tengo frío.”

“Su delgada chaqueta no es práctica para una noche de abril en Escocia. Me atrevo a poner mi brazo alrededor de sus hombros, y ella no se resiste. No me importa si mi trasero se congela entero, estoy feliz de pasar la noche aquí si ella está conmigo. Mis amigos nos lanzan unas cuantas miradas, mis dedos se ponen azules, y mi corazón está a punto de reventar de alegría.

Al término del partido, me doy cuenta de que no siento mis dedos, y me doy cuenta de que posiblemente los dos estemos sufriendo los primeros síntomas de la hipotermia.

“¿Regresamos al pub para una bebida rápida antes de que vuelva tu papá?”

Anita solo puede asentir. Una maravillosa ráfaga de calor nos recibe al volver al The Rat and the Pigeon. Le deslizo cinco libras a Ray y le pido un par de whiskies. El niega con la cabeza en dirección a Anita y me dá un whiskey, un ginger ale y el cambio. Vuelvo a la mesa, con la espalda hacia él, mezclo ambos vasos y lleno el de Anita hasta la mitad.

“Toma, esto te ayudará a entrar en calor.”

Ella se lo toma en un instante, tosiendo ante el contacto del whiskey sobre su garganta, y el color regresa a sus mejillas. Tomo sus manos entre las mías.

“Te voy a extrañar cuando vuelvas a Londres.”

“Yo también te voy a extrañar.” Ella esnifa. “Tengo congestión.”

“Qué lindo; gracias por compartir esa información.”

“El gusto es mío.” Se ríe y entonces su cara se ve triste. “Mi papá me va a llevar de vuelta a Londres pasado mañana.”

“¿Puedo verte una vez más antes de que te vayas?” Aprieto gentilmente sus dedos.

“Si, eso me gustaría.”

“Toma; escribe aquí tu dirección de correo.” Le paso mi portavasos. “Y tu celular. Te veré aquí a las 7 si quieres.”

“OK.”

Anita me deslumbra con su sonrisa y los dedos de mis pies se contraen al retorno del portavasos. Guardo la información cuidadosamente y le doy un beso en la punta de sus labios. Definitivamente hay una respuesta favorable y sé que mañana va a ser aun mejor.

CAPÍTULO 5

La realidad me cae como un yunque al volver a casa con Cat... no tengo la menor idea de cómo salirme de esta trampa en la que me he dejado caer. Su amor es como el de una sanguijuela; lenta y seguramente, me está chupando la vida mientras ella se hincha y se relame de gusto. Sacudo la cabeza al entrar. Algo tiene que hacerse, y *rápido*.

Ella está parada en el pasillo al momento que abro la puerta. Esta vez está desnuda salvo por un número bastante apetecible de lencería negra; corsé, liguero y medias. Curiosamente, y no es la primera vez que ha pasado, descubro que nada pasa con mi muchacho inferior. Suspiro.

“Te vas a resfriar.”

“Ah, pero te encanta.”

Ella presiona su cuerpo contra el mío y podría jurar que está ronroneando. Pero yo ya conocí a la chica con la que me voy a casar, y no es con la que está enrollando su pie alrededor de mi pierna izquierda.

“Basta; estoy exhausto.”

“Tanto trabajar y nada de diversión hacen de Paul un chico aburrido.”

Su lengua se mete en mi oído derecho, y a la experiencia no es agradable. Son las 11 y sólo quiero dormir y soñar con Anita.

“¿Quieres una taza de té?” Me esfuerzo por quitármela de encima. Hace un puchero y desenreda sus extremidades de mí.

“Quiero algo más. He estado aquí toda la noche, Esperándote.”

“Cat, tenemos que hablar.”

Me dirijo a la cocina y pongo agua a calentar. Ella me sigue.

“¿Qué pasa?”

Ella se recarga contra la barra, luciendo su atuendo, sensual y bochornoso. Es en este momento cuando la mayoría de los hombres habrían seguido sus instintos y hecho algo además del té, pero té es lo único que tengo ganas de hacer.

“No puedo ver un futuro para nosotros, Cat.”

Revuelvo los cúmulos de azúcar en espera de la repercusión.

“¿Qué estás diciendo?”

“Exactamente lo que digo. Quiero terminar nuestra relación.”

“¿Por qué? ¿Qué hice? Creí que estábamos bien.”

Cat se ve a punto del llanto, y me siento como un completo imbécil por guiarla en esta dirección. No puedo más que mirar al suelo.

“Encontré a alguien más.”

En un instante, escucho la mezcla sonora de su aliento súbito y sus tacones agrietando el linóleo.

“¡Bastardo! ¿Entonces no estuviste en el trabajo?”

“No.”

La bofetada resultante no es nada inesperado. Lo que no anticipaba es el desastre lloroso al que mi tentadora se redujo en el espacio de un nanosegundo. Nunca he sido bueno lidiando con lágrimas, y esta vez no será la excepción.

“¡No tengo a donde ir!” Sus lágrimas caen como la lluvia al momento que se abalanza a mis brazos.

“¿Dónde vivías antes?” Pongo la tasa sobre la barra para no derramarla sobre ella.

“Con un novio.” Cat sollozaba. “¡Pero el también me mandó al demonio!”

“No hay prisa para que te vayas. Quédate hasta que encuentres donde rentar.”

Suspiro y la abrazo. Ella deja de llorar en un instante, y como la difunta Princesa Diana, comienzo a preguntarme si habríamos tres en algún matrimonio futuro.

Cat sigue durmiendo cuando la alarma me despierta a las 6:30. Me levanto de la cama y voy al baño a asear y afeitarme. No oigo nada en la habitación cuando tomo las llaves de mi carro y abro la puerta.

Antes de encender el auto, miro mi teléfono. Un mensaje de Anita.

‘¡Buenos días! ¡No me digas... estás en un avión y no puedes explicarlo!’

¿Alguna vez han deseado retractarse de algo que han dicho? ¿En qué diablos pensaba cuando le dije que era un piloto de aerolínea? Nunca me va a dejar olvidarlo. Es demasiado temprano para pensar en algo ingenioso que decir, así que responde simplemente.

‘¿Todavía quieres que nos veamos esta noche?’

El teléfono vibra al momento de salir de la acera. Miro a ambos lados para asegurarme de que no haya ningún policía detrás de los arbustos, desacelero y leo la respuesta con una sonrisa.

‘Sip.’

No puedo dignarme volver a mi apartamento después de trabajar, así que me quedo en el apartamento de Darren, pero cuando una ex-novia anda cerca, no se necesita ser un astrofísico para saber que no soy querido ahí. Me dirijo al pub a las 6:30, pero Anita ya está esperando afuera. El sólo verla me causa placer.

“¡Hola! ¿Llegas temprano o llego tarde?” Le doy beso y me ahogo en sus ojos.

“Los dos llegamos temprano.” Se ríe y enlaza su brazo en el mío. “Vamos a caminar. Mi papá no viene sino hasta las 10:30.”

Me subo el collar de la chamarra en un intento inútil de protegerme contra el viento.

“¿A dónde quieres ir entonces?”

“Vamos a tu apartamento. Queda cerca, ¿no?”

Sufro uno de esos momentos en se hunde el corazón hasta el fondo del estómago con tanta sutileza como me es posible.

“Ah... podríamos ir, pero sabes que esperar de un apartamento de soltero...”

“Está bien, no tengo ningún problema con eso.”

¿Qué hacer? Dejar que Anita conozca a Cat vestida de corsé pondría final a una hermosa relación. Los engranajes en mi cabeza trabajaban a velocidad supersónica, tratando de ingeniar una excusa.

“No he limpiado. Es un chiquero.”

“Tengo la impresión de que no quieres que vea donde vives.”

Su tono es burlón, pero su expresión es seria. Reaciamente acepto a llevarla a mi apartamento. Rezo para que Anita no descubra a mi ‘compañera de apartamento’.

Al dar la vuelta en Hayes Road, puedo ver que el apartamento está a oscuras. Giro la llave y no hay nada más que silencio al cruzar la puerta. Enciendo la luz del pasillo y rápidamente pongo mi chaqueta sobre la sudadera rosada de Cat colgando del perchero.

“Bonito apartamento.”

Veó la cabeza de Anita girando para absorber toda la escena. Se me ocurre que el mejor lugar donde llevarla sería la cocina.

“Ven, voy a servirte un poco de café.”

Me siento un poco más relajado ante el parpadeo del foco. Sus ojos no se pierden de nada.

“Creí que decías que el lugar estaba desordenado. A mí me parece que está muy limpio.”

Vierto una cucharada de descafeinado en dos tazas y espero a que el agua hierva, sintiéndome, por alguna razón, orgulloso de ingeniar como hacer tiempo para des’Cat’ear el resto del lugar.

“Hagamos esto; haces el café y yo abro las cortinas.”

“Trato hecho.”

Opero frenéticamente. Enciendo la lámpara de la alcoba, cierro las cortinas, quito uno de los sostenes de Cat del respaldo de una silla, junto con una revista para mujeres sobre la mesa de centro. Miro a mi alrededor con desesperación al escuchar pasos, así que escondo ambos bajo el sofá y espero que no haya más evidencia incriminante a la vista.

“¡Me encanta tu apartamento! Aquí está tu café.”

“Gracias.”

Me siento en el sofá como si nada pasara, y trato de alentar mi pulso. Anita me da una taza y se acurruca junto a mí.

“No quiero irme mañana.”

“Yo tampoco quiero que te vayas.” Sacudo la cabeza y suspiro.

“Volveré en el verano. Hasta entonces podemos estar en contacto por teléfono.”

“¿Puedes darme un beso?” Me sorprendo en mi arrebatado de frustración y anhelo.

“Creí que nunca lo dirías.”

Dejamos las tazas sobre la mesa casi al mismo tiempo y nos fundimos en los brazos el uno del otro. Casi exploto cuando ella susurra esas palabras que todo hombre anhela escuchar en un momento de crisis.

“Estoy tomando la píldora.”

Podría haberme derrumbado con una pluma. Yo estaba pensando que ella era pura como la nieve recién caída, solo para descubrir que otras huellas ya habían atravesado esa ventisca para encontrar el jardín de los deleites al otro lado.

Logro disimular mi decepción de no ser el primero, por así decirlo, y me pregunto cómo se comparan mis habilidades junto a las de exploradores pasados cuando ella su oración al tiempo que se quita la ropa interior.

“Mi mamá me la dio para el acné. Tu eres mi primera vez.”

¿Qué puede hacer un hombre cuando tiene dos horas libres y se le ofrece una vez más en un plato? Doy mejor de mí ante la situación, y con mi propia lanza leal y valiente, emprendo la conquista del terreno bajo mis pies para llegar al Nirvana con un jadeo de regocijo.

Eran las 10 y aún no nos habíamos levantado del sofá. Estábamos envueltos el uno en el otro. Doy un vistazo a mi reloj.

“Tu papá nos vas a estar esperando en el pub dentro de poco.”

“¡Dios!” Ella salta del sofá. “¿Dónde está tu baño? ¡Tengo que arreglarme!”

Corremos tan rápido como podemos tras dos horas de placentera exploración mutua y alcanzamos a llegar al pub justo antes de que su padre llegara. La beso una última vez en la privacidad del pórtico.

“Mándame un mensaje cuando llegues a Londres.”

“Claro. Paul...”

“¿Sí?”

“Creo que te amo.”

Le sonreí.

“¡Yo sé que te *amo!*”

Y así, ella se había ido.

Cierro la puerta de mi apartamento y me recargo sobre ella con un suspiro de alegría. Saco el sostén de Cat y la revista de debajo del sofá y me encamino al baño para una ducha. Limpio y seco, salgo desnudo hacia la habitación para encontrar los shorts de mi pijama. Al abrir la puerta, enciendo la luz y veo a Cat, todavía vestida en su lencería preferida; corsé, liguero y medias. Sus brazos y piernas estaban extendidos y sus muñecas y tobillos esposados a las cuatro esquinas de la cama. Una almohada cubre parte de su rostro, púrpura al quitarla. Su cuerpo se siente frío. Cat está muy, *muy* muerta.

CAPÍTULO 6

No tengo idea de por cuánto tiempo estuve ahí parado, viendo a Cat. Si, la quería fuera de mi vida, pero no así. La simple vista me revuelve el estómago; las sensaciones y recuerdos de la noche se esfuman en un santiamén.

Dentro de poco, mi apartamento se encuentra inundado de policías, forenses y enterradores. Los vecinos tratan de enterarse de lo que ocurre al pasar por mi puerta, y uno incluso logra entrar hasta el pasillo para preguntarme qué ocurre; yo, por mi parte le digo se vaya al diablo.

Doy mi declaración y tengo el presentimiento de que sospechan de mí. Se me informa que la investigación está por comenzar y que tendré que ir a la estación de policía para un interrogatorio el día siguiente, y posiblemente en un par de ocasiones más. La policía me pide los números de Darren y de Anita para corroborar mi coartada y que deje la habitación completamente para los forenses.

Un sentir de desaliento se posa sobre mí, pues me doy cuenta de que la única persona que puede corroborar mi coartada es Anita, y nuestra relación floreciente probablemente acabará antes de que pueda empezar cuando se entere de que he estado viviendo con una prostituta. Ciertamente, la policía me informa que Catherine Taylor tenía historial en esa línea laboral a lo largo de la zona roja de Edimburgo. Y ahí estaba yo, un tontuelo, preguntándome de dónde venía el dinero para esas vacaciones en Menorca y los filetes; todo ese tiempo, Cat estuvo usando mi apartamento como burdel mientras yo trabajaba. Caí completamente.

Después que se hubo ido la policía, saco cobertores y una almohada de un armario, listo para pasar la noche en el sofá. Me alegra no dormir en la cama donde Cat murió. Liberaron su cuerpo de las esposas y lo transportaron en una ambulancia privada para espectáculo de los morbosos locales. Siento que he estado montándoles una especie de teatro para su conveniencia. Me siento menos feliz al pasar la noche en ese sofá donde hace unas horas Anita y yo hicimos el amor, pero no tengo otra opción. Al tiempo que intento ponerme cómodo, suspiro al pensar en la llamada que tendré que hacer a Anita en la mañana. Soy un cobarde si se trata de ella, y no quiero una confrontación que arruine nuestra felicidad, y en este momento, no puedo ni soportar pensar en ello. Tan pronto sepa, su padre se va a ensuciar las manos y yo seré vilificado por toda la eternidad, especialmente cuando se entere de lo que su hija y yo hicimos, que yo tomé la virginidad de Anita. Elijo la negación y cierro los ojos.

El coro del amanecer es ensordecedor. Siento la tortícolis fastidiándome cuando veo la hora; 5:47. Todavía es demasiado temprana para llamar a Anita. Me paro y espero que la policía no la despierte demasiado temprano.

Tuesto un poco de pan y tomo café para el desayuno. Abro la puerta de la habitación cuidadosamente con la punta de mi pie; puede que tenga una infame necesidad de ver el interior de la escena. El contorno de Cat sigue trazado en el edredón junto con las cuatros esposas abiertas. Me alivia que no haya sangre sobre la superficie del edredón. No parece que haya habido forcejeo.

Entristecido, entro a la ducha. Una vez vestido, me doy cuenta de que tengo dos llamadas perdidas de Anita. Rápidamente busco su número; apenas suena la línea y ella ya está hablando a mil por hora.

“¡La policía me llamó, maldito! ¡Sales conmigo pero vivías ya con alguien! Mi padre tuvo razón desde el principio. ¡Dijo que te sentía sospechoso, y yo te defendí! ¡Ahora tu novia está muerta y...!”

¡Espera, espera!” Interrumpo. “Primero, ¡Cat no era mi novia!”

“¿Pero dormía en tu cama?”

El tono de su voz refulgía con ira. Sé que no importa cómo lo explique, le entrará por un oído y le saldrá por el otro. Estoy completamente *jodido*.

“Por favor, déjame explicar... ¡te amo!”

Quiero llorar por esta situación. La chica de mis sueños está distanciando más y más y seguramente su padre me romperá la nariz si llego a verlos más tarde en la estación.

“¡Vete al diablo!”

Ella cuelga y todo lo que escucho es el tono perenne de la llamada terminada. Una parte de mí está también terminada, muerta; es la parte que había estado dentro de la chica más hermosa de todo el mundo ayer por la noche. Decido en ese momento que si no puedo volver a hacer el amor con ella, tampoco querré hacerlo con nadie más por el resto de mi vida. Nadie más será comparable para realizar el sueño de una vida feliz. Sólo me queda existir hasta lograr ganármela de vuelta.

Ella está sentada junto a su padre en la sala de espera, y ambos me miran con animosidad al momento que me presento con el sargento en la recepción. Me siento como el criminal que todos sospechan que soy.

“Hola, Anita.”

Me volteo hacia ella y simultáneamente lleva sus ojos al suelo. Su expresión es ausente; mi suerte se ha acabado. Mike Fairfax se levanta y se pone en frente de su hija, bloqueando todo contacto visual.

“Me llevo a Anita a Londres después de esto.”

Estoy contra la pared. Me ha dado una sentencia de muerte sin necesitar un juicio, un abogado, o un jurado.

“Quisiera tener oportunidad de explicar.”

Mi voz tiembla de ira. Mike Fairfax se acerca a mí.

“La tendrás en un minuto.” Apunta con su pulgar hacia alguien que se acerca. “No puedo esperar a oírla.”

Estamos en la sala de audiencias, sentados frente a una larga mesa oblonga. Yo estoy en el extremo más alejado de Anita y Mike Fairfax y el Detective Elliott. Ella mantiene los ojos sobre una taza de café frente a ella. El detective me mira sin parpadear, suspira y hace mano de un bolígrafo.

“Empecemos.”

Me doy cuenta de que no importa qué diga, nadie va a creerme. Estoy condenado incluso antes de empezar.

“Desperté una mañana y Catherine Taylor estaba en mi cama. No tengo recuerdo de cómo llego ahí.”

Escucho un carraspeo de incredulidad de Mike Fairfax. La expresión de Anita no cambia. El Detective Elliott levanta la mirada de su cuaderno de notas.

“¿Cuándo ocurrió esto?”

“Hace unos meses. Me parecía que no tenía a donde ir; dejé que se quedara, supongo. En realidad, nunca salió de mi apartamento después de ese día.”

“¿Acabaron como amantes?”

Escuché un sollozo ahogado de Anita. Sigo, buscando exonerarme.

“Nunca la amé, si eso es a lo que se refiere. Tuvimos relaciones. Sé que se suena extraño, pero era difícil resistírsele. Se pegaba a mí como un gato callejero a quien lo alimenta.”

“¿La ha visto con anterioridad?”

“No. Había ido por una bebida a The Riot House con un amigo, Darren Maynard. Les di su número anoche; imagino que también van a hablar con él. Creo que alguien puso algo en mi bebida. Me desperté la mañana siguiente, sintiéndome horrible, y ahí estaba ella.” Evité mirar a Anita; mantuve la mirada sólo sobre el Detective Elliott, quien seguía mirando su cuaderno.

“¿Estaba usted al tanto de que Catherine Taylor era una prostituta?”

“¡No, absolutamente no! “ Casi grito. “Parecía tener dinero pero nunca me decía de dónde lo sacaba. No se me ocurrió que podía haber estado usando mi apartamento como bur- ... lugar de trabajo.”

Siento algo de alivio al decirlo en voz alta. No sé si estoy en lo correcto, pero me parece haber visto un destello de simpatía en los ojos de Anita. Le sonrío y las comisuras de su boca se ondulan hacia arriba un poco. El Detective Elliott se da cuenta, pero no dice nada al respecto.

“Hablamos con Darren Maynard esta mañana.”

“¿Y?” Soy todo oídos.

“Confirmó que te desmayaste esa noche, y que Catherine Taylor le ayudó a llegar a su apartamento.”

Quiero llorar de alivio. Miro al otro lado de la mesa y veo a Mike Fairfax y al Detective Elliott viéndome con algo que no es odio. Anita me mira como alguien te ve después de darle un millón de libras.

“Cristo, gracias por ello. ¿Vio quién drogó mi bebida?”

“Piensa que puede haber sido Catherine Taylor.”

“Tiene sentido.” Asiento. “Si me había seguido y vio que tenía mi apartamento en el área donde trabajaba, puede que me haya visto como un blanco si no tenía un techo.

“¿Dónde estuvo usted ayer por la noche?”

Anticipaba esta pregunta. Miro Anita y ella sólo se encoge de hombros.

“Fui a mi apartamento con Anita, pero no vi la habitación. Estuvimos en la sala. Sólo vi el cuerpo de Cat después de haber llevado a Anita con su padre.”

Mike Fairfax se ve más relajado después de ver que Anita confirma mi testimonio. Tal vez el saber que no fuimos a la habitación es lo que acaba de salvarme el pellejo. Anita mira al suelo con expresión seria, y yo cruzo los dedos bajo la mesa. Algo se enciende en mi cerebro.

“Tal vez deban de buscar a una ‘Kerry’ en su celular. Creo que fueron ellas dos a The Riot House un par de noches antes de que muriera. Tal vez ella les podría decir a quien vio ahí.”

Me siento impulsado de adrenalina al mirar al detective y comienzo a recordar una de las últimas conversaciones que tuve con Cat. Asiente y hace apuntes antes de hacerme una última pregunta.

“El forense determinó por el nivel de descomposición y el grado de rigor mortis que la señorita Taylor murió ayer entre el mediodía y las 2 de la tarde el viernes, 7 de abril. ¿Dónde estaba a esa hora?”

“Trabajando. Mis colegas puedan corroborarlo.”

Estoy en llamas. La policía no puede tocarme. El Detective Elliott pone el bolígrafo y el cuaderno sobre la mesa con un suspiro casi inaudible.

“Si, eso haremos. Puede retirarse, pero seguiremos en contacto para dar seguimiento a la investigación sobre la señorita Taylor. Como murió *in flagrante*, por así decirlo, necesitamos que vuelva mañana para darnos una muestra de ADN.”

“Claro, pero yo no estaba ahí a esa hora.”

“Ella acababa de tener relaciones. Podremos identificar ADN de cualquier rastro de semen en su cuerpo.”

“OK, pero no será nada mío.”

Espero afuera de la estación con Anita. Mike Fairfax se nos queda viendo desde el carro, con los dedos dando golpecitos sobre el volante. Me mantengo a una distancia razonable de la chica a la que amo, y doy gracias a Dios de haberme exonerado. Anita sonrío apenada.

“Perdón por decir que te fueras al diablo.”

“No hay problema. Fui un imbécil por no decirte lo que pasaba. Nunca la amé, pero no tenía a donde ir. La adopté, por así decirlo, o ella a mí.” Di una risa triste.

Anita mira a su padre.

“Tengo que irme. Voy a mandarte mensajes todos los días.”

“Te amo. Tengo unas vacaciones de julio, me gustaría que vinieras conmigo. ¿Qué dices?”

“Lo discutiré con mi mamá. ¿Podrías visitarnos un fin de semana para que mi mamá te conozca?”

“Claro, me gustaría eso.”

Me despido y Anita se sube al auto. Alcanzo a decirle algo más, sin palabras, cuando mira atrás.

“Te amo.”

Anita sonrío y dice silenciosamente.

“Yo también te amo.”

CAPÍTULO 7

He aceptado mantenerme en contacto con la policía mientras las investigaciones continúan, aunque mi instinto me dice que corra tan lejos como pueda. Ya di mi muestra de ADN y afortunadamente no concordó con nada dentro de Cat. Las vacaciones en Menorca que ella había planeado están a unos meses de distancia, y de hecho siento algo de pesar de que alguien como Cat, uno de los callejeros y abandonados de la vida, nunca podrá poner su adorable trasero sobre la playa de Arenal d'en Castell. Sin embargo, para no dejar que ese viaje se desperdicie, decido que de algún modo, trataré de llevar a Anita conmigo. Me pongo a buscar en las pertenencias de Cat que la policía dejó hasta encontrar el papeleo. Decido ver si la agencia de viaje puede cambiar algún detalle. Sé que Anita quiere ir conmigo, pero necesitaré más información para hacer los trámites necesarios; es buena excusa para llamarla. Con su número en mano, tomo el mayor riesgo de toda mi vida.

“Hola; habla Paul.”

Espero un torrente de furia, pero no hay nada por el estilo. Estoy de suerte.

“¡Hola, esperaba que llamas!”

Anita se oye como si estuviese en frenesí. Lo que sea que haya tomado, quiero un poco.

“¡Hey, que alegría hablar contigo! ¿Cuándo vienes de visita?”

De verdad estoy de suerte. Sonrío de oreja a oreja al sonido de su voz.

“Cualquier fin de semana que tengas libre, y que tu mamá no tenga problema con dejarme ocupar un cuarto de invitados.”

“Ah, ella no es como mi papá. Podrás quedarte conmigo.”

“¿En serio?” Incrédulo, sacudo la cabeza.

“Si; le conté de lo que pasó. Sabe que no tienes nada que ver con lo que pasó, que fue solo una situación desafortunada.”

“Ciertamente. Me alegra que lo veas así. ¿Y tu papá?”

“Se calmó al final, después de oír tu lado de la historia. Solo deseo que me hayas dicho antes.”

Se oye un poco malhumorada. Imagino un pequeño pero delicioso puchero sobre sus labios de arco de Cupido.

“¿Y qué habrías hecho si te hubiese dicho que estuve con Cat en una ocasión?”

#Eh...”

“Si, supongo que me darías una bofetada y me dejarías.”

“Bueno...”

“En fin, ¿Qué piensas del viaje a Menorca del que te hablé? ¿Estaría tu mamá de acuerdo?” Cruzo los dedos.

“Si, ¡dice que se oye excelente! ¿Cuánto va a costar?”

“Nada, ya está pagado.”

“¡Genial!”

“Creo que tendré que ir a la agencia de viajes y darles tus datos de domicilio y pasaporte.”

“Buscaré mi pasaporte y te mando un mensaje en un momento.” Se oye como una niña entusiasmada. “Mientras, hablaré con mi mamá pasar saber cuándo podríamos esperarte.”

“Esperaré tu llamada.” Suspiro felizmente. “Te amo.”

“Y yo a ti.”

Amber Fairfax se había quedado con su apellido de casada. Me sentí abrumado por su belleza y su porte cuando me abrió la puerta casi tres semanas después. De no saber quién era, habría pensado que era la hermana mayor de Anita.

“¡Paul, que alegría conocerte, pasa! ¿Cómo fue tu viaje?”

Me planta un beso en cada mejilla y Anita salta arriba y abajo en el fondo.

“Tomó como siete horas, y la M6 es una pesadilla, pero me alegra haber llegado.”

Amber ríe al momento que me examina. Tengo calor, cansancio y en desesperada necesidad de algo de beber. Ella se da cuenta de ello, toma mi mochila y discretamente se va a la cocina. Anita chilla, salta mis brazos y casi me tumba al suelo.

“¡Asco! ¡Estás todo sudado!”

“¡Tu también estarías sudada después de conducir 600 kilómetros!”

Se siente maravilloso besarla y tenerla en mis brazos. El sólo pensar de lo cerca que estuve de perderla me hace abrazarla aun más fuerte.

“Vamos, mamá puso la tetera. Té y pastel, ¿quieres?”

“¿El Papa es católico?”

La cocina está equipada con alacenas de teca, superficies negras de marfil, y luz tenue. Amber revela platos de sándwiches y pan casero mientras nos invita a sentarnos.

“¿Ya viste lo del viaje, Paul?”

Tomo agradecidamente una taza y asiento.

“Claro; ¿está de acuerdo con que Anita me acompañe?”

Trato de disimular los nervios frente a quien espero sea mi suegra. Amber me sonrío con encanto indescriptible y se sienta junto a mí.

“Claro, pero creo que mi hija está en edad de decidir por sí misma.

“¡Mamá, sabes quiero que ir!” Anita toma un mordisco del sándwich y me sonrío.

Tomo un sorbo del té y continúo mis esfuerzos para ponerme en el lado bueno de Amber.

“Claro, pero es cortés preguntarle a tu mamá, como todavía no cumples los 18.”

“¡Vaya vaya! ¡Todo un caballero!” Amber mira a su hija y después en mi dirección. “Vas a descubrir que soy un poco más liberal que Mike. En mi opinión, los jóvenes van a tener su vida sexual, sin importar sus padres. No puedes luchar contra la naturaleza. Sólo recuerden usar protección y tendrán mi bendición.”

“¡Mamá!”

Amber se ríe y juega toscamente con mi cabello.

“No te preocupes, Paul; no hay más que decir al respecto. Sólo no trates de escabullirte al cuarto de Anita. Ella tiene una muy buena cama de buen tamaño, y le gustaría compartirla contigo. Bienvenido a la familia.”

Mi rostro está rojo como un tomate maduro. Nunca he conocido a alguien como Amber Fairfax; es toda una mujer. ¿Cómo puedo ser tan suertudo como para que se ofrezca en plato otra vez? Se me ocurre pensar si Amber estaría dispuesta a participar en un trío, pero decido al final que el hombre del pene de oro se arriesgaría demasiado si explorara esa dirección.

La segunda vez con Anita en el confort de su cama sobrepasa todas mis expectativas. Aunque Cat fuese una profesional, dispuesta a todo, nada se compara con el sexo que tienes con alguien a quien amas. Recostado en el placer poscoital con la cabeza de Anita recargada sobre mi hombro, el pensar en el camino por la M6 el día siguiente me causa desaliento.

CAPÍTULO 8

Últimamente trabajo todas las horas extra que puedo a lo largo de la semana, e invierto los beneficios en gasolina para la M6 cada fin de semana, lo cual es más económico que ir en tren. Mis colegas se quejan de que me he convertido en uno de esos observadores de la vida a través de lentes color de rosa, pero no puedo evitarlo; estoy profundamente enamorado de una chica que parece creerme lo mejor desde la crema anti-arrugas. Y eso no esto, mi futura suegra y yo nos estamos llevando como si fuésemos una casa incendiándose. Al final de cada día, descubro que no quiero regresar a mi apartamento. Quiero estar al teléfono con Anita, beber en The Rat & the Pigeon con Darren, quien opina que me estoy convirtiendo en un aburrido y en un estúpido.

La policía me llama un jueves casi al final de junio. Han revisado las grabaciones de la cámara en frente de The Riot House. Quieren que vaya a ver si puedo identificar a un sujeto de 30 a 40 años saliendo con Cat en la noche del 5 de abril, a menos de 48 horas de su muerte. Con algo de renuencia, voy a la estación después de trabajar y observo imágenes granosas (¿por qué siempre se ve así el video de circuito cerrado?), pero a mí el tipo me parece nada más que un cliente cualquiera. El Detective Elliott me dice que la grabación saldrá en el programa Crimewatch de los sábados, y que la amiga y cohorte de Cat, Kerry Tricker (perfecto nombre para una prostituta) interpretará a Cat para dramatizar junto con un detective que vagamente se parece al sujeto del video.

Todavía sigo preguntándome si la policía me cree culpable, pero no logran concretar nada contra mí. El detective incluso asiente cuando le pregunto si puedo ir de vacaciones a Menorca; no me creo mi suerte. Llamo a Anita tan pronto como salgo de la estación.

“Hola, adivina que.”

“¿Qué?”

Se oye animada como de costumbre.

“Lo de Menorca está asegurado.”

“¡Genial! Me compré un nuevo traje de baño.”

“Mmm... te ves mejor sin ellos.”

“¡Atrevido!”

No puedo esperar a la noche siguiente para volver a verla. Hablamos de puras pequeñeces por la media hora siguiente.

Un sujeto de unos 40 años con apariencia de trabajador abre la puerta y me inspecciona con la mirada cuando llego a casa de Amber el viernes por la noche. Nunca lo he visto antes, pero Anita baja corriendo por las escaleras y arrebató mi atención con su sonrisa.

“¡Hola Paul! Este es Dave, es amigo de mi mamá.

“Hola.”

Extiendo mi brazo hacia él. Su mano envuelve la mía con un apretón firme y muscular.

“¿Todo bien?”

Dave parecer un hombre de pocas palabras. Nos medimos el uno al otro, y creo que podría vencerlo en una pelea, de ser necesario.

“Todo bien, gracias.”

El tipo me desagrada inmediatamente. Cuando Amber viene y me abraza, siento sus ojos acosándome como la muerte al acecho.

“Te hice algo de comer. Debes de tener hambre.”

Le sonrío a Amber y le doy la espalda a Dave.

“De hecho. Gracias. Comeré y me daré ducha, si no te molesta.”

“Para nada. Adelante. Me voy a la cama, así que te veré en la mañana.”

Le lanzo una mirada curiosa a Anita al momento al que Dave sube las escaleras con Amber. Anita se encoge de hombros.

“Es un buen tipo. Mamá y él han salido juntos por años.”

“No lo había visto antes. ¿Se va a quedar?”

“Por supuesto.” Anita se ríe. “No se oye lo que hacen, así que no te preocupes.”

“¿A que se dedica? ¿Es un obrero o algo por el estilo?” Lo miro con desdén.

“Creo que es portero de club nocturno. Le gusta lo rudo.”

“Ya veo.”

Es maravilloso tener el cuerpo desnudo de Anita sobre mí. Mis manos acarician sus senos y ella arquea la cabeza hacia atrás por el clímax. Pierdo el aliento al eyacular demasiado rápido, habiéndome olvidado de Amber y Dave en la habitación de al lado.

“¡Shh!” Anita sonrío y se deja caer en mi pecho. “¡Cállate!”

“¡Probablemente están haciendo lo mismo!” Acaricio su cabello y después le susurro al oído. “No puedo esperar a las vacaciones. Podremos hacer tanto ruido como nos dé la gana.”

Da una risita y se acurruca junto a mí. Siento que estoy tan cerca del Cielo como se podría estar, viviendo aquí en la Tierra.

Aunque no quiero acordarme de la muerte de Cat, sucumbo ante la tentación de ver el programa de crimen. Amber y Dave salieron a cenar, y sólo quedamos Anita y yo en la sala de estar. Nos acurrucamos juntos en el sofá y jugueteo con el control remoto.

“Puedes prenderla si quieres.” Anita posa la cabeza sobre mi regazo y suspira.

“OK, van a pasar una dramatización de las últimas horas de Cat.”

“¡No quiero ver *eso!*” Anita sacude la cabeza.

“Tengo que verlo.” Enciendo la televisión. “Puede que reconozca el rostro en la pantalla.”

“Dijiste que no sabías quien era cuando la policía te enseñó la imagen.”

Se oye malhumorada, pero defiende mi posición.

“Si, ya sé, pero sólo déjame verlo un momento. La apago tan pronto y acabe y después podemos ir a algún lado si quieres.”

“Oh... OK...si es realmente necesario.”

Ella se aparta de mi regazo y se acurruca silenciosamente a mi lado. Ignoro su mal humor y miro directamente a la pantalla al momento que el programa comienza. Afortunadamente, la dramatización de los últimos días de Cat sale primero. Solo he vista una vez a Kerry, pero ahora usa una peluca rubia y está usando la ropa que Cat usó esa noche; se parece mucho a esa chica que me buscó y a quien probablemente debí haber correspondido pero nunca lo hice. Kerry sale de The Riot House del brazo de un robusto hombre de 40 años con jeans y chaqueta de aviador. Ambos caminan a lo largo del camino y desaparecen al dar la vuelta en una esquina. Anita se agita en su asiento.

“¿Es todo? ¿Podemos apagarla ya?”

“Solo quiero ver si no pasa nada más.”

Hay un acercamiento al rostro del sujeto que ya había visto en la estación. Aún no lo reconozco. Sin embargo, al final del programa, el anfitrión, muy animado, informa a los espectadores que el estudio acepta llamadas en caso de que alguien reconozca al individuo. Apago la televisión y tomo a Anita en mis brazos. Se me ocurre que el Detective Elliott va a tener mucho trabajo.

Unas semanas después, comienzo a empacar cosas para el viaje cuando recibo una llamada de la policía. Me río con aire irónico al pensar en cuantas personas podrían tener a su propio detective como contacto telefónico.

“¿Señor McAdam?”

“Él habla.”

Me pregunto qué quiere. Volteo a ver mi maleta, rogando a Dios que esto no cancele el viaje.

“¿Vio el programa?”

“Si. ¿Le llegaron muchas llamadas?”

“Ciertamente. Llamo para informarle que alguien reconoció a su esposo como el acompañante de Catherine Taylor.”

“¿En serio?” Soy todo oídos.

“Si; lo detuvimos para un interrogatorio, pero negó haber asesinado a la señorita Taylor.”

“Vaya sorpresa.” Me río un poco.

“Su ADN no concordó con la muestra de semen.”

“¿Entonces no es mucho progreso?”

“Aun no, pero resolveremos este crimen. ¿Cuándo parte hacia Menorca?”

“Mañana. Estoy cerca de Stansted y me veré con Anita ahí esta noche.”

Finalizo la llamada con las vacuas cortesías. Me pregunto por qué el cabrón sigue llamándome.

CAPÍTULO 9

Espero a Anita en el vestíbulo del Hotel Radisson en el aeropuerto de Stansted. Comienzo a sentirme emocionado al oír el vuelo de los aviones cada dos minutos. El sólo pensar que estaremos solos en Menorca por dos semanas es suficiente para fijar una sonrisa permanente en mi cara. De hecho, sigo sonriendo cuando veo el auto de Amber aparcar afuera y a Anita, increíblemente tensa en el asiento del conductor. Amber sale del auto y me planta un beso en la mejilla.

“Esta aterrada, ¡pero lo logró!”

Le di un abrazo a Amber y corrí alrededor del vehículo hasta llegar a Anita, sudando y suspirando de alivio.

“¡Ahora que he conducido hasta aquí a través del tráfico de Londres y la M11, puedo conducir donde sea!”

La envuelvo en un abrazo de oso. Su espalda sigue húmeda por el estrés de asegurarse que madre e hija llegaran intactas.

“¡Pronto estarás llevándome en Escocia!”

“Veremos después de mi prueba. En este momento sólo quiero darme un baño y descansar.”

Amber saca la maleta de su hija de la cajuela y rodea el auto para dar un último abrazo a su hija.

“Cuida a mi niña, Paul. Es todo lo que tengo.”

“No te preocupes, Amber. Te llamaremos de Stansted dentro de dos semanas cuando hayamos vuelto. Te la llevaré a casa.”

Abrazados y sonriéndonos como si fuésemos gatos de Cheshire, yo arrastro su maleta a la recepción con la mano que me queda libre mientras ella se registra. Solos en el elevador, nos besamos apasionadamente, bastante excitados ante el pensamiento de la tarde, y las dos semanas que nos esperan. Encerrados en la habitación, me cuesta trabajo esperar a que ella salga del baño. Comienzo a quitarme la ropa, la acecho mientras ella se cubre de jabón y le salto encima ante lo que ella ruge con risa loca y salpica agua por todos lados.

“¡Basta! ¡Paul!”

Anita ríe y me empuja a media fuerza. Yo estoy dispuesto a corroborar el mito sobre la maravilla del sexo en la ducha. Descubro, para mi deleite, que el mito es cierto.

Gracias a Dios que Anita está acostumbrada a volar de Londres a Edimburgo. Yo nunca he viajado en avión en toda mi miserable vida, y pronto descubro que hay mucha fila y esperas en los aeropuertos. Tan pronto nos formamos para registrar nuestro equipaje, es hora de formarse en la deprimentemente larga fila serpenteante para pasar por seguridad, y después tengo que volver a formarme para comprar un periódico y una botella de agua de 2.50 libras para un vuelo de 2 horas. Mátenme ya. Finalmente me formo en otra fila para cruzar la última barrera y ésta vez subir al maldito avión. Anita me sonrío.

“Anímate. Después habrá una fila larguísima en Aduana y después otra para recoger el equipaje.”

“Maravilloso.”

No puedo sentirme irritado por demasiado tiempo. Estoy con la mejor chica que jamás haya vivido.

Sin embargo, tan pronto e intento doblar mis largas piernas en el espacio entre los asientos, los gritos de un infante en el otro extremo del pasillo destruyen mi súbita felicidad.

“¿Voy a tener que estar así por 2 horas?”

Anita se ríe y enciende su Kindle.

“Si. Lee tu periódico y duérmete. Todo acabará pronto.”

La furia del niño no conoce límites. Su cara esta roja como la sangre y su madre sólo trata de ponerle un cinturón de seguridad sobre su regazo. La tripulación ahora da instrucciones de cómo saltar del avión en caso de caída en picada. Trato de escuchar, pero sólo escucho gritos. Me llega una súbita imagen mental de estrellar su cabeza sobre el suelo y callarlo permanentemente, pero en realidad sé que su madre probablemente no recurriría a tal opción.

Río con un lamento; incluso el piloto tiene que formar el avión sobre la pista. Al ruido de los motores, el lloriqueo del niño desaparece temporalmente a medida que el avión acelera. Disfruto el estremecimiento de la velocidad, así que miro por la ventana el suelo alejándose. Anita ni siquiera levanta los ojos de su Kindle; está tan acostumbrada que se aburre. No puedo evitar el comentario saliendo de mi boca.

“Que emocionante, ¿no?”

“No tanto. ¿No sales mucho, verdad?” Bosteza y suspira.

Decido omitir el hecho de que solamente he tomado el camión National Express a Londres un par de veces. Mis oídos estallan y arden a medida que el avión gana altitud, pero después no siento como si nos moviéramos en absoluto. Estamos por sobre las nubes y es un día glorioso y soleado. El infante se calla y se duerme, su madre se relaja y cierra los ojos, y ahora estoy cerca de Dios, del Cielo, y todo anda bien en el mundo.

El aeropuerto de Mahon es fresco y espacioso, por lo que no estoy preparado para el muro de calor que me golpea tan pronto cruzamos la entrada, siguiendo las instrucciones hacia el minibús número 84. Anita cabriolea ágilmente a mi lado con su Kindle en una mano y

su bolso en la otra mientras yo llevo ambas maletas y sudo como si hubiese corrido dos maratones seguidos.

“¡Vamos, alcanzo a ver el minibús!”

“¿Qué tienes en ésta maleta... ladrillos?”

“Es mi cinturón de castidad.” Anita ríe mientras sube al minibús.

“¿No deberías estarlo usando?”

“Lo olvidé.”

“Ando de suerte, pues.”

Le sonrío y empujo su maleta hacia la parte trasera junto con la mía, y me dejo caer agradecidamente en el asiento junto a ella. Después enciendo el aire acondicionado.

“Nunca hace tanto calor en Edimburgo.”

“Aprovéchalo. Va a estar lloviendo cuando vuelvas.”

Cuatro parejas más se suben al vehículo con el guía siguiéndoles al final. El conductor se presenta como Rafa, y arrancamos. Me le acurruco a Anita por un rato y miro por la ventana mientras escucho al guía sin prestarle mucha atención; habla de árboles enanos de olivo, extrañas casas encaladas que reflejan la luz del sol, paredes de piedra cubiertas de zarza, higos y tamariscos al acercarnos a la costa sobre la autopista ME9. No estoy muy interesado en nada de esto. Preferiría sólo estar junto a mi chica en paz. Después de unos 30 minutos, el conductor detiene el vehículo para dejar a tres parejas en un hotel cerca de un parque acuático. Se ve bien. Me pregunto si el nuestro se verá mejor.

CAPÍTULO 10

Me siento tan cómodo con la cabeza de Anita descansando sobre mi hombro que comienzo a quedarme dormido para cuando el minibús para al final de una empinada colina, justo afuera de nuestro hotel. Reaciamente la despierto, y ella inmediatamente salta como un gato asustado.

“¡Llegamos!”

Otro guía reparte vasos llenos de jugo y franelas en el vestíbulo mientras nosotros llevamos nuestro equipaje a través de las puertas giratorias del hotel. Siento una punzada de culpa; Cat debería estarse limpiando la frente con la franela en vez de Anita, pero el entusiasmo retorna tras registrarnos y ahora estoy emocionado y listo para disfrutar de estas vacaciones. Tomamos nuestras llaves hasta una habitación en el sexto piso y entramos al elevador, apretujados entre nuestras maletas y una pareja mórbidamente obesa. Sentimos un gran alivio al llegar al sexto piso.

“¡Gracias a Dios que no nos quedamos atrapados!” Anita susurra con ademán conspirador cuando las puertas del elevador se cierran detrás de nosotros.

“Voy a usar las escaleras de ahora en adelante.” Sonrío. “El que encuentre primero la habitación le quita la ropa al otro.”

“¡Vamos!”

En vista de que yo estoy cargando las maletas, Anita gana la apuesta. Para mi eterno deleite, estoy completamente desnudo a segundos después de que se haya cerrado la puerta, y Anita no demora.

Vemos por primera vez la espectacular vista de la bahía de Arenal d'en Castell después levantarnos de la cama. No tenemos más que una sabana cubriéndonos al pegar las narices contra la ventana. Nuestros ojos absorben las villas privadas con piscinas, las aguas inmaculadas de la bahía, la blanca arena, y tres filas de sombrillas de paja con camas debajo.

“¡Es el paraíso!” Anita corre hacia su maleta y saca un traje de baño y un pareo. “Vamos a la plata.”

Yo estoy acostumbrado a mis colinas escocesas, y de algo sirven, pues hay 144 pasos de aquí hasta el camino que da a la playa. Anita los cuenta a medida que bajamos.

“Tenemos bastante camino cuando volvamos al hotel.”

Ella refunfuña con buen ánimo y yo doy un pequeño apretón a su mano.

“Te cargaré de vuelta.”

“No servirás para nada el resto del día; ¡Peso casi 57 kilos!”

“Vas a descubrir pronto que me puedo enfrentarme a todo reto.”

“¡Por supuesto que dirías algo *así!*”

“Soy un chico, ¿no?”

Las aguas del mar están calmadas y tentadoras. Veo otras parejas tumbándose sobre las camas de sol o sentadas con espalda recta vigilando a sus hijos. La primera opción me parece más atractiva, así que busco un par de camas vacías. Anita se unta protector solar y nos recostamos como dos pollos rostizándose bajo el sol vespertino.

“50 euros, por favor.”

Un encargado de las camas aparece de la nada y me saca de mi ensueño, frotándose las manos frente a la vista de dos británicos con dinero en los bolsillos. Estoy a punto de tratar de regatear cuando Anita saca dos billetes de su bolso.

“Aquí tiene.”

“Gracias, *Señorita.*”

Lo veo mirando en el escote de Anita y siento deseos de darle un cabezazo, “el beso escocés”.

“¿Porqué sólo darle así el dinero?” Me quedo viendo al tipo alejándose.

“Eso no se hace. Solo pagas y ya.”

“Al diablo con eso; le daré una golpiza mañana.”

“Suerte con eso.”

Anita se recuesta sobre la cama. Por la mirilla del ojo alcanzo a ver a una mujer española, bronceada y de pecho desnudo, lanzado un disco volador hacia su novio a orillas del agua. La vista es casi hipnótica, aumentada mientras otras mujeres medio-desnudas pasan sin causarme mucho interés.

“¡Deja de ser un perverso!”

Anita siguió la dirección de mis ojos, y me siento atrapado in fraganti. Añadido a esto, tengo una erección en ciernes ante la visión de un par de senos que podrían llevarse el primer lugar en el concurso de Señorita Teta 2000. Definitivamente *no* estamos en Portobello. Me volteo sobre mi estómago y cierro los ojos.

“No sé qué estas pensando.”

Más calmada, Anita se reclina y yo miro la suave cadencia del subir y el bajar de su pecho, además de otros lugares al sur de la frontera. Mi chica tiene un cuerpo hermoso, y planeo invadirlo tanto como pueda a lo largo de estas dos semanas.

Poco antes de la cena, nos unimos a un grupo de turistas de poca experiencia y nos enfilamos como ganado en dirección al bar para vernos con el guía del minibús. Empiezo a balar como oveja, y Anita me da un codazo en las costillas.

“¡Shhh! Tenemos que apartar excursiones.”

“¿Cuánto me va a costar?” Miro al guía con sospecha.

“Nada. Mamá me dio dinero para estas cosas.”

“Bien hecho, Amber.” Asiento con aprobación.

Programamos un paseo en barco sobre la costa norte con opción de nadar y bucear en las aguas, un viaje a Cova d'en Xoroi y al mercado de Mahon, y una visita a Cala Galdana y a Binibeca, un lugar sobre el que Anita leyó antes de llegar. No me creo mi suerte; en primera, el viaje lo pagó Cat, y ahora las excursiones las paga mi futura suegra. Sin duda, soy un granuja con suerte.

El entretenimiento nocturno no es para tanto, así que regresamos a nuestra habitación y lo hacemos a nuestro modo. Estimo que los gemidos de Anita durante una sesión evidentemente satisfactoria de sexo oral llegaron hasta el elevador. Me tiene excitado hasta el frenesí y espero que los otros huéspedes estén en la planta baja mirando una terrible imitación de Richard y Karen Carpenter, de otro modo no sé cómo podremos verlos en el buffet de desayuno por la mañana.

CAPÍTULO 11

Miro a Anita y cómo su cabello se mueve en el viento. Me sonrío al recogerlo cuando el barco acelera, alejándose de Port d'Addaia en el segundo día de nuestras vacaciones. Estoy consciente de que la mitad masculina de las otras tres parejas de mediana edad en el barco babea al ver a Anita quitándose el pareo y la playera, bronceándose en un traje de baño dorado.

“¡Esto es increíble!”

No estaba seguro si le gustarían las aguas agitadas, pero me alegra ver que se está divirtiendo.

“¿Qué te parecería bucear cuando pare el barco?”

“No voy a poner ni una de esas boquillas a un metro de mi boca.” Mira la pila de tubos de buceo con desdén. “¿Sabes si quiera dónde han estado?”

“El agua salada matará los gérmenes.” Sonrío. “Yo si voy.”

“Como gustes. Yo te veré desde aquí.”

Quisiera que se cubriera un poco. Incluso el capitán del barco se ve distraído. Las cuarentonas con ojos discretos sobre sus esposos tampoco se ven muy felices. Me doy cuenta de que Anita está llamando la atención; luciendo el acabado del alfarero celestial que hizo tan dotada.

“Ponte tu camisa.” Siseo en su oído por sobre el ruido del motor. “Todos te están viendo.”

Con algo de renuencia, se pone la camiseta. El capitán señala varios lugares notorios a lo largo de la costa y nos habla de Sir Richard Kane, nacido en el Condado de Antrim en Irlanda, después pronunciado Gobernador de Menorca en 1733, tras lo cual reformó el sistema legal, construyó caminos y fomentó el comercio. Escucho a medias, pues no puedo apartar los ojos de Anita. Gobernadores fallecidos hace siglos no me interesan mucho. Ella sonrío a sabiendas de que estoy ardiendo de lujuria.

Después de casi una hora, hacemos ancla en una ensenada. Solo otro bote está anclado ahí, y la playa está desierta salvo por una pareja completamente desnuda tomando el sol. Apenas nos ven y saltan a las aguas, nadando rápidamente hacia su bote.

Las aguas azules del Mediterráneo brillan tentadoramente, y yo ardo. Dos de las mujeres bajan del bote cautelosamente mientras que todos los hombres saltamos de la orilla. Anita nos toma fotos desde la seguridad de su asiento de cuero blanco.

“¡Anda!” Le llamo. “¡Está calientita el agua!”

A mi sorpresa, se pone de pie y camina hacia la escalera y poco a poco baja hacia el agua, todavía con una camiseta puesta.

“La mujer frente a mí me estaba mirando con dagas en los ojos, así que pensé que sería mejor hacerte compañía.”

Dejamos a los demás buceando y nadamos hacia lo que parecía ser la entrada de una cueva. El interior está fresco y fuera del alcance del sol; el agua nos rodea a la cintura y yo estoy tan excitado como un saco lleno de conejos. Tiro gentilmente de su muñeca, alejándola de la vista de los demás.

“No puedo quitarte las manos de encima; me estás matando.”

Se ríe vivamente y el sonido hace eco a nuestro alrededor. Nos besamos apasionadamente bajo el agua y lentamente dejo mi mano descender hacia las suaves profundidades entre las piernas de Anita.

“¡Espera! Alguien se acerca.”

Se aleja súbitamente, flotando hacia la entrada de la cueva al momento que uno de los hombres nada en nuestra dirección. Me sumerjo rápidamente y me alejo de él mientras trato de controlar mi erección. La alcanzo y tomo su pierna, con mi mano deslizándose hacia arriba bajo la superficie del agua. Ella no se resiste y me envuelve con sus piernas.

“¿Alguna vez has tenido sexo en el mar?”

Me está tentando, a sabiendas de que es imposible hacer esto sin que nos sorprendan. Sin embargo, al voltearme veo al sujeto alejándose de la caverna. La miro y apunto en aquella dirección.

“No, pero siempre hay una primera vez.”

El capitán está pasando el rato en la cubierta, la mujer en el bote se está quedando dormida, y todos los demás están ya bastante lejos. Riendo con espontáneo animo, nadamos de vuelta a la cueva. Ella se quita el inferior del traje de baño y guía mi pene dilatado mientras las sostengo de las piernas y recargo su espalda contra la pared de la cueva. Me vengo casi inmediatamente; el éxtasis es abrumador. Dispuesto a satisfacerla, dejo que se frote contra mí con una urgencia deliciosamente creciente.

“No hagas ni un sonido.” Susurro en su oído.

Siento su orgasmo y su escalofrío manifestándose con mayor violencia al precio de su silencio. Nos quedamos adheridos hasta que oímos el motor del bote.

“¡Mierda, no encuentro mi traje de baño!”

Al borde del pánico, Anita busca la pequeña prenda que apenas cubre su dignidad. Todo pensamiento sucio sale de mi cabeza y me subo el traje de baño para sumergirme bajo el agua, con ojos abiertos y expuestos a la sal. La cueva está oscura y no puedo ver el maldito trapo en ningún lado. Vuelvo a la superficie con las manos vacías y toda esperanza se desvanece de sus ojos.

“Jala tu camisa hacia abajo y sube la escalera al final. ¿Tienes shorts en la maleta?”

“No, pero tengo el pareo, gracias a Dios.”

Parece estar al borde del llanto y logro sofocar una sonrisa.

“Tendrás que usar eso o tener la concha en exhibición por el resto del viaje.”

“¡Entonces ve por él y lánzamelos!”

Oh, los peligros de hacer el amor en el mar. Al menos puedo aprender de la experiencia. Ahora sólo queda hacer el amor en el avión de vuelta.

El minibús que nos recogió en el puerto tiene toallas gruesas sobre los asientos, lo cual es útil porque estamos empapados. Mientras esperamos a las demás parejas le lanzo un guiño a Anita mientras se apresura a mi lado hacia la parte trasera del vehículo, con su pareo cubriéndole.

“¿Estás bien?”

“Nunca volveré a nadar contigo.” Me susurra. “Ese traje de baño me costó 35 libras.”

“Entonces llévame de compras en Oxford cuando lleguemos y te consigo uno sin entrepierna.”

“Grandioso. Tendrás que enseñarme a nadar con piernas cruzadas entonces.”

Afortunadamente el conductor no parece saber mucho inglés. Seguimos riéndonos por diez minutos hasta llegar al hotel.

CAPÍTULO 12

Es el primer martes. Mi cara larga evidencia un saludable disgusto por las excursiones en autobús al unirnos a una fila de cuarentones inquietos quienes, al igual que Anita, quieren conocer Binibeca Vell. Me doy cuenta de que somos los más jóvenes en el autobús, pero Anita quiere visitar el ‘terron de azúcar’ a pesar de haber visto en Google que - sorpresa, sorpresa - fue construido en 1972 para asemejar una villa pesquera que no es auténtica en absoluto.

El guía del día comienza a hablar y hablar tan pronto arranca el vehículo. El día se salva cuando me entera de que habrá una parada de 2 horas en la playa de Binibeca Nou por la tarde. Me alegro, le doy un beso a Anita y me preparo para lo que el día tiene en reserva.

Primero hay una parada en el mercado de Mahon. El sol quema como un horno al bajar en la plaza de S’Esplanada. Siento un deseo de balar un poco más mientras seguimos a las parejas hacia los puestos, pero me resisto. Sé que los comerciantes se están frotando las palmas con alegría a la vista de otro grupo de pálidos turistas; saco mi cartera de mi bolsillo trasero para vigilarla mejor. Anita es como una pequeña en una dulcería; cabriolea de un puesto a otro. A mí me parece que todos venden lo mismo. No quiero comprar nada, pero todo parece indicar que seré útil en cargar todo lo que Anita compre.

Alcanzo a ver otros 5 autobuses estacionados en S’Esplanada al momento que partimos hacia Binibeca Vell. Con sonrisa derrotada, menciono a Anita lo conveniente que es para los locales que estos viajes se organicen para los martes.

Binibeca Vell, en la costa sur, está a 20 minutos de Mahon. Miro por la ventana trasera del autobús al estacionarse y veo cuatro contenedores para reciclaje y un banco de botellas. Anita sigue la dirección de mi mirada.

“Es muy pintoresco.” Suspiro.

“Espera a que salgamos; estoy segura de que te va a encantar.”

Repentinamente soy contagiado por su entusiasmo al dejar a los cuarentones atrás y caminar más allá del viejo puerto. El sol enceguedor sobre las estrechas calles entre las villas encaladas con sus techos blanquecinos genera un claroscuro de luz y sombra, y hacemos caso de los anuncios de mantener silencio a lo largo de los pequeños callejones enguijarrados. Sé que es una villa falsa, probablemente habitada sólo por turistas, pero tiene un bello encanto de viejo mundo. Vagamos un rato, perdidos en el sentir de pasado ancestral que Antonio Sintés sabiamente decidió convertir en atracción turística en 1972.

Una hora transcurre en un instante. Hambrientos y sedientos, decidimos parar en un pequeño complejo lleno de bares y restaurantes. Estoy en las nubes. Sentados en sillas de

lienzo rojo frente a las mesas exteriores, me he olvidado completamente de Cat y ya sólo tengo ojos para Anita. Todavía es demasiado temprano para almorzar y parece que somos los únicos clientes en el establecimiento. Anita ordena tapas, ensalada y un vaso de Coto Mayor. Me maravilla tanto su conocimiento de mundo que sólo puedo asentir y decirle al mesero que me traiga lo mismo.

“Tienes razón. Este lugar tiene algo.” Miro alrededor, hechizado.

“Te lo dije.” Anita ríe. “Y tú con tu carota larga en la mañana-“

El servicio es un poco lento, pero no me importa. El vino me llena de un calor suave y un instinto de amabilidad que no tienen nada que ver con la temperatura o con el alcohol. Tomo los dedos de Anita en mi mano.

“Te amo.” Suspiro.

Me sonrío y da un apretón a mi mano.

“¿A qué viene esto?”

“No lo sé, pero hay más.”

“¿Más?”

“Si, más.”

“¿Qué más?”

Ella se ríe al momento que me pongo de pie, rodeo la mesa, me pongo de rodillas y tomo su mano en las mías.

“No lleva mucho que nos conocemos, pero tú eres la chica con la que quiero pasar el resto de mi vida. Anita, ¿te casarías conmigo?”

No sé que me poseyó para venir a este lugar; debe ser el ambiente del lugar. Darren se estaría cagando de risa si me viera. Miro a mi amor con ojos implorantes mientras una brisa sacude los máneles y un gato callejero se escabulle lánguidamente bajo el sol. Hay un momento terrible de silencio antes de la venida de una sola palabra de su sorprendida boca.

“Si.”

“Enlazo ambos brazos alrededor de su cintura y presiono mi cabeza contra su pecho en alivio. Sigo sobre mis rodillas para cuando el mesero trae la comida. Me levanto y le explico como mejor puedo que acabo de pedirle matrimonio a mi novia. Me choca los cinco y nos deja comer gratis.

Yacemos juntos en la sombra en playa Binibeca Nou. La arena abrasa mis pies y baña la toalla del hotel que sólo puede usarse alrededor de la piscina. En lo que mi concierne, las reglas están para romperse, ¿no?

Anita desliza su dedo a lo largo de mi brazo.

“¿Podemos casarnos en Gretna Green?”

Reflexiono lo que dice.

“¿Por qué? ¿No piensas que tus padres estarán de acuerdo? ¿Deberíamos de escaparnos?”

“No, tontito. Mamá te adora y estoy segura de que papá lo aceptará. Es solo que sería un poco diferente, ¿no?”

“Supongo.” Asiento. “Veremos cuanto volvamos.”

“Te amo, Paul.” Anita suspira y cierra los ojos.

“Yo también te amo. Perdón por no tener un anillo que darte. Pedir matrimonio fue un furor del momento. Te compraré uno cuando volvamos.”

“Encantador.”

El sonido de las olas es arrullador. Con el estómago lleno de tapas y de vino, me veo al borde del sueño, pero debo asegurarme de que estemos en el autobús dentro de una hora. La respiración tranquila y estable de Anita me indica que ya está dormida; deleito la vista sobre su piel inmaculada y sus rubias pestañas. Apenas puedo creerme mi suerte, que esta chica será mi esposa. Soy el granuja más afortunado en la faz de la tierra.

Nos sentimos aguerridos el día siguiente. Tomamos el consejo del guía y partimos en uno de los autobuses locales hacia Mahon. Anita ha cambiado de opinión y decide que quiere su anillo ya para poder presentarlo a su madre al regresar a casa. No tengo de idea de cómo le caerá la noticia a Amber, mucho menos a Mike Fairfax, pero estamos emocionados en cuanto a nuestro futuro y yo estoy muy dispuesto a darle a mi chica una muestra de mi amor.

Hay un centenar de pequeñas tiendas a lo largo de la playa de Mahon. Cruzo los dedos de las manos y pies por que Anita no escoja nada demasiado caro. No soy tan imbécil con mi dinero como Darren, pero tampoco nací con una cuchara de plata en mi ano. Preguntamos en varios lugares y finalmente se nos dirige a un pequeño callejón donde artesanos locales se especializan en joyería para los turistas en plata y oro. Vemos muestras de collares, anillos y aretes en la ventana del establecimiento, y noto que los precios no están fuera de mi alcance. Es el lugar perfecto, y Anita cruza la puerta tan pronto le sonrío.

La sigo a través de una variedad de cajones forrados de terciopelo azul con anillos acabados bajo un estuche de vidrio, vigilados por un untuoso asistente. Tras un periodo de deliberación, Anita apunta hacia una pequeña rueda de pequeños corazones plateados, unidos a lo largo del anillo. El asistente nos dice en un inglés rudimentario que este anillo es único. Me gusta el diseño y a juzgar por la reacción frenética de Anita, ella está completamente enamorada del anillo. Hago un cálculo rápido en mi cabeza al ver la etiqueta de 16,600 pesetas y me sale una suma de alrededor de 70 libras. Anita se lo prueba y le queda perfecto.

Más tarde, después de la cena, en la privacidad de nuestra habitación, saco el anillo de su caja y lo pongo alrededor del dedo medio de su mano izquierda. Ella envuelve mi

cuello con sus brazos y yo la abrazo fuertemente. Quiero quedarme así con ella por siempre.

Siento irritación al mirar mi celular justo antes de ir a la cama. Tengo un mensaje del Detective Elliott.

‘Hola. Espero que esté disfrutando sus vacaciones. Solo le notifico que los padres de Catherine Taylor han ofrecido una recompensa de 20,000 libras para cualquier información que pueda llevar a la detención del asesino de su hija. Estoy seguro de que nos llegará información pronto.’

Me quedo mirando a las palabras por un par de segundos, digiriendo la información. Esta es la primera vez que escucho sobre los padres de Cat. Estúpidamente di por sentado que fuese una chica de la calle desde la niñez. Obviamente sus padres tienen recursos y este mensaje da una dimensión completamente nueva a esta investigación. Dentro de poco, cualquier don nadie en Edimburgo se sacará todo tipo de historias para obtener este dinero.

“Ven a la cama, nene.” Anita ronronea, estirándose sobre la cama, completamente desnuda.

Me acuesto con ella, pero no logro pensar en nada más que el mensaje de aquel cabrón mojigato a miles de kilómetros de distancia y cómo me ha arruinado el resto de la noche. Quiero abrirle la cabeza a golpes.

Espero que le tome una eternidad navegar en toda esa información.

CAPÍTULO 13

Después de desayunar, queda algo de tiempo para leer sobre Gretna Green en la computadora del hotel, antes de la siguiente excursión. Anita, con los dedos estirados sobre la mesa para presumir su anillo frente a cualquier persona que se acerque, ya está anticipando los planes para la boda. Así, estamos los dos sentados ahí como dos chimpancés emocionados en una fiesta de té. Anita llama mi atención hacia la porción bajo la famosa Vieja Herrería.

“¡Mira; dice ahí que podemos llamar y programar una cita! Sólo tenemos que ser mayores de 16 años y tener nuestras actas de nacimiento a la mano, llenar las formas, pagar la cuota, y tener dos testigos.”

El mensaje del detective sigue fresco en mi mente. Decido que no debemos de malgastar el tiempo.

“¡Hagámoslo! Pero sólo nosotros dos, no quiero tantos familiares a nuestro alrededor. ¿Qué te parece?” Beso su mejilla en espera de su respuesta.

“¡Perfecto!” Anita básicamente salta de alegría. “Mejor aún, ¡no le digamos a nadie!”

“¡Sí!” Me le uno en la euforia. “Podemos encontrar a dos testigos en la valle; no hay problema.”

“Anotaré el número telefónico.” Anita saca un bolígrafo y un pequeño cuaderno de su bolso. “Les llamaremos desde la habitación cuando llegemos de la excursión.”

“Baa, baa, baa.” Balo sonoramente. “Baa, baa.”

Al menos esta vez hay parejas jóvenes en el autobús, por lo que la atmósfera es más avivada. No sé porque los cuarentones no hacen más que sentarse y guardar silencio en estos viajes. Ni siquiera parece que se comuniquen con sus parejas mucho, y el guía básicamente tiene que repetir las cosas dos veces para que muestre alguna reacción; es muy peculiar. ¿Tal vez a esa edad ya no hay mucho que decir?

El autobús nos dejará en la playa de Cala Galdana por un par de horas. Anita pasa la mayor parte del transcurso hablando a mil por hora, y mostrando su anillo a varias parejas quienes, para mi vergüenza, comienzan a cantar esa canción de Cliff Richard que siempre escuchas en restaurantes Frankie and Benny. Trato de tomarlo a bien, pero sólo quiero bajarme del autobús y tener a mi chica para mí solo.

Un montón de veinteañeros nos jala con ellos hacia el puente que da a la playa, dejando atrás a los cuarentones para que tomen seis horas para bajar del autobús. No sé ninguno de sus nombres pero Anita parece haberse hecho amiga de todos. Para mi disgusto, parece que ya somos parte del grupo. Suspiro y pongo mi brazo alrededor de su cintura.

“Dejemos a estos en un rato y vamos a encontrarnos una cueva.”

Anita ríe y me golpea juguetonamente en el hombro.

“¡Dios, no otra vez! Vamos, ¡no seas gruñon! Tony ya ha venido y conoce el lugar perfecto para tomar el sol.”

“Ah, ¿en serio?” Miro con desdén al pelirrojo que camina hasta el frente. “No te vas a sentar en una cama de sol junto a ese imbécil.”

No obstante, a causa de la naturaleza alegre de Anita, no logro permanecer enojado por mucho tiempo. Me resigno a pasar unas cuantas horas compartiendo mi chica con un grupo de tres parejas que resulta ser bastante agradable. Intercambiamos historias mientras comemos hamburguesas y papas bajo un árbol en mitad de la playa, el cual es un pequeño lujo que no tenemos en el hotel donde nos hospedamos. La totalidad del área es plana, más orientada a familias, y parece haber más cosas para hacer. Durante la charla, omito el fiasco de Cat, y descubro que otro tipo, Malcolm, también viene de Edimburgo aunque actualmente vive en Newcastle. Anita le simpatiza mucho a su chica, Tina, y ambas intercambias números. Antes de que pueda decir Jack Robinson, Tina y Malcolm aceptan ser nuestros testigos.

Nos encontramos en el centro de la playa junto a unos cuantos bares, un café, un puesto de primeros auxilios, baños, y una estación de salvavidas. Hay música a todo volumen saliendo de uno de los bares, y comienzo a relajarme. Tony invita la primera ronda de cervezas, Malcolm la segunda, Steve la tercera, y yo estoy obligado a invitar la cuarta. Camino a la barra y pido cuatro tarros de cerveza, dos gin and tonics, y dos cocteles. Al tomarme este vaso, me reclino en la cama de sol, lleno de buen humor y los efectos de cuatro tarros de Estrella Damm. Anita se inclina hacia mí y me planta un beso en la punta de la nariz.

“Te amo. ¿Quién te mando un mensaje anoche?”

Pienso en la noche previa con un cerebro nublado.

“Aquel policía, Elliott.” Bostezo. “Yo también te amo.”

Anita acaricia el vello en mi pecho.

“¿Qué quería?”

“Dijo algo de una recompensa de 20,000 libras para quien encuentre al asesino de Cat.” Esas últimas palabras salieron arrastradas.

“¿En serio?” Se endereza.

“Si.” Cierro los ojos. “Todos los patanes de Edimburgo van a llamar. Le va a tomar meses al desgraciado procesar todos esos cuentos.”

“¿Por qué te mandó un mensaje durante las vacaciones?”

“Porque es un hijo de puta.”

Al despertar, miro mi reloj y hago una mueca. Son las 3 de la tarde y debimos de haber tomado el autobús hace una hora para llegar a ver los caballos danzantes de San

Martorellet. Las otras tres parejas están dormidas, incluyendo a Anita. Me despabilo y me encojo de hombros. *Hey, que diablos. Bien podríamos quedarnos aquí y regresar en taxi.*

Bostezo e intento aclararme la cabeza. Tony y Malcolm se están despertando. Tony mira la hora en su teléfono y suelta una maldición.

“¡Carajo!”

Una sola palabra despierta a todos los demás. Nos miramos los unos a los otros y nos ponemos a reír. Anita, en quien siempre puedes confiar para informarse de antemano, acude a nuestra ayuda.

“Solo es un par de kilómetros de aquí a San Martorellet. Llamemos unos taxis. Con suerte, podremos alcanzar a ver algo del espectáculo.”

Apresuradamente tomamos nuestras cosas y cruzamos el puente. Me duele un poco la cabeza. El hotel de Cala Galdana brilla lujosamente frente a nosotros, y la recepcionista es muy servicial. Hace una algarabía en español, y cinco minutos después estamos amontonados en dos taxis. Por fortuna, la tarifa es barata en vista de que el espectáculo no está muy lejos. Ignoramos las miradas gélidas del guía y el grupo de cuarentones y nos escabullimos hacia nuestros asientos para ver lo que resta del show. Mucho mejor aún que ver a las pobres criaturas ejecutando una rutina que han hecho miles de veces para deleite de la audiencia es el viaje gratis de vuelta al hotel y una oportunidad para tomar otra siesta. Darren siempre me dice que no puedo con la cerveza.

Como estamos sólo una hora más adelante que en el Reino Unido, la oficina de Gretna sigue abierta para cuando regresamos a nuestra habitación. Hay una vacante para boda en la Vieja Herrería, el sábado 2 de septiembre a las 11: 30 con fotógrafo incluido y habitación para pasar la noche y el día siguiente. Doy nuestros nombres y direcciones, y al instante de colgar el teléfono, Anita y yo estamos saltando sobre la cama por el simple pensamiento de lo que nos espera al regresar. Todavía quedan unos días de paga entre ahora y el 2 de septiembre, por lo que estoy seguro de pagar el costo. Anita dice que su madre nunca abre ninguna correspondencia que no sea de ella. Vamos a salirnos con la nuestra.

Bajamos de vuelta a la tierra y planeamos dónde vamos a vivir. Anita quiere quedarse conmigo en Edimburgo, y dice que investigará sobre los trámites para transferirse a una universidad que nos quede más cerca, y que buscará trabajo de fin de semana para ayudar a pagar las cuentas. En cuanto a la boda, decide ser valiente y pedirle el auto en el día previo para darle la sorpresa a su padre. Veo un problema con esto y se lo digo.

“Anita, no has pasado tu examen de conducir aún, y es un viaje de 7 horas.”

Imperturbable, sólo se encoje de hombros.

“Tengo mi prueba programada para mi cumpleaños el 9 de agosto. Será pan comido.”

“Sólo ponte una falda corta.”

“No seas cerdo sexista. De todos modos, no debemos de estar juntos el día antes de la boda. Es de mala suerte. Espero que me hayas apartado un cuarto aparte en el hotel.”

“¡Debes estar bromeando!” Me le quedo viendo con asombro.

Ella ríe, y no estoy seguro si habla en serio o no.

“OK, para cuando haya terminado la prueba, el día casi habrá acabado.”

“Tenemos suerte; no te preocupes.” Le doy un beso. “Nada va a salir mal con nuestro matrimonio.”

CAPÍTULO 14

El ver a un niño y a una niña españoles construyendo castillos de arena con sus padres me lleva a recordar la miseria de mi infancia; las terribles vacaciones en Porty Beach, mamá regañaba a papá porque se emborrachado otra vez, y él le contestaba a gritos que la bebida era lo único que le ayudaba a vivir con las quejas de mi mamá. Terry hacía desorden para llamar su atención. Papá dejaba salir su frustración sobre mi hermano y yo, y eso hacía que él se portara peor aún y que yo me encerrara más en mí mismo, hasta que finalmente, el día del juicio nos cayó como una sorpresa.

Sigo mirando a esta familia feliz frente a mí cuando la voz de Anita se saca del estupor.

“¿En qué piensas?”

“¿Eh?”

“Estás a kilómetros de distancia.”

“Eso es todo lo que siempre quise.” Indico con el pulgar en dirección a la familia española en la playa. “Pero lo que tuve fue la Tercera Guerra Mundial cada vez que estábamos juntos. Gracias a Dios, todo eso quedó atrás. Pero, cuando era niño, nunca tuve lo que quise: que fuésemos como la maldita familia Walton de la televisión.”

“Pero ahora puedes.” Anita se recostó en su costado hacia mí.

“Cierto.” Asiento. “Desde la primera vez que te vi, supe que era lo que deseaba y que movería cielo y tierra para hacerlo realidad.”

Anita sonrío y cierra los ojos.

“Si; apuesto a que solo querías acostarte conmigo.”

“No, no necesariamente.” Miento. “Estaba preparado para esperar. Contigo vi el tipo de vida completamente opuesto a lo que conocí. Supe que podríamos lograrlo, tu y yo. Nuestros hijos nunca nos oirán así.”

Me reclino completamente y extendiendo mi brazo hacia Anita. Una mano cálida toma la mía.

“¿Nuestros hijos? Espera, ¡yo apenas estoy salida de los pañales!”

“Cuando tú los quieras.” Añado rápidamente. “Estaré complacido de dártelos.”

“Si, apuesto a que sí.” Ella ríe otra vez. “Estarás complacido de hacer tu parte incluso y yo *no* quiero embarazarme.”

“Bueno, no puedo negarlo.” Sonrío. “Hacer bebes es una ocupación muy alegre.”

Despierto, y esa familia española se ha marchado, pero el sueño de una familia feliz que he mantenido en secreto y siempre anhelado está al alcance. Miro a mi chica untándose protector solar, y le doy crédito por salir de una familia fragmentada sin la ansiedad, la ira, y el miedo e impotencia que me han plagado toda mi vida. Ian y Molly McAdam tuvieron un matrimonio infernal, y estoy seguro de que habría sido mucho mejor si se hubiesen divorciado cuando Terry y yo éramos niños. Su legado sobrevive en Paul Christopher McAdam, un trastornado producto de su terriblemente inadecuada unión, y en Terence Ian McAdam, el salvaje hermano que no he visto desde que tenía 17 años. Terry se largó a Australia; no puedo culparlo.

Unto un poco de protector sobre la espalda de Anita y doy un suspiro sonoro. Ella voltea a verme.

“¿Estás bien?”

Parece que las chicas poseen un sexto sentido; estoy seguro de que ella sabe lo que pienso la mitad del tiempo.

“Claro que sí, ahora te tengo a ti.”

“No pienses en el pasado. Déjalo ir.”

“Esa familia que estaba ahí hace un rato, ellos me pusieron así; desearía que se hubiesen quedado en casa.”

“Un día tendremos una familia. Podrás dar a nuestros hijos todo el amor del mundo.”

“Perdón. A veces me afecta; las peleas, la bebida, toda esa miseria. Ian Stuart hijo de puta McAdam.”

“Anímate. Estamos en un hermosísima playa, estamos comprometidos, y te deseo.”

Me río y me pongo de pie, sacudiendo el cansancio de mis ojos.”

“Voy a nadar. ¿Quieres acompañarme?”

“No en este momento, tengo toda esta crema encima. ¿Qué tal una barca a pedales?”

“Claro; vuelvo en un momento y rentamos una.”

El Mediterráneo se siente frío al contacto contra mi piel tostándose al entrar al agua. Me sumerjo las olas y trato de lavarme, de deshacerme de la depresión que amenaza con sujetarme una vez más. No quiero volver a saber nada de la sertralina que tuve que tomar en una ocasión. Tendré que ejercer toda mi fuerza de voluntad para no volver a caer.

A medida que mi cuerpo se acostumbra a la temperatura del agua, comienzo a entrar en calor. Vuelvo a la superficie, floto sobre las olas, pienso en la chica muerta, esposada a mi cama y tan jodida como yo. Deberíamos haber sido almas gemelas, pero ambos buscábamos ese final feliz que el otro no podía proveer. Cat estaba en mitad del camino entre yo y mi futuro con Anita y no parecía querer jamás salir de mi apartamento. Al final se fue pero no como lo habría esperado.

Anita no alcanza a ver la pequeña sonrisa asomándose en mis comisuras al sumergirme una vez más. A veces se abusa de la fuerza que viene con la adultez. A veces son los niños quienes sufren las consecuencias, pero en ocasiones, son los adultos quienes

tienen que cargar con buena parte de ello. Papá acabo cargando su parte, pero Cat no tenía idea de lo que se avecinaba. Su expresión de sorpresa seguía grabada en su rostro para cuando volví a mi habitación para retirar la almohada, asegurándome de que realmente estuviese muerta antes de hacer las llamadas.

CAPÍTULO 15

El autobús se detiene en el siguiente destino, y una multitud de alegres veinteañeros sube a bordo. Puedo ver que algunos ya están tomados después haber bebido sustanciosas muestras de sangría. He estado esperando este viaje por un tiempo. Los cuarentones han desaparecido, y la noche es joven. Cala en Porter espera.

Alcanzo a ver la modesta entrada a Cova d'en Xoroi al tiempo en que el autobús se estaciona. Anita sigue mi mirada hacia la ventana.

“¡Todavía no está abierto!”

“Pronto lo estará.” Apunto hacia una larga fila. “Mira a todos esos esperando ahí.”

Anita esfuerza la vista hacia la oscuridad donde puedo ver lo que parece ser una multitud de jóvenes. Bajamos los escalones del acceso del autobús y la puerta principal se abre, la multitud comienza a dispersarse. Tomo la mano de mi chica y corremos hacia la puerta.

“¡A festejar!”

Es una bajada bastante empinada. Luces centellantes guían nuestro descenso mientras escuchamos los sonidos del club nocturno chocando contras las rocas a nuestra derecha. Con un brazo sobre el hombro de Anita, miro a mi alrededor con asombro.

“¡Que grandioso lugar para un club!”

“Mira... ¡Hay camas dobles!”

Anita me indica un área rocosa aislada, sobresaliendo a mitad del camino. Hay dos camas dobles vestidas de fino percal. Río con un bufido.

“¡Cristo! ¡Podemos venir mas tarde y hacerlo rápido!”

Anita ríe infantilmente y agita la cabeza.

“No creo que el uso de esas camas esté incluido en la tarifa. Probablemente tendremos que pagar extra para usarlas.”

“Bueno, podemos hacerlo lento de vuelta en el hotel entonces.”

Lo primero que veo dentro de la cueva es una enorme barra, tallada a partir de la roca de la caverna, bañada en luces de colores. Los meseros van y vienen sin cesar. Del otro lado de una baranda están elementos un poco más intensos. Huecos subterráneos, alumbrados turbiamente, llevan a la cueva principal donde está el DJ y muchas bancas, casi todas ocupadas. Nos aparto un poco de espacio en una banca, y le susurro a Anita en el oído.

“Cuida este asiento con tu vida. Voy por bebidas.”

“Pimms, por favor.” Anita me deslumbra con una radiante sonrisa. “Ta.”

Espero impacientemente una oportunidad de atrapar la mirada del barman. De repente, escucho ‘Insomnia’ en la tornamesa, y el DJ sube el volumen. La pista de baile a mis espaldas cobra vida. Lanzo un puño al aire y grito las letras de Faithless. Me entretengo en la espera, pero en cuanto regreso con las bebidas, veo a un tipo sentado junto a ella. Tan pronto me ve, ella se levanta con una mueca.

“Tengo ir a orinar, vuelvo en un momento.”

Puedo ver a este tipo siguiéndola como los ojos. Tenía demasiada pierna y seno expuestos para mi gusto; tendré que poner un alto a eso en algún momento. Me siento junto a él, azoto las bebidas contra la mesa y le doy un fuerte codazo en las costillas.

“Quita sus sucias manos de mi chica. Le dices una palabra más y te corto la maldita garganta.”

La expresión del tipo se convierte a una de terror. Para mi eterna satisfacción, se levanta y se va sin decir una palabra más. Tenemos la mesa para nosotros solos para cuando Anita vuelve. Ella mira la longitud de la banca.

“¿A dónde se fueron todos?”

“Están bailando.” Me acabo la mitad de mi cerveza en un trago. ¿Qué tal, quieres bailar conmigo?”

“¡Claro!” Anita ríe. “Pero puedo seguir así toda la noche.”

“Igual que yo.” La miro con ojos impúdicos.

“Apuesto a que sí.”

Vamos hacia la pista de baile. Miro alrededor, pero el tipo que molestaba a Anita no está en ningún lado. Lanzo mi puño al aire en celebración; tomo a mi chica de la cintura, paseo mis manos por su trasero y susurro en su oído.

“Ya está. ¿Quieres ir a las camas?”

Ella sisea una respuesta con evidente desagrado de la situación.

“Detente. ¡Nos van a sacar!”

El DJ pone un disco de Tiesto. Disfruto de arrojar mis brazos al hipnótico ritmo de la música. Bajo estas luces, Anita se ve particularmente apetecible. Le doy una mirada rápida, y grito en su oído por sobre la música.

“¿Qué te dijo ese tipo mientras yo fui por las bebidas?”

“¿Cuál tipo?” Me da una mirada vacía.

“El tipo en nuestra mesa.”

“No me acuerdo.” Se encoge de hombros “Ni siquiera me acuerdo de su cara, menos de lo que dijo.”

“Oh.”

Me siento desmotivado por un momento. Estoy seguro que está mintiendo, porque se veían bastante cómodos. Irritado, vuelvo a nuestra mesa y dejo a Anita disfrutando de la música y bailando por su propia cuenta. Dos gorilas están en la mesa con los ojos fijos sobre mí al sentarme. Uno de ellos me lanza una mirada filosa.

“Nuestro hermanito nos dice que amenazaste con cortarle la garganta.”

Mi corazón late con golpes de martillo. Estoy seguro de que no tengo ninguna oportunidad contra la fuerza bruta de estos dos primates. Miro a Anita y ella me saluda desde la pista de baile.

“Bueno, está mintiendo. Debe de haberse equivocado.”

Es un momento tenso. Les miro directamente a los ojos. Los dos hermanos del mal se ponen cada uno en un extremo de la banca, atrapándome en mi asiento. El más grande acerca su cara. Quiero apuñalarlo. Apunta a la negrura detrás del escenario, donde las olas chocan el área cercana a la baranda.

“Si descubro que molestas otra vez a nuestro hermano, más te vale estar del otro lado de esa baranda antes de que puedas decir *‘soy el imbécil más grande que haya vivido jamás’*”.

Anita regresa. Se sienta frente a nosotros y me mira con ojos curiosos. Le sonrió, y los sujetos se marchan. Me acabo el resto de la cerveza para quitarme el temblor de las manos. Ella se les queda viendo.

“¿Qué querían?”

“Pasaron a saludar. Iban a mi escuela.”

“¿En serio?” Me mira con asombro. “¡Que pequeño es el mundo!”

¿Conocen esa sensación que les da cuando saben que algo malo está a punto de ocurrir? Tuve esa misma sensación cuando el club cerró esa noche, mientras caminamos de vuelta al autobús. De algún modo, sentí que esos dos simios estaban detrás de mí. No quise involucrar a Anita así me ingení un modo de lograr que ella se adelantara al autobús.

“Tengo que ir a orinar. Vuelvo al baño.”

Se veía sorprendida.

“¿Quieres que te espere aquí?”

Sacudí la cabeza y apunté hacia arriba.

“No, adelántate. Te veré en el autobús.”

Al bajar de vuelta al club, alguien me agarra de las piernas y otro me taclea al estilo rugby, haciéndome caer a lo largo de los escalones rocosos. Unos adolescentes un poco ebrios huyen, tratando de no verse involucrados. Una patada en el pecho me lleva de vuelta mi niñez, a los tiempos en los que recibía tundas similares de mi padre. Me aferro a esa pierna, hago mano de un pedazo de vidrio restante de una botella rota en el suelo y la hundo en el pie del bastardo tan fuertemente como puedo, retorciéndola en el proceso, mientras un segundo y un tercero desatan su ira sobre mí del otro lado.

¿Quién sabe qué habría pasado si Anita no hubiese vuelto e intervenido? Pidiendo ayuda a gritos, la veo correr hacia un par de tipos de seguridad, quienes apartan a los Neandertales y me ayudan a levantarme. Mi costado estará negro la próxima semana, pero al menos uno de ellos tiene un agujero en su pie del tamaño de una moneda de 50 peniques.

PARTE 2 - ANITA

28 DE JULIO 2000

CAPÍTULO 16

Es el último día de nuestras vacaciones. Ha sido todo maravilloso, claro a excepción de esa horrible noche en las cuevas. Pobre Paul; sé que está herido pero se hace el valiente.

¿Quién habría pensado que estaría comprometida al regresar a casa? No tengo idea de qué va a decir mi mamá, pero creo que Paul le simpatiza, así que no anticipo problemas en esa dirección.

Para terminar, vamos a ir en un paseo en un barco de fondo de cristal a lo largo del puerto de Mahon. La guía nos dice que es el segundo puerto natural más grande del mundo. Le pregunté cuál era el más grande, y ella nos contestó Pearl Harbour. Nada de esto parece interesarle mucho a Paul; de hecho, parece que preferiría regresar a casa ya y comenzar con los preparativos para la boda. Me parece que no se creyó su suerte cuando acepté ser su esposa, y ahora tiene miedo de que yo cambie de opinión. Es absurdo, pero ahí lo tienen. Creo que arrastra algunas cosas de su niñez, y voy a dar todo de mí para ayudarlo a deshacerse de ellas. Según él, sus padres fueron salidos del infierno; no me sorprende que no quiera invitarlos. Pienso que extraño a su hermano y que culpa a sus padres por la partida de Terry a Australia. No estoy segura si sabe dónde está su hermano, o sus padres.

Sigo mirando mi anillo de compromiso. Es precioso; muchos corazones plateados, unidos en círculo. De no haber ido a aquel pub con mis primas, nunca habría conocido a Paul. Es como si el destino nos hubiese unido, y no puedo esperar a mudarme con Paul cuando estemos casados. No me molesta que una chica haya muerto en su cama; no fue su culpa, y no él no sabía que ella fuese una prostituta. Tal vez estaba chantajeando a uno de sus clientes, y éste no quería que su esposa se enterara. Creo que Paul siente lástima por Catherine y dejó que ella se quedara en su apartamento por no tener a dónde ir. Paul es bondadoso.

Tomé algo de tiempo para empacar mis cosas y las de Paul; de no haber sido así, habríamos hecho un desorden y no podríamos cerrar las maletas. No puedo evitar sonreír al momento que voy al baño a cepillarme el cabello y acabo viendo a Paul salir de la ducha.

“¡Qué cuerpo!” Río.

Paul siempre tiene una respuesta rápida para todo. Esta vez no es la excepción. El toma una toalla y comienza a secarse.

“Vamos a acostarnos y discutir el tema a fondo.”

“No podemos; vamos a llegar tarde al autobús.” Miro mi celular. “Son más de las 8:30 y ni siquiera hemos desayunado.”

“Al diablo con eso, te desayunaré a ti.”

Trata de tomarme pero esquivo su mano.

“¡Estás empapado! ¡Apúrate!”

Me carcajeo al darle una nalgada. Paul suspira y me lanza un guiño.

“Ah, diablos. Te comeré en el almuerzo.”

Ignoro sus balidos detrás de mí cuando nos formamos en la fila para subir al autobús. Alcanzo a ver a Tina y a Malcolm más adelante; ella mira detrás y me saluda. Ellos se van a quedar aquí una semana más. Creo que a Paul le agrada la compañía de Malcolm; el bar al que fuimos anoche era mejor que el del hotel, el cual está más orientado a gente a mayor. Malcolm es gracioso después de un par de cervezas; se pone a cantar canciones de rugby en voz muy alta y Tina se pone roja de vergüenza.

Disfruto de aprender cosas nuevas, lugares y eventos. Al llegar a Mahon, el guía nos da a cada uno un boleto de entrada al bote. Afortunadamente, este es más grande que el que tomamos al principio de nuestra estadía. Parece haber 200 personas abordo; Paul, Malcolm, Tina y yo encontramos los últimos asientos disponibles al aire libre.

El capitán del bote hace comentario al alejarse el bote del puerto. Pasamos por una base naval fundada por Gran Bretaña en el siglo dieciocho, y Golden Farm, una casa colonial de la misma época. A estas alturas, Paul y Malcolm se están comportando como adolescentes, no escuchan nada de lo que dice el capitán. Para mi irritación, también no ignoran a Tina y a mí. Para cuando llegamos al cementerio del siglo diecinueve, utilizado por la Marina Americana, me canso de tratar de escuchar la narración del capitán, y sigo a Tina hacia el bar. Compramos refrescos, volteamos a ver a los chicos, y a Tina se le ocurre una idea.

“¿Vamos al fondo de cristal?”

“Claro.” Asiento. “Nunca he estado en un bote con fondo de cristal.”

Es un área pequeña al final de unas escaleras. Sólo hay otra persona sentada en la banca; un tipo de apariencia joven de cabello oscuro, tal vez de unos 25 años, forzando la vista a través del agua turbulenta.

“¿Puedes ver algo?”

“No, creo que se verá algo con más claridad cuando se detenga el bote.”

Tiene un fuerte acento londinense. Me siento junto a él y miro a través de las gruesas ventanas. Tina se sienta a mi lado y agita la cabeza.

“El bote está revolviendo el agua.”

“¿Quieres volver allá arriba?” Me doy cuenta de por qué nadie más ha bajado aun.
“Podemos volver después.”

Tina se pone de pie y camina hacia las escaleras, y en ese momento me doy cuenta de que Paul está bajando las escaleras. Me quedo sentada para que se me una.

“¿Por qué estás hablando con él? ¿Qué está pasando?”

El tono de Paul es agresivo y acusador al apuntar al tipo sentado junto a mí. No tengo idea de por qué está tan enojado, así que me encojo de hombros.

“No estoy hablando con él. Sólo vine con Tina a mirar por las ventanas.”

“¡Párate!”

“¿Qué? ¡No me hables así!”

Su tono de voz comienza a hacerme enojar. El sujeto junto a mí se pone de pie y va hacia Paul.

“Hey ¡no te preocupes! No pasa nada, amigo.”

Las manos de Paul están hechas puños. No puedo creer lo que pasa frente a mí.

“No soy tu amigo. Vete de aquí.”

“Si, ya voy.”

El espacio que lleva hacia las escaleras es estrecho, por lo que él tiene que empujar un poco a Paul para pasar. Miro con horror como Paul arremete y le da un golpe en la nariz. Inmediatamente veo sangre en su rostro, y él se defiende, dándole un golpe a Paul en el abdomen, haciéndole retorcer por un momento. Me apresuro a ayudar a Paul, quien cae de rodillas, con una mano sobre sus costillas. El tipo se limpia la sangre con la manga de su camisa y sube las escaleras, pero no sin antes hacer un comentario hacia Paul.

“Necesitas ayuda, amigo. ¡No estás bien de la cabeza!”

Miro en silencio, conmocionada. Paul, con cara de dolor, logra sentarse en la banca.

“¡Voy a matar a ese bastardo!”

La escena se siente como una pesadilla, pero sé que es real. Me siento junto a Paul y pongo mi brazo sobre sus hombros.

“Mira, sólo le pregunté si podía ver algo por la ventana. No pasó nada. Tina puede confirmarlo.”

“Solo cállate.” Paul se inclina hacia adelante y descansa la cabeza sobre sus manos.
“Sé lo que vi.”

“Estás equivocado.” Me siento más enojada. “Le debes una disculpa, a mí también. Y, para tu información, ¡puedo hablarle a quien yo quiera! ¡No iba a acostarme con el tipo, sólo hacía conversación!”

Me pongo de pie y subo las escaleras, dejándolo encorvado y miserable. No quería volver con Tina y Malcolm, así que camino a lo largo de la cubierta inferior hasta llegar al frente del barco, esperando no encontrarme con el tipo de la nariz sangrienta. Agradezco

la sensación de la brisa contra mi cara mientras contengo las lágrimas. Los demás pasajeros me dejan ser, y poco a poco, mis latidos vuelven a la normalidad.

El barco tiembla hasta detenerse y hay una estampida para bajar a las ventanas. No tengo idea si Paul sigue ahí o no, y en éste momento ni siquiera me importa. Me siento en la cubierta, cruzo las piernas y miro los peces nadando en las aguas claras a través de la baranda. Una voz detrás de mí me insta a voltear.

“Lo siento, fui un completo imbécil.”

Volteo a ver los peces, tratando de ignorarlo.

“Vete.”

Para mi sorpresa, desaparece sin decir una sola palabra, pero cinco minutos después regresa con una bebida fría.

“Toma; dejaste la tuya allá abajo.”

“Lástima que *tú* no te quedaste abajo también.” Tomo la bebida. “Gracias.”

“Quiero estar aquí contigo.”

Su expresión es la personificación de la miseria. No puedo alejarme de él dentro de los confines del barco, así que sólo me queda suspirar.

“Espero que esto yo vaya a pasar cada vez que hago conversación con un miembro del sexo opuesto.”

“No volverá a pasar; lo prometo. Te lo dije; soy un completo imbécil.”

“Te perdono esta vez, pero de verdad tienes que ir a disculparte con él.”

Desaparece una vez más. Nunca sabré si realmente fue a disculparse. Esa noche hicimos el amor, y él es el tierno y considerado de siempre. Descarto el incidente como una aberración en unas vacaciones perfectas.

CAPÍTULO 17

Siempre es voltear en una esquina en reversa; es peor aun en cuando en mitad de tu prueba de manejo. El examinador no dice una sola palabra durante la maniobra. Mi espalda está empapada por el estrés de navegar el tráfico londinense e ir en reversa mientras trato de descifrar en qué sentido debo de girar el volante.

“Cuando golpee sobre el tablero, por favor haga una parada de emergencia.”

¡Puede hablar! Me desvío del camino, manteniendo la velocidad a 46 kilómetros por hora. Mi corazón se precipita en anticipación de la siguiente instrucción. Cuando da un golpe ligero sobre el tablero, hundo el pie en el freno, pero me acuerdo de mirar en el espejo retrovisor y hacer la señal de parada, y además mirar por sobre mi hombro derecho antes de volver a arrancar. No tengo idea de dónde he estado conduciendo, pero al dar la vuelta en una esquina, descubro que estamos de vuelta en el estacionamiento del centro de manejo. Incluso puedo ver a mi mamá bajo la sombra de un árbol. No tengo palabras para describir el alivio de que haya acabado.

“Felicitaciones, señorita Fairfax, pasó su examen de manejo.”

¡Sí! Doy pulgares arriba y una sonrisa a todos dientes a mi mamá, quien celebra mi triunfo. Me bajo del auto, estrecho la mano del examinador y le sigo para completar el resto de los trámites.

Mamá cabriolea al verme salir del edificio, parpadeando rápidamente bajo la luz del sol.

“¡Bien hecho! ¡Sabía que pasarías! ¡Vaya regalo de cumpleaños!”

“Gracias por pagarlo todo.” Le doy un abrazo. “¡Tengo que decirle a Paul! ¿Puedo pedir prestado el coche?”

“Por supuesto.” Mamá me sonrío. “Sólo dime cuando lo necesites.”

Mi mamá conduce; no puedo ponerme detrás del volante tan pronto después de esta prueba. Estoy más que eufórica durante el camino a casa, sabiendo que podré conducir a Gretna el 1ro de septiembre. Paul vendrá el fin de semana con mi regalo de cumpleaños. Tenemos mucho que celebrar.

“Abre tu regalo. No puedes ponértelo aún, pero imaginé que te gustaría.”

Estamos solos en cama; mamá y Dave salieron a cenar. Cada vez más emocionada, le quito la envoltura a la pequeña caja.

“¡Oh, Dios!” Exclamo. “¡Es mi anillo de bodas!”

Paul se ve complacido por mi reacción y me planta un beso en la mejilla.

“Por eso no te dejé abrirlo allá abajo.”

Deleito la vista en la banda dorada con corazones grabados en toda su circunferencia: igual que mi anillo de compromiso. Las lágrimas se forman detrás de mis ojos.

“¡Es hermoso!”

“Es para ti, preciosa.”

Con dedos temblorosos, me aseguro de que encaje, y después se lo devuelvo a Paul.

“Guárdalo por mí. No quiero volver a ponérmelo antes del 2do de diciembre.”

“Por supuesto. Eres la que única a la que dejaré usarlo.”

Paul lo guarda de vuelta en la caja, me da un beso, y después se sube sobre mí.

“Te amo tanto. Detesto estar alejado de ti el resto de la semana.”

“Dentro de poco estaremos juntos.” Reciproco su beso con pasión. “Señor y Señora McAdam.”

El acto sexual, con todas sus emociones inherentes, sigue siendo algo relativamente nuevo para mí, y disfruto del ahogarme con Paul en esas emociones básicas y placenteras de las que nadie hablar pero estoy convencida que están siempre en la mente de las personas. Mi prometido obviamente es una amante experimentado, pero apenas es unos años mayor que yo. No quiero pensar en cuantas chicas estuvieron con él, y él nunca las menciona. La única de la que sé es Catherine Taylor, pero solo eso es sólo porque la policía le interrogaba. No creo que algún día se resuelva el misterio alrededor de su muerte.

Cuando el impulso llega a su fin, disfruto de yacer sobre la cama y sentir su peso sobre mí. No me sorprende que haya tanta gente en el mundo.

Quiero poner mi parte para pagar los costos de la boda, así que sin decirle a Paul, me consigo un trabajo de verano llenando repisas en el supermercado local. Tengo la corazonada de que Paul no querría que yo hiciera algo así, pero siento que estaré contribuyendo y que haré algo positivo. En realidad es bastante divertido. Todos los empleados son estudiantes igual que yo, y aunque solo haya estado ahí tres días, ya hice amistad con Ethan, Kirsty y Will. Vi a Kirsty mirando a mi anillo de compromiso con envidia a cada descanso, y me gusta el coqueteo casual con Will. Sé que me encuentra atractiva, pero no quiero hacer nada para arruinar mi relación con Paul. Will solo me ayuda a sobrevivir la semana hasta que llega el día de paga.

Mamá parece estar de acuerdo con el compromiso, pero si me mencionó que piensa que soy todavía algo joven para involucrarme en una relación seria. Hablé con papá al respecto, pero él no está tan entusiasta, Le dije a ambos que Paul es el indicado para mí y es lo que quiero. Creo que papá sigue preocupado por quién mató a Catherine Taylor, pero le dije que ella había convertido el apartamento de Paul en un burdel sin su conocimiento, y que el culpable podría haber sido cualquier sujeto caminando las calles de Edimburgo.

Will se acerca a mí mientras yo desempaco frascos de mermelada. Quiere saber si quiero ir con él y unos amigos al pub después de trabajar. Quiero ir, pero si Paul me llama y escucha ruidos en el fondo, querrá saber donde estoy. Vacilo y sorprendo a Will mirando mi anillo. Le digo la verdad; que no pienso que le gustaría a mi prometido saber que salgo al pub con otro chico, sin importar que tan inocente sea la situación. Will ríe y me dice que me olvide de mi prometido por una tarde y que simplemente apague el celular. Estoy tentada, pero acabo rechazando la invitación.

Sólo faltan poco más de dos semanas para la boda. He ganado lo suficiente para comprar un vestido de segunda mano, el cual tengo guardado en una caja al fondo de mi guardarropa. Está hecho de seda de color marfil, lo encontré en una de esas tiendas de caridad cuando Kirsty y yo salimos de compras al mercado de Camden la semana pasada. Mamá me habría comprado el mejor en Harrods, pero entonces toda mi familia se enteraría. Ya tengo los zapatos indicados para combinar, y Kirsty me escogió un fascinador en la venta de Debenhams como regalo para la novia. Paul ordenó flores para mi llegada, y se ha ocupado de la mayoría de los preparativos. La boda está programada para las 3 de la tarde. Todo lo que tengo que hacer es pedir prestado el auto de mi mamá para el fin de semana, contrabandear mi vestido desde mi guardarropa hasta la cajuela, y conducir 500 kilómetros hasta llegar a Gretna Green. Estoy tan emocionada que no podré concentrarme en el camino, de eso estoy segura.

Acordamos que el día después de la boda, Paul me seguiría de vuelta a Londres para dejar el carro con mi mamá y darle las noticias a ella y a Dave; después nos quedaremos con ellos por unos días antes de visitar a papa, quien cumplió su palabra y me compró un auto para mi cumpleaños. Después pasaremos algunas de mis cosas al apartamento de Paul para quedarme ahí. Paul dice que en algún momento le dirá a su mamá de la boda, y como no ha visto a su papá en años, no cree que tenga mucha prisa de decirle. En algún lugar está mi suegra, mi suegro y mi cuñado, y ellos no tienen idea de que yo existo.

Paul me llama en la noche antes empezar el viaje. Se preocupa de que me vaya a perder y quiere revisar la ruta. Le digo que ya la repasé en Google. Su preocupación me hace sonreír. No hace caso de mi respuesta y sigue.

“¿Qué camino vas a tomar para salir de Londres?”

Pongo los ojos en blanco y leo mis notas.

“Estamos en Acton, así que será la A40.”

“¿Y después?”

“Pasar por debajo del Hanger Lane y tomar la M40.”

“¿Hacia?”

“Oh, ¡deja de cloquear como mamá gallina! ¡La encontraré!”

“¿Hacia...?”

“¡Cruce 16, por amor de Dios!”

Paul ríe.

“¿Y qué hay después del cruce 16?”

Me está fastidiando su actitud de ‘sé más que tu’.

“Agarro la maldita M25 después del cruce 16. Después me quedo ahí en el tráfico por 6 días y 6 noches hasta llegar al cruce 21, y después tomo la estúpida M1 al norte. Al desviarme de la estúpida M1 en el cruce 19, llego a la jodida M6. Conduzco 10 años y salgo de la jodida M6 sobre el cruce 45 y tomo la maravillosa B7076 que llega hasta Gretna. ¡No soy una rubia tonta! ¡Escóndete el baño cuando llegue; no puedo verte antes de la boda!”

La risa de Paul hace ecos en la línea.

“Te veré en Gretna, sexy.”

CAPÍTULO 18

“¿Entonces, vas a recoger tu nuevo auto con tu papá, y luego Paul va a conducir el mío de vuelta?”

Mantengo mi cara apartada de mi mamá para que no descubra que mis ojos no dicen lo mismo que mi boca. Cubro la caja que contiene mis provisiones para la boda con un portafolio, y cierro la cajuela.

“Básicamente.”

“Llámame cuando llegues con tu papá. Me preocuparé por ti hasta entonces.”

“Estoy bien, ¿ok?” Ahogo otra ola de irritación. “Soy una niña grande ya.”

Me despido de mi mamá al salir de la entrada de coches. Para ser honesta, me estoy sintiendo algo aprehensiva al cambiar a primera velocidad y pisar el acelerador. Es hora pico, y el importante viaje que estoy a punto de emprender comienza a pesarme en la cabeza. Estoy pensando no solo en el viaje de 7 horas frente a mí, también pienso en la súbita transición a la madurez que he experimentando en los últimos meses; un viaje que la mayoría de las chicas anhelan, pero pocas logran a una edad tan joven. Estos días he tratado de suprimir la sensación de que mi vida avanza más rápido de lo que yo puedo caminar. Hace apenas unos meses yo era una chica en la universidad sin un pensamiento en la cabeza. Ahora me pregunto se debería de finalizar las clases en Edimburgo o encontrar un trabajo que se acomode a mi posición de mujer casada.

En Hanger Lane, recuerdo el consejo de mi instructor de manejo, ‘*entra lentamente, sal rápido*’, mantengo la calma en la navegación al lado de otros vehículos, y deja salir un suspiro de alivio al tomar la M40. Mantengo una velocidad de 110 por hora sobre la autopista y busco el acceso al cruce 16 como un halcón.

Sospecho que millones de conductores han entrado a la M25 y sintieron sus corazones hundirse frente a la vista del estacionamiento orbital en toda su gloria. Hoy no es la excepción, cuatro carriles de luces traseras me guiñan mientras me orillo al carril interior. Mi corazón late furiosamente frente a la cantidad de vehículos. Al empezar a sudar por la ansiedad, me imagino a Paul y a mí haciendo el amor en nuestra pequeña cueva en Menorca, y para cuando paso por debajo de un viaducto con el epíteto ‘Give peas a chance’ me siento mucho más calmada y genuinamente entretenida por la imagen mental de un enorme guisante rodando entre los autos en un intento de eludir el tráfico. Noto los señalamientos de la M1 al acercarme al cruce 17, y decido encender la radio. La estación favorita de mamá, Radio 3 me acompaña el resto del camino con un efecto calmante.

Un coche lleno de veinteañeros se orilla a mi derecha. Trato de ignorar el claxon y los comentarios vulgares hacia mi dirección, y me concentro en el Nocturno en mi bemol de Chopin para ahogar el ruido exterior. Se meten frente a mí y desvían hacia Rickmansworth. Lanzo un saludo de reina a su partida.

Pasa media hora más antes del cruce 18 y la desviación hacia Amersham y Chorleywood salta a la vista. Afortunadamente, el tráfico parece agilizarse, y para cuando veo los señalamientos de la MI norte sobre el cruce 21, el concreto de la ciudad ha cedido ante los arboles y verdes campos, que son mas placenteros a la vista. Al tomar la curva hacia la M1, me siento con más confianza de poder finalizar el viaje sin tener que recurrir a Paul o a papá. No me gusta la noción de tener que admitir si llego a perderme, y oír a Paul diciéndome constantemente ‘te lo dije’ por el resto de nuestro matrimonio es suficiente para incitar en mí un sentimiento de vigor y aventura.

Veo el cruce 8 hacia Hemel Hempstead, y mi vejiga comienza a mostrar señales de estar completamente llena. Me alegra ver Toddington Services después del cruce 11, especialmente al considerar que a mamá se le olvidó llenar el tanque y una pequeña luz roja parpadea en el tablero. Me estaciono y saboreo el silencio al apagar el motor. Ahora se me ocurre que nunca he llenado el tanque antes, pero aliviar mi vejiga es un problema de mayor prioridad en este momento.

Envío un mensaje a Paul para decirle donde estoy y después salgo del auto. Es un todo un desahogo poder estirar las piernas, incluso si es solo una caminata hasta el establecimiento. Hacer calor dentro del complejo y está repleto de gente; padres fastidiados gritándole a sus hijos que lloriquean porque quieren comida chatarra, largas filas en el restaurante. Después de pasar al baño, compro un café para llevar, y vuelvo al auto. Mi celular suena con la respuesta de Paul. Sonríó al leer su mensaje; ya me está esperando en el hotel de la Vieja Herrería. Siento un cosquilleo de emoción corriendo en mis venas.

Nunca me he sentido tan humillada como ahora, al estacionar el auto junto al surtidor de gasolina. Casi instantáneamente, otro conductor se estaciona detrás de mí, esperando impacientemente. Desabrocho mi cinturón de seguridad y salgo al estacionamiento, me encojo de hombros y lo miro reaciamente con algo que espero se note como impotencia. Él sale de su auto y se acerca a mí, un hombre de unos 60 años. Me da pena pensar que pueda verme como una rubia tonta, pero sólo necesito que se me muestre una sola vez para aprender a hacerlo. Imagino que hace muchas lunas, él tampoco tenía la menor idea de cómo llenar un tanque de gasolina. Le agradezco la instrucción en lo que resulta ser una procedimiento bastante simple. Finalmente, con dinero en mano, salto de felicidad hacia el mostrador.

La M1 fluye rápidamente, Milton Keynes, Northampton, y los servicios Watford Gap desaparecen de la vista casi instantáneamente. Después del cruce 18, paso sobre el río Avon en Lilbourne y tomo la M6, imaginando que ya acabé la mitad del viaje. Pasando Coventry hacia el norte, sufro una pequeña punzada de arrepentimiento de que mamá no esté conmigo el día de mi boda, y me pregunto si Paul estaría dispuesto a que tengamos un servicio religioso para beneficio de mi mamá. Tendré que preguntarle más tarde.

Después de la ansiedad, el hambre devora mi estómago, y hago una parada de emergencia para almorzar. Hablo con Paul entre bocados de salchicha, papas y guisantes.

“¡Hola! Estoy en Corley Services sobre la M6.”

Me alaba con un silbido en el oído.

“¿Tan rápido? Eso está cerca del cruce 3, creo. ¡Bien hecho! 42 cruces y unas horas más y estaremos juntos.”

Admito mis fallas para hacerle reír.

“Tuve que pedirle a un señor que me enseñara a llenar el tanque.”

“Bueno, ahora ya sabes cómo.”

“¿Cuánto estimas que me falta?”

Silencio. Puedo escuchar los engranajes en su cabeza girando.

“Diría que 3 horas y media. Llegarás a tiempo para la cena. Aparté una mesa en el restaurante del hotel.”

“No puedo verte hoy.” Río.

“Nos sentaremos en mesas diferentes, entonces.”

“¿Tienes mi anillo de bodas?” Miro vanamente mi mano izquierda.

“¿Por qué carajos me tomas, un estúpido?”

No puedo evitar reírme de su expresión al despedirme. Acabo de comer, troto de vuelta al auto y enciendo el motor con la mayor confianza que he sentido en todo el día. Ahora soy de la opinión que una vez que haya completado el viaje a Escocia, podré manejar en cualquier lado. Mi nueva confianza sufre un pequeño golpe al llegar al intercambio de Gravelly Hill en Birmingham, pero avanzo valientemente sobre la M6, pasando Stoke-on-Trent, Liverpool, Manchester, Preston, Lancaster, Penrith, y Carlisle. Llegando al señalamiento del cruce 45, veo la desviación hacia Gretna. El camino está vacío y el paisaje es exuberante y verde. Me siento tan emocionada que apenas puedo quedarme quieta, y mis ojos se mueven entre camino y mi anillo de compromiso sin saber dónde fijar la vista. Toma la vía de acceso, y me imagino el día de mañana; ver a Malcolm y a Tina otra vez, y la expresión arrebatada de Paul al verme vestida de novia por primera vez.

Mi cabeza pronuncia los votos, pero mi pié está en el acelerador. Al darme cuenta de que estoy al final del acceso y que no puedo detenerme a tiempo, rezo porque no haya ningún vehículo sobre la B7076, y paso sobre lo que parece ser un pequeño carril con un letrero que dice ‘No hay entrada, excepto por vehículos autorizados’, y finalmente rechino al frenar a centímetros de una puerta de acero.

Cierro los ojos con alivio de que el auto de mi madre siga intacto. Ahora todo lo que tengo que hacer es voltear el coche y regresar a la B7075. Gretna llama, y también mi boda.

Mi corazón late con fuerza. Tengo precipicios a ambos lados; a mi izquierda, el banco descende hacia el bosque, y a mi derecha veo vehículos en la M6. Dar reversa y dar un giro en U dentro de un espacio confinado no es mi fuerte, pero ahora necesito utilizar cada ápice de experiencia para lograr esta maniobra.

Tomo aliento, giro el volante a la derecha, presiono el embrague y meto reversa. En mi prisa para detener el retroceso y completar la maniobra sin acabar sobre la autopista, meto primera velocidad, pero en mi estado de ansiedad, piso con abandono el acelerador en vez

del freno. El auto se propulsa hacia adelante, las llantas delanteras ascienden a un borde pastoso, y sin ninguna advertencia, el precioso Ford Fiesta de mi mamá cae por una empinada. Ahora estoy sumida completamente en el pánico mientras las ramas golpean y rayan los costados del auto, llegando al final del valle con un terrible crujido; el capó del auto está sumido y el motor está muerto. La bolsa de aire del tablero se infla, y siento como si me hubiesen golpeado en la nariz.

Me quedo sentada en conmovido silencio por lo que parece ser una eternidad, templando y sin poder moverme. Siento humedad en el asiento y me doy cuenta de que mi vejiga está vacía. Intento liberar mi pié de debajo del chasis contorsionado, pero mi pie y empeine están atorados. La presión sobre el pié es dolorosa. El cinturón de seguridad se reúsa a niega a moverse al tratar de desabrocharlo. Estoy completamente atorada.

CAPÍTULO 19

Atrapada por el chasis doblado y mi cinturón de seguridad, miro el cielo a través del techo solar, conmocionada y con lágrimas en los ojos. Hasta donde sé, nadie me vio pasarme del cruce, y me llego a la conclusión de que a menos que llegue alguien, no solo me perderé mi boda, puede que también muerta de hambre o de sed. Mi bolso con el celular está en la cajuela, junto con una maleta llena de ropa y mi vestido. Todo lo que tengo a la mano es una pequeña botella de agua y medio paquete de mentas Polo.

Desesperada por liberarme, trato una vez más de desabrochar el cinturón de seguridad en vano. Muevo mi pie y siento una apuñalada de dolor en uno de mis dedos. Trato de calmar la abrumadora sensación de pánico y respiro profundamente. Además de un pie, pecho y nariz adoloridos, estoy relativamente intacta y aliviada de que el resto de mí parece seguir en una sola pieza. Puedo mover los brazos y abrir la puerta del conductor, pero como no puedo salir, la cierro.

La bolsa de aire comienza a desinflarse y el auto se asienta en su nueva posición. Sigo forcejeando en mi asiento, mojada e incómoda. Bajo la ventana y grito tan fuerte como puedo, pero mi voz se oye débil y ronca. Tomo un sorbo de agua y vuelvo a intentarlo, esta vez con mejores resultados, pero sólo los pájaros en los árboles me contestan. Toco el claxon y el sonido se oye patéticamente leve, apagándose gradualmente bajo el brillo del calor vespertino.

El reloj del tablero está detenido en las 5:04. Pronto mi ausencia en el hotel hará que Paul se pregunte dónde estoy. Sólo espero que no piense que cambié de opinión y que me reporte desaparecida. Como si leyese mi pensamiento, escucho el teléfono sonando en la cajuela, y cuento 23 timbres antes de que caiga en silencio otra vez.

No hay nada que hacer, excepto esperar. El día todavía es cálido y necesito pensar con coherencia. Recargo mi cabeza contra el asiento y cierro los ojos.

El agudo sonido del teléfono me despierta. Una vez más trato de liberarme de mi asiento, pero no puedo mover la pierna derecha. No tengo idea de qué hora es, pero todavía hay algo de luz afuera, así que imagino que aún no son las 9. Tengo una imagen mental de Paul, caminando de aquí a allá en la habitación del hotel, gastando la alfombra, con el teléfono pegado al oído. Atrapada en esta prisión, soy tan impotente como un recién nacido.

Además del ocasional vehículo acelerando sobre la B7076, todo está inquietantemente callado. Comienza a caer el crepúsculo y me preparo para una noche atrapada en el auto. Chupo una menta en modo repetitivo y bovino; mi cuerpo agradece el azúcar, que curiosamente tiene un efecto calmante. Tomo un sorbo de agua, y escucho a las aves

haciendo los preparativos para descansar. Subo la ventana, pues la noche comienza a helar, y presiono el claxon en vano ante cualquier sonido de un vehículo pasando.

Finalmente, me canso de forcejear, de gritar y de tocar el claxon. Recargo mi cabeza contra la ventana y dejo todo a la providencia. Al descender la oscuridad, no puedo hacer nada más que pensar.

No le noté al principio esa noche en The Rat & the Pigeon. Ese día, Esther celebraba su cumpleaños número 19, y me ella me decía que ahora podría venir sin problema alguno, pero yo aún me preocupaba un poco por tener que encarar a los guardias y que me ellos me rechazaran por ser menor de edad. No quería arruinar la noche de nadie, pues yo sabía que mis primas no me dejarían afuera en el pavimento, y se sentirían obligadas a pasar la tarde conmigo. Sólo las veo cuando vengo a visitar a papá, Tricia y Mandy durante las vacaciones.

Estaba esperando en el bar con Esther e Elaine, cuando él me preguntó si gustaba una bebida. Me gustó el sonido de su acento escocés, y se veía tan tímido, sonrojado como una chica. Su torpeza y obvia vergüenza me hicieron reír. No quise añadir a su desconcierto, especialmente después de que Esther haya empezado a reírse, así que esperé a que su amigo fuera al baño para reunir el valor de ir a hablarle. Me atrajeron su cabello y ojos castaños, especialmente sus labios, los cuales confieso quise besar.

Me miró como si le hubiese caído un rayo, y así fue para nosotros, como fue para Michael Corleone y Appollonia en la película favorita de mamá. Tan pronto me sonrió, supe que no quería a nadie más.

Esther conocía a Paul; lo veía a menudo en los pubs y los clubes nocturnos, a veces peleándose afuera, y a veces con diferentes chicas, pero de algún modo supe que una vez que nos conociéramos, seríamos pareja. Ella me dijo que por lo general lo evitaba, que había algo de él que no le gustaba. Yo le dije que estaba equivocada, y que tenía toda la intención de llegar temprano a nuestra primera cita, pero me dijo que llegara tarde, que eso los mantiene interesados. Sólo he salido con dos chicos, así que seguí su consejo. Debo decir que al abrir la puerta del pub y ver el alivio en sus ojos, me alegré de hacerle caso.

Nos gustamos inmediatamente. Quise impresionarlo, así que le dije que era actriz; Dios sabe por qué, ahora me da pena el sólo pensarlo. Tal vez en el momento, quise que me viera más interesante que todas las chicas con las que había estado. No obstante, de algo estoy segura; yo estaba muy nerviosa y parloteé sin razón alguna, pero nadie se queda tan nervioso en compañía de Paul por mucho tiempo. Antes de que me diera cuenta, ya habíamos intercambiado historias de vida antes de que acabara la noche, pero estoy segura de haberle dicho más de mí misma que él me dijo de sí. Tuve el presentimiento que no era muy cercano a sus padres; él siguió evitando el tema, especialmente respecto a su padre. Al final, hablé del divorcio de mis padres, del matrimonio de mi papá con Tricia, y del hecho que tengo ahora una hermanastra de la mitad de mi edad. Paul dijo que tiene un hermano en Australia. Lo dijo con tono neutral, como si no lo extrañara en absoluto.

Por supuesto, Esther me mandaba mensajes mientras papá me llevaba a casa. Tricia levantó las cejas tan pronto llegué, pero estoy evitando la amistad con ella. Adoró a Mandy, pero Tricia destruyó el matrimonio de mis padres. Tengo que llevarme con ella si quiero seguir en contacto con mi papá, pero ella no es mi madre y nunca lo será. Llamé a Esther y le dije que acababa de estar con el chico con el que quiero pasar el resto de mi vida. Ella bufó y me dijo que me calmara. Creo que está celosa.

CAPÍTULO 20

Está oscuro cuando despierto al sonido del celular sonando otra vez. El reloj en el tablero todavía lee 5:04. La B7076 está callada, e imagino que es de madrugada; el día de mi boda. El calor de la tarde anterior ha disminuido, pero no hace frío.

Con nuevo vigor, trato de sacar mi pierna derecha de debajo del chasis, pero no puedo moverla sin sentir dolor. Presiento que uno, o varios de los dedos del pie están fracturados, y siento el pie caliente e inflamado. El pensar en tener que casarme usando tenis me hace llorar de autocompasión. Al final, me limpio la cara, llorar no me llevará a ningún lado. Estoy más determinada a liberarme una vez amanezca.

Estoy completamente despierta después de mi siesta. Se me ocurre que tal vez mi ausencia hizo que Paul saltara a la conclusión equivocada y que pensara que cambié de opinión. Después de ver su reacción con el pobre tipo del barco, siento un temblor similar al miedo de una posible reacción similar cuando lo vuelva a ver. Me digo a mí misma que no debería de ser tan tonta. Paul nunca me haría algo así. Sé que me ama completamente, y que movería cielo y tierra por mí si pudiese.

Bajo la ventana para dar un cambio a la atmósfera. Afuera, alcanzo a oír un búho ululando en la distancia, y una ligera briza agita las hojas de los árboles. Me recuerda a esa película de los 60, 'Deseo de una mañana de verano'; la pasaron en televisión hace poco. Había un cadáver en el bosque, y el sonido de las hojas de esa película es justo lo que escucho en este momento. Se me ocurre que es bastante inquietante oír algo así en la obscuridad. No creo volver a sentirme igual con respecto a los árboles después de esto.

Supe que no era piloto, pero aún sentí un poco de decepción cuando lo confirmó. Incluso tuvo la decencia me mirarme con un poco de pena al confesarlo, pero al menos no es un desempleado. Me pregunto: ¿Qué habrá sentido cuando le dije que no era realmente una actriz? No pareció molestarle, de hecho, seguía sin quitarme los ojos de encima. Con el siempre me siento apreciada; no muchas chicas pueden decir lo mismo de sus novios.

No me gustó tanto estar sentada en el frío durante nuestra segunda cita, viendo a sus amigos jugando fútbol, pero fue lindo sentir el calor emanando de él. Cuando me puso el brazo alrededor del hombro, sentí que podría quedarme así toda la noche. Quise que me besara, pero sólo fue un beso rápido. La mayoría de los hombres habría tratado de hacer mucho más, pero él se portó como un caballero.

Papá no aparentaba mucho cuando me recogió. Antes ya había llevado un par de chicos a casa para presentarlos con mi mamá, y ella siempre estaba de acuerdo con que yo saliera con chicos. Pero papá no está acostumbrado a verme tan a menudo. Tengo la sensación de que no le agradaría ningún chico con el que salga; me trata como trata a Mandy. Le pregunté qué pensaba de mi nuevo novio, pero no me gustó su respuesta. Papá

dijo que su instinto le decía que Paul era sospechoso y poco confiable. Pero, pienso que en lo que a él concierne, Paul tendrá que caminar descalzo sobre clavos ardiendo para probar su amor. Tomo su opinión con un pellizco de sal.

Para la tercera cita, yo estaba impaciente. Papá me dijo que tuviera cuidado antes de dejarme frente al pub, pero no sabía qué le preocupaba tanto. Quise ver dónde vivía Paul, y me sorprendió bastante que saliera con un montón de excusas para no llevarme. Por supuesto, sabiendo lo que sé ahora, me doy cuenta de que no quería que conociera a Catherine Taylor, quien, hasta donde los dos sabíamos, seguía viva. Sin embargo, además de ver una sudadera rosada colgando de un perchero antes de que colgara su chaqueta encima, no pensé que nadie compartiera el apartamento con él en absoluto. Imaginé que la prenda le pertenecía a una amistad o familiar.

Esa noche se quedará conmigo por siempre. No es sólo por el hecho de que después me enteraría de la muerte de Catherine, realmente fue más por el hecho de haber perdido la virginidad en el sofá de Paul. Siempre me pareció que las chicas en mi clase disfrutaban del sexo, y yo siempre tuve que mentir, diciéndoles que no era virgen. Incluso si no planeaba volver a ese colegio en particular, me complace haberme ganado las credenciales por haber formado parte de ese grupo de élite, y ciertamente disfrutaría de revelar algunos detalles picantes si la oportunidad se llegase a presentar en el futuro.

Algunas de las chicas me dijeron que sus primeras veces fueron una decepción. Honestamente puedo decir que no nos hartamos el uno del otro, y nunca me he sentido tan deseada ni tan amada durante la transición a la madurez. Mama tiene a Dave, Papá tiene a Tricia, y finalmente lo entendí. Tengo alguien que me considera atractiva y que no me dejará ir nunca. Nos volvimos inseparables después de unos pocos días.

En aquel terrible día en que le dije a Paul que se fuera al diablo por teléfono y durante el interrogatorio, yo podía ver la expresión triunfante de mi padre, la convicción de que sus comentarios acusatorios estaban justificados. Sentada en frente de Paul, escuchando como es trató de vivir con una prostituta mientras salía conmigo me hizo enfurecer. Quise arrojarle algo. Había sido engañada, usada; yo era sólo un cuerpo más para satisfacer su insaciable apetito sexual. Pero una vez que logró defenderse, lo escuché y me di cuenta de que su historia tenía sentido. Cat se había metido en su vida y en su apartamento para su propio beneficio, y Paul fue el usado, no yo. Darren había confirmado que Paul estaba en el trabajo con él a la hora en la que ella fue asesinada, y nunca antes me sentí tan aliviada como cuando me disculpé con Paul, cuando le dije que todavía lo amaba. Papá seguía convencido de que Paul mentía, pero yo sabía que se equivocaba y que sólo trataba de mantener su orgullo intacto.

La obscuridad es absoluta, y la hora de la boda se acerca más y más. Me prometo golpear el claxon tanto pronto amanezca y escuche sonidos en el camino. Nadie podría verme aquí bajo el follaje de la noche, y honestamente, ¿quién estaría caminando en este momento a lo largo de la B7076? Pienso que mi mejor oportunidad sería ser descubierta por alguien paseando a su perro a las horas tempranas de la mañana.

Necesito ir a orinar otra vez. El asiento sigue mojado, así que simplemente lo dejo salir; no hay otro modo de solucionarlo. Tomo otro sorbo de agua, y chupo otra menta.

Toco el claxon sin razón alguna. Me resigno a pasar la noche aquí.

Paul definitivamente tiene encanto: conquistó a mi mamá inmediatamente. Sabía que papá le habría hablado de él por teléfono, pero ella prefirió conocerlo antes de tomar una decisión. Sé que ella me habría expresado cualquier preocupación, pero solo me dijo que fue muy considerado de su parte pedir permiso para llevarme de viaje. Desearía que no hubiese dicho nada de contracepción, pero así es mi mamá; directa y sin preámbulos.

Me gustaría conocer a los padres de Paul, pero no creo que eso llegue a pasar en el futuro inmediato. Ni siquiera sé donde viven, y Paul siempre cambia de tema cuando le pregunto sobre sus padres. Hasta donde puedo entender, su papá es un alcohólico que abandonó a su familia hace algún tiempo; creo que se pone violento cuando toma. Pero, ¿no puede tomar todo el tiempo, o sí? ¿No le gustaría conocer a su nuera? ¿Cómo será la madre de Paul? Estoy segura de que si pudiera conocer a mis suegros, aprendería más de Paul. A veces es como un libro cerrado; puede que acabemos de hacer el amor, pero si hago la pregunta equivocada, incluso cuando está de buen humor, él desaparece detrás del muro que ha construido a su alrededor.

Me acuerdo de la familia que vio en la playa. Recuerdo que Paul llamó a su padre 'Ian Stuart hijo de puta McAdam'. Podría buscar ese nombre en internet y ver si me lleva a algún lado. Tal vez incluso podría descubrir que todavía viven en Edimburgo. ¡Sería genial darles una sorpresa!

¿Voy a morir aquí? La respuesta en un gran ¡NO! Anticipo que Paul ya contactó a la policía y a mi mamá para avisarle que nunca llegué. Tarde o temprano, alguien me va a encontrar. Sin esperar nada en absoluto, trato de encender el motor, pero no me sorprende que nada suceda.

Abro la puerta del auto. La libertad está a unos pocos tentadores metros de distancia. Algo se escabulle en la maleza, y cierro la puerta.

Bostezo y me pongo a recordar la semana anterior, la foto de Cat y el artículo sobre su muerte en el Edinburgh Standard que papá le había enviado a mamá. Lo escondió bien, pero logré encontrarlo en un cajón 'no-tan-secreto' detrás de la cómoda. Antes he encontrado muchas cosas ahí que no debía ver, y cuando descubrí el artículo, me disgustó mucho pensar que papá podría estar tratando de poner a mamá de su lado en contra de Paul. Mamá nunca me dijo nada al respecto, pero supe que era cuestión de tiempo.

El artículo fue escrito y publicado después de que los padres de Cat ofrecieran 20,000 libras como incentivo para encontrar al asesino de su hija. Paul mencionó la recompensa como una trivialidad, pero obviamente no podía tomar el dinero por el hecho de no tener información que dar.

Recuerdo pensar entonces que los padres de Cat tenían mucho dinero. Su padre, Thomas es corredor de seguros, y su madre, Ann es partera. No alcanzo a razonar como la hija de Thomas y Ann podría acabar trabajando de prostituta, sin techo, tomando

dinero cuando surge la oportunidad. Solo puedo asumir que tuvo un desacuerdo con sus padres y que se fue de casa sin calificaciones o recursos a su nombre.

¿Quién mató a Cat? ¿Habría sido un cliente después de un juego sexual que salió mal? ¿Habría recurrido ella al chantaje? ¿Habría estado un hombre en el guardarropa tomando fotos? Juré no dejar que papá manchara el buen nombre de Paul frente a mi mamá. No es justo.

CAPÍTULO 21

Finalmente amanece. Los pájaros cantan para recibir el nuevo día, y abro la ventana del auto en busca de señales de vida. Tengo hambre, sed, y apesto a orina. Algunos vehículos pasan sobre el camino a Gretna, y empiezo a tocar el claxon frenéticamente. Entre los intervalos de silencio, mis oídos alcanzan a distinguir el sonido de un perro ladrando. Es música para mis oídos; donde hay un perro, generalmente hay un dueño. Sigo tocando el claxon hasta que miro a la derecha y veo, a mi deleite, los límpidos ojos cafés de un collie mirándome a través de la ventana. Dos patitas rascan el cristal.

“¡Hola!” Exclamo toscamente. “¡Qué alegría de verte!”

Acaricio su peluda y cálida cara; podría llorar a la vista de otra forma de vida. Pronto escucho el sonido de botas pisando fuertemente sobre la maleza; alguien llama al perro de vuelta y sigue su paso. Un hombre, posiblemente un granjero de unos 50 años se acerca y mira a través de la ventana.

“¿Está usted bien?”

“No realmente.” Suspiro. “No puedo salir. El cinturón de seguridad está atascado y no puedo sacar mi pie.”

“No se preocupe.” Saca un celular de su bolsillo. “No hay mucha señal aquí abajo; va y viene. Subiré al camino para llamar una ambulancia. Volveré en un minuto.”

“¿Podría sacar mi celular de la cajuela?” Apenas puedo contener las lágrimas. “Puede que tenga algo de señal, porque ha estado sonando. Necesito llamar a mi prometido. Hoy nos casamos.”

“¡Bendito Dios en el cielo!” El hombre se apresura a la cajuela. “Vaya problema, ¿no?”

“¡Muchas gracias!” Tomo el teléfono de su mano y veo una barra de señal, lo cual parece ser suficiente por el momento. “Trataré de llamar a Paul. Si no lo localizo, ¿podría llamarlo usted cuando vuelva?”

“Por supuesto. No trataré de moverla en caso de que tenga algún hueso roto, pero pronto saldrá de ahí. ¿Cómo se llama usted?”

“Anita. Anita Fairfax.”

“No se preocupe, Anita; todo estará bien.”

Mi salvador y su amigo canino desaparecen entre los árboles. Miro la hora en la pantalla del teléfono; 05:48. Presiono el número de Paul. Él contesta inmediatamente.

“¿Dónde diablos estás?”

Tiene ira en la voz; más de la que jamás le he visto. De repente, no puedo dejar de llorar, y mis palabras salen interrumpidas entre hipo y aflicción.

“¡T-tuve un accidente! ¡Alguien acaba de encontrarme! ¡He estado atrapada en el auto en las afueras de Gretna!”

“¿Y apenas *ahora* me llamas? ¡Te estuve llamado toda la noche, por amor de Dios!”

Se oye enloquecido. No puedo razonar con él, ni puedo lograr que me muestre alguna simpatía. Estoy paralizada y muda.

“¡Contéstame!”

El tono agresivo, casi inhumano de su voz me es completamente ajeno, muy lejano de lo que esperaba de un prometido preocupado. Cuelgo y apago el teléfono para tratar de bloquear la impresión.

Poco después, el collie vuelve, rascando la ventana otra vez. Su dueño se acerca; parece estar forcejeando con la maleza, húmeda por el rocío matutino.

“La ambulancia está en camino, también los bomberos. Voy a estar arriba para esperarlos.”

“Ha sido tan amable. Gracias.” Lo miro con ojos agradecidos. “Ni siquiera sé su nombre.”

“Hamish Rennie; encantado de ayudar.”

“Gracias, Hamish. Le estoy muy agradecida.”

“No hay de qué; voy a esperar la ambulancia.”

Después de que Hamish sube de vuelta al camino, enciendo el celular y llamo a mamá para darle las noticias sobre el auto. Puedo oír su suspiro de alivio a través de la línea.

“Paul me llamó anoche porque no llegaste a su apartamento. ¿Dónde estás? Más importante, ¿cómo estás? Paul dijo que iba a reportar desaparecido. ¡Estuvimos tan preocupados!”

“Creo que mi pie está roto, pero estoy bien... tu auto no.” Comienzo a llorar. “Lo siento tanto. Me pasé en un cruce y acabé cayendo por una ladera. El capó está hundido; choqué con un árbol. Estoy en las afueras de Gretna Green. Alguien acaba de llamarme una ambulancia.”

“No te preocupes por el auto; para esto están los seguros. ¿Entonces tomaste un camino equivocado? ¿Por qué estás en Gretna?”

En mi apuro por tranquilizar a mi madre, se me había olvidado que ella no sabía la razón de mi desvío.

“Es que... me equivoqué al tomar la M6... tenía sueño.”

“Mientras estés bien, es todo lo que importa.”

“Me van a llevar al hospital por si acaso. Me mojé; no podía salir del auto para orinar.”

“No te preocupes; los paramédicos se las ven con cosas peores.” La voz de mi mamá es reconfortante. “Llamaré a tu padre. Él sabrá qué hospital te queda más cerca. Te verá allá.”

“Gracias, mamá.”

Tengo un pequeño llanto de alivio después de oír la voz de mi madre. Tan pronto cuelgo, suena otra vez. Veo el número y me niego a contestar. Apago el teléfono.

¿Por qué estaba Paul tan enojado conmigo? Su extraña reacción a mi llamado ha sembrado las primeras semillas de duda en mi mente. ¿Podrá ser que papá estaba en lo correcto acerca de él?

Mi cabeza se inunda de confusión mientras espero la llegada de la ambulancia. ¿Debería seguir con la boda? ¿Por qué Paul está tan alejado de sus padres? ¿Tendrá problemas de manejo de ira? De ser así, hay una pregunta que debe ser respondida, ¿Qué fue lo que realmente le pasó a Catherine Taylor?

Dentro de poco, la maleza se llena de paramédicos y bomberos con ruidosos instrumentos para cortar metal. El Ford Fiesta de mi mamá se deteriora aun más y escucho un horrible crujir del metal al cortarse el chasis para liberar mi pie, el cual duele y se siente inflamado. Los paramédicos cortan mi zapato, y veo la magulladura y la inflamación esparcida a lo largo de mis dedos. El equipo médico es la bondad encarnada, y con habilidad experta, entablillan dos de mis probablemente fracturados dedos. Mojada, avergonzada y conectada a un goteo de glucosa, me suben en camilla y me meten no-muy-ceremoniosamente en la parte trasera de la ambulancia junto con todas mis pertenencias. Arranca la ambulancia y se me informa que vamos a la enfermería en Cumberland. Le envió un mensaje rápido a mi padre e ignoro los 7 que me envió Paul.

CAPÍTULO 22

Estoy recostada en una camilla en la zona de urgencias y alcanzo a escuchar un desorden afuera en la sala de espera. Una enfermera, fastidiada y con cara roja, entra por las puertas.

“Anita, tu prometido está en la recepción. ¿Quieres que espere él aquí contigo?”

Antes de poder contestar, las puertas se abren de golpe y Paul entra, con ojos rojos por la preocupación y la falta de sueño.

“¡Anita, siento mucho haberme enojado contigo!” Jadeando e inmune al protocolo de la sala de urgencias, Paul toma mi mano en las suyas. “¡Pensé que habías cambiado de opinión con la boda! ¡Estoy tan feliz de que estés bien!”

La enfermera vuelve a la recepción, y me quedo sola, viendo a Paul. Su ansiedad y preocupación son evidentes. De hecho me siento un poco culpable por haber apagado el teléfono para ignorarlo. Pero, mantengo la voz fría para hacerlo sufrir.

“Paul, pasé toda la noche atrapada en el auto. Mi celular estaba en la cajuela. No podía alcanzarlo.”

“¡Si, ya me doy cuenta de eso; soy todo un imbécil. Por favor, perdóname. Estaba tan preocupado que no sabía lo que hacía. Estuve llamando a todos los hospitales en el área!”

Su expresión y ojos implorantes me hicieron sentirme mal por causarle tanto pesar. Le doy un apretón a sus manos.

“Te perdono. Si me dejan salir de aquí, tal vez haya tiempo para que nos casemos. Mi vestido está en la esquina.” Apunto a una caja, un maletín y una bolsa llena de ropa mojada. “Si no puedo usar zapatos, iré descalza.”

Le sonrío y veo el alivio suavizar sus facciones.

“Incluso en bata de hospital, eres hermosa.”

Su contrición es absoluta. Me siento como una villana por haberme enojado con él.

“Sólo falta que me revisen y que me tomen una radiografía, y después espero poder salir si pueden tratar mi pie.”

“Todavía nos quedan seis horas. Les diré que hoy es el día de nuestra boda y tal vez eso haga que te atiendan rápido.” Me sonrío. “¡Lo lograremos! ¡Te amo tanto!”

Me da un beso. Se siente maravilloso ser deseada.

Papá nos encuentra al momento en que me llevan al área de radiografía. Paul se queda callado mientras mi papá y yo hablamos. Estoy consciente de la tensión entre ellos, y mientras esperamos al doctor, papa le pide a Paul que salga para poder hablar conmigo en

privado. Espero que mamá no le haya dicho donde me hallaron. Reaciamente, Paul sale al corredor. Papá no se anda con preámbulos.

“Tu mamá me dijo que te hallaron cerca de Gretna Green.”

Su voz es brusca y fría. Conozco esta voz; está apuntando para asestar el golpe de gracia. Me encojo de hombros y suspiro.

“Ya le dije a mamá. Me perdí y tomé el camino equivocado sobre la M6.”

“¡Eso queda a kilómetros de distancia! ¿Te vas a casar con él? ¿Es por eso por lo que te encontraron cerca de Gretna? Si es eso, piénsalo dos veces; él no es para ti. Tienes 18 años y toda tu vida por delante. ¡No la desperdicies con él!”

Siempre puedo esperar que papá diga lo que tiene en mente. Me deshago de todos los trucos de actuación que he aprendido, y mantengo los ojos en la puerta.

“Estás equivocado, papá; en serio.”

“Eso espero.” Se oye resignado. “Salió en el periódico que la policía está siguiendo cientos de pistas sobre el asesinato de Catherine Taylor, y ahora hay una recompensa de 20,000 libras.”

“Si, lo sé. Ella era una prostituta, estaba usando a Paul sin que él lo supiera. Probablemente fue uno de sus clientes quien la mató; creo que nunca lo sabremos.”

“Oh, sí sabremos.” Su voz se oye severa. “Voy a mantenerme muy al tanto.”

Desafortunadamente, sé que así será. También sé que nunca me va dejar de hablar al respecto. Cambio el tema tan pronto Paul entra de nuevo, sentándose silenciosamente detrás de mí.

“Gracias por el coche, papá. Me quedaré con Paul mientras me recupero, después pasaré por él.”

“No hay de qué.” Papá mira gravemente a Paul. “Hablaré con tu madre para ver que lleven el auto a la aseguradora.”

Tan pronto como mi padre sale a comer, le susurro al personal que me voy a casar a las 3 en punto. Amablemente, ellos apresuran mi salida. Con los dedos de mis pies envueltos y mi talón amortiguado por el zapato más extraño que he visto, me dan de alta con el consejo de que descanse y que mantenga el pie tan lejos del suelo como sea posible. Papá y Paul se pelean por decidir donde debería quedarme para mi recuperación mientras me ayudan a subirme a la silla de ruedas; no tengo intención de dejar que mi padre gane esta. Es el día de mi boda y mi lugar está con mi prometido. La expresión de mi padre es negra como la tormenta al irse, sin duda maldiciendo el reflejo de Paul en el espejo retrovisor. Paul murmura mientras el Audi se aleja.

“¿Cuál es su problema? ¿Porqué siempre parece como si tuviese un palo metido en el trasero?”

Suprimo la necesidad de reír al subir a su auto.

“Entraré en razón con el tiempo. Creo que es la relación padre-hija. No soporta pensar que ya no será el número uno en mi vida.”

Me estoy volviendo hábil en la mentira, porque Paul parece creer mi explicación. Mientras él mete mis cosas en la cajuela y pateo la silla de ruedas hacia el estacionamiento, me lanza una sonrisa arrogante.

“Bueno, más le vale acostumbrarse. ¡Ahora yo soy el sabor del mes!”

No hay mucho tiempo para preparativos. Estoy fuera de mí en nuestra habitación en el hotel por haber sido rescatada a tiempo. Malcolm y Tina mandaron un mensaje para avisar que ya llegaron y que están en la tienda de regalos. Ni siquiera me importa estar adolorida, y es de mala suerte ver al novio antes de la boda. Anhele comenzar la siguiente etapa en mi vida como Sra. Anita McAdam.

Paul me abraza al momento que salgo del baño en mi vestido y me dice que soy la persona más bella por dentro y por fuera que jamás haya vivido. Me siento amada, apreciada, y a punto de explotar de felicidad.

El largo vestido de seda oculta completamente el zapato ortopédico y la sandalia corriente en mi pie sano. Con mi brazo enlazado con el de Paul, cojeo desde el vestíbulo del hotel a 10 minutos para las 3 de la tarde hasta el aplauso del personal en la recepción. Caminamos a lo largo del exterior de la Vieja Herrería, con Tina y Malcolm detrás de nosotros. Es mi gran día, y voy hacer que dure para siempre.

No hay nada lujoso acerca de la tienda de la Vieja Herrería; es precisamente lo que dice en la etiqueta. Mis ojos se pasean a lo largo de la tienda mientras el registrador y su ayudante revisan el papeleo. A juzgar por la edad de las vigas adornadas con herraduras, calculo que el lugar debe de tener una par de siglos de edad. Orgullosamente al centro de esta estructura similar a un granero está el yunque de la buena suerte con su martillo ceremonial, sobre el cual miles de parejas a lo largo de los años han unido manos y pronunciado sus votos. Unos cuantos pasos al fondo están los fuelles sobre el suelo y varias herramientas de herrería oxidadas.

Veo cuatro sillas, una en cada lado del yunque y dos detrás. El registrador nos invita sentarnos en las sillas frontales, mientras que Malcolm y Tina toman las sillas traseras.

Miro a Tina detrás de mí y le doy una sonrisa nerviosa. En respuesta, me muestra dos pulgares. Paul, pálido y serio, permanece sentado en espera del servicio, perdido en su propio mundo.

El registrador se pone de pie y camina hacia nosotros. Una ráfaga de adrenalina hace mi corazón acelerar su latir.

“Buenas tardes, damas y caballeros. Sean bienvenidos a la Vieja Herrería, Gretna Green, para la unión en matrimonio de Paul Christopher McAdam y Anita Melody Fairfax. Mi nombre es Keith Hutchinson, registrador, y detrás de mí está Adrian Childs, quien grabará la ceremonia.”

El registrador se aclara la garganta.

“Antes de cualquier otra cosa, debo mencionar que este lugar en el que nos encontramos ha sido declarado oficial de acuerdo a la ley de celebración de nupcias, y si alguno de los presentes sabe de alguna razón legal por la cual Paul Christopher McAdam y Anita Melody Fairfax no deban unirse en matrimonio debe declararlo en este momento.”

Espero que mamá o papá entren en el último minuto para decir algo, pero nada ocurre. Tina y Malcolm están en silencio, por lo que el registrador continúa.

“Para el día de hoy, Paul McAdam ha elegido un fragmento del poema de Seamus Heaney, ‘Andamios’”.

Miro a mi lado, por sobre el yunque, a Paul, quien contesta mi mirada con una sonrisa. No he leído este poema antes. Escucho con atención la voz del registrador leyendo un pedazo de papel.

*Los albañiles, al comenzar un edificio,
Tienen mucho cuidado de probar los andamios;
Se aseguran de que en los puntos clave no se deslizarán las tablas,
Aseguran todas las escaleras, aprietan las juntas de tornillo.
Y, sin embargo, todo se viene abajo cuando la obra está acabada,
Dejando al descubierto muros de piedra resistente.
Así que, querida, si a veces viejos puentes
Parecen romperse entre tú y yo
No temas. Podemos dejar que los andamios caigan,
Seguros de que hemos construido nuestro muro.*

Tengo la súbita imagen mental de un gran muro de ladrillo; en un lado estamos Paul y yo, y del otro lado está el resto del mundo. Es un pensamiento intimidante, uno el que no quiero adentrarme.

Al término del poema, el registrador dobla el pedazo de papel y nos sonrío.

“¿Podrían los novios, por favor, ponerse de pie?”

Me tiemblan las piernas, incluso mi pequeño ramillete de flores silvestres tiembla. Keith Hutchinson mira a Paul.

“Paul Christopher McAdam, ¿tomas a Anita Melody Fairfax como tu esposa, para amarla y serle fiel por el resto de su vida como casados?”

Paul mira profundamente en mis ojos.

“Sí.”

“Y Anita Melody Fairfax.” La voz resonante del registrador casi me hace saltar de susto. “¿Tomas a Paul Christopher McAdam como tu esposo, para amarlo y serle fiel por el resto de su vida como casados?”

Asiento y sonrío a Paul.

“Si.”

“Por favor siéntense.” Keith Hutchinson voltea su pedazo de papel. “En ausencia de canciones o poemas solicitados, espero tomen un minuto para escuchar una lectura más, de uno de mis poemas predilectos. El autor es desconocido.”

Un buen matrimonio debe ser creado.

En el matrimonio, las pequeñas cosas son grandes.

Nunca se es demasiado viejo para tomarse de las manos.

Es recordar decir ‘te amo’ al menos una vez cada día.

Es nunca irse a la cama con ira.

Es tener un mutuo sentido de valores y objetivos afines.

Es estar juntos, encarando al mundo.

Es formar un círculo de amor centrado en la familia.

Es decir palabras de gratitud y consideración.

Es ser capaz de perdonar y olvidar.

Es darse uno al otro una atmósfera para crecer.

Es la búsqueda mutua del bien y la belleza.

Es no solo casarse con la persona indicada—

Es ser el compañero indicado.

Encuentro significado muy definido en estas palabras. Sentada en la vieja y curtida silla sobre el polvo de la pequeña herrería, me siento absolutamente segura de estar casando con la persona indicada, y que mi amor por Paul será suficiente para cambiar su extraña, pero poco frecuente tendencia a la agresión.

El registrador deja que las palabras surtan su efecto en el silencio, nos invita a ponernos de pie y gira en torno a Paul.

“Paul, repite después de mí: Declaro solemnemente que no conozco ningún impedimento legal por el cual yo, Paul Christopher McAdam, no pueda ser unido en matrimonio con Anita Melody Fairfax.”

La respuesta de Paul hace fuerte eco en la herrería, y siento un cosquilleo de entusiasmo viajando a lo largo de mi espina al hacer mi declaración. Después, a la instrucción del registrador, Paul voltea y extiende sus manos sobre el yunque hacia mí, pone el anillo dorado de corazones alrededor de mi tembloroso dedo, y me toma ambas manos.

“Te doy este anillo como señal de nuestro matrimonio juntos. Convoco a las personas presentes para atestiguar que yo, Paul Christopher McAdam, te tomo a ti, Anita Melody Fairfax como esposa, para amarte, serte leal y fiel hasta que la muerte nos separe.”

Con gran auto-control, logro no llorar al decir mis votos y al poner el anillo alrededor

de su dedo. Keith Hutchinson hace mano del martillo ceremonial, nos sonríe ampliamente, pronunci ndonos marido y mujer, y da un golpe sobre el yunque, finalizando mis 18 años de soltería. Ahora soy la Sra. Anita McAdam.

CAPÍTULO 23

“¿Crees que sea buena idea? ¡Me detesta!”

“Va a estar bien. Entrará en razón, no te preocupes.”

“Iremos en autobús después de dejar las cosas en mi apartamento, y regresaremos en tu auto nuevo.”

“Es *nuestro* apartamento.” Meneo mi dedo como si me sintiese ofendida. “No olvides que voy a buscar trabajo para ayudar con los gastos.”

Paul me besa.

“Perdón, es hábito. Sí, claro que es nuestro apartamento. ¿De verdad quieres dejar la universidad?”

“Si.” Asiento. “Es una pérdida de tiempo. Prefiero hacer dinero.”

“Puede que haya una plaza vacante en Dodd.” Paul me dá un apretón. “Preguntaré mañana.”

Después de una maravillosa noche consumando nuestro matrimonio, llega la hora de partir del hotel y encarar la realidad. Cojeando, empaco cosas y trato de suprimir la ansiedad de pensar en cómo decirle estas cosas a mi padre; que estamos en estado de felicidad nupcial, y que planeo dejar la escuela y empezar a buscar trabajo.

Tricia nos ve acercándonos, y nos espera en la puerta.

“¡Hola! ¡Vaya sorpresa!” Me sonrío mientras que observa a Paul, y extiende su brazo derecho hacia él. “Tú debes ser Paul; soy Tricia.”

“Hola.” Paul estrecha la mano de Tricia mientras permanece en silencio y pegado al suelo.

“¡Pasen, pasen! Tu padre estará feliz de verte. ¿Cómo está tu pie?”

“Está bien.” Hago una mueca. “Duele un poco, pero estará como nuevo en unas semanas.”

“Me alegra escuchar eso. ¡Mike! ¡Anita y Paul están aquí!”

Mandy sale a saludarnos, pero se esconde detrás de Tricia al ver a Paul. Él, preparado para conocer a mi pequeña hermanastra, saca una bolsa de chocolates de su bolsillo y la agita en el aire.

“Una pequeña ave me dijo que a alguien aquí el gusta el chocolate. ¿Será cierto?”

Mandy se asoma de detrás de las piernas de Tricia y sonrío.

“Si.”

“¡Te reto a que vengas por ellos!”

La sonrisa de Paul se gana a Mandy. Ella corre a él, toma la bolsa y vuelve con Tricia. Todos reímos al momento que papá baja las escaleras para recibirnos.

“Hola; supongo que vienes por el auto.”

Su voz es extrañamente fría al vernos en el vestíbulo. Por un momento no sé qué decir, y decido hacerle saber de una vez.

“Hola. Si, por favor, pero también vengo a decirte que Paul y yo nos casamos ayer. Me verás más a menudo porque me mudé con Paul. Vivimos en Hayes Road.”

Espero a que me caiga un rayo, pero nada pasa. En vez de eso, papá se queda paralizado, callado como una estatua e indudablemente enfureciéndose. Para añadir sal a la herida, doy *el golpe de gracia*.

“Y... no voy a seguir estudiando. Paul cree que puede haber una plaza abierta donde trabaja.”

Papá ignora a Paul y se me queda mirando, con la boca abierta. Su completa indiferencia a Paul comienza a hacerme enojar. Me da cierto alivio cuando finalmente dice algo.

“¿Sabe tu mamá de esto?”

“No, no aún, pero voy a decirle muy pronto.”

Para crédito de mi esposo, Paul se ha quedado callado. Pero al momento en que papá se voltea para entrar a la casa, Paul, con los puños al lado, arremete con su lengua.

“¡Hey! ¡Eres un maldito grosero! ¿Sabías eso?”

Inmediatamente Tricia y Mandy corren escalones arriba mientras papá se da la vuelta, con fuego en los ojos, embistiendo hacia su recién-yerno. Presintiendo el peligro, me pongo entre ambos.

“Perdón si te he perturbado. Ya nos vamos; volveré después por el auto.”

Con un suspiro, papá se saca un llavero del bolsillo, desprende una de las llaves y me la da antes de subir con Tricia.

“Es el azul.”

Lloro al empujar a Paul fuera de mi camino, queriendo alejarme desesperadamente. En la entrada de coches veo un Honda Civic azul metálico recién salido de la fábrica, pero sé que será imposible conducir con mi zapato ortopédico. Con lágrimas en el rostro, le doy la llave a Paul y me subo en el asiento del pasajero. Él enciende el motor y arranca al estilo de *Starsky and Hutch* antes de que siquiera pudiese abrocharme el cinturón de seguridad.

“¡Ve más despacio! ¡No lo choques antes de yo tenga oportunidad de manejarlo!”

“¿Ir más despacio?” Su cara está contorsionada con ira al momento en que pisa el acelerador. “¿Me estás *diciendo* que vaya más despacio?”

“¡Sí! ¡Por amor de Dios, desacelera!” Mis palabras, ignoradas, salen en un sollozo.
“¡Para! ¡Detén el auto! ¡Quiero bajarme!”

“¡Nadie me dice qué hacer!”

Aterrada y más allá de las lágrimas, rezo por que nos vea una patrulla, pero es en vano. Salvaje de ira, Paul acelera a través de callejones a una velocidad alarmante, solamente pisando el freno cuando tiene que esperar detrás de una hilera de vehículos esperando sobre un empalme. Aprovechando la oportunidad, desabrocho el cinturón de seguridad, tomo mi bolso, abro la puerta del coche, y salgo cojeando hacia el autobús frente a nosotros tan rápido como me lo permiten mis dedos rotos. No tengo idea de a dónde se dirige al autobús, pero el alivio al alejarme de él es sobrecogedor. Agitada, ignoro las miradas sorprendidas de los demás pasajeros, y me siento donde pueda mirar por la ventana trasera. Para mi horror, en vez de virar a la derecha hacia nuestro apartamento, Paul vira, rechinando, hacia la izquierda para seguir el autobús, mirándome con maldad mientras se mantiene a centímetros del escape.

Le pago la máxima tarifa al conductor y me voy hasta el frente del autobús, recordado con exaltación que tarde o temprano va a parar en un carril exclusivo para autobuses y que Paul tendrá que seguir de largo o arriesgarse a una multa. Pero mi alivio no dura. Cuando el autobús para, me desaliento al oír la conmoción detrás de mí. Volteo con horror para descubrir que Paul se ha metido al frente de la fila para abordar y que camina al frente del vehículo, apuntando en mi dirección.

“¡Tú! ¡Bájate! ¡Ahora!”

“¡Aléjate!” Miro a mi alrededor con desesperación en los ojos. “¡Vete!”

Un sujeto atrás de mí que parece jugador de rugby se pone de pie e impide que Paul se acerque.

“Oíste a la dama. Dijo que te vayas.”

Paul se da cuenta de que no puede discutir con alguien de su tamaño y fuerza. Él por su parte, expulsa indecorosamente a Paul del autobús, para aplauso de todos. Por la ventana trasera alcanzo a ver mi Honda Civic estacionado en un carril indebido, y a un fornido agente de tránsito esperando a Paul. Le doy las gracias al sujeto, y me hundo en mi asiento, muerta de miedo y de vergüenza.

Pasa otra hora antes de que el autobús llegue a la terminal de St. Andrew's Square al final de la ruta. Para entonces, he recibido incontables llamadas y mensajes de Paul disculpándose, profesando su infinito amor; ninguno de los cuales he querido contestar. Al bajar del autobús, me siento miserable, abatida, y con terribles deseos de llamar a mi papá, pero el orgullo me lo impide. Sólo queda un par de libras, y no tengo manera de regresar al apartamento, pero no quiero ir ahí.

Desdichada y perpleja cojeo hasta un asiento en la plaza. Estoy enojada con Paul, con mi papá, y con el mundo en general. Mamá me manda un mensaje diciéndome que ya hablo con mi papá y que ella me perdona por casarme sin su conocimiento, y estoy agradecida por eso. Espera que me recupere pronto. Le respondo diciendo que la llamaré

pronto, que lamento arruinar su coche y que la visitaré tan pronto como pueda. Quise llamar para oír su voz, pero tengo que hacerlo cuando esté en mayor control de mis emociones.

Mientras tanto, Paul llama como un demente, pero finalmente contesto, viendo en rojo y gritando como una banshee.

“¡Por amor de un carajo, déjame en paz!”

La voz de Paul se oye como la personificación de la calma.

“¡Gracias a Dios! ¿Dónde estás?”

Se oye normal, como una persona ordinaria. Perpleja con su cambio de humor, elijo mis palabras cuidadosamente.

“En una estación de autobuses.”

“¿Cuál?”

“¿Qué te importa? Vete al diablo.”

“Iré a recogerte si me dices dónde estás.”

“No; voy a llamar a mi papá en un minuto, porque no sé harás cuando me encuentres.”

Es verdad. Podría estar hirviendo de ira y ocultándolo sin que yo me dé cuenta.

“Perdón por lo de hace rato. Fui todo un pedazo de mierda. Tu papá me puso tenso. Perdón por desquitarme contigo. Por favor dime dónde estás.”

Estoy cansada, adolorida, y harta. Es el miedo lo que me mantiene aquí.

“No, déjame ser por esta noche.” Sollozo. “No lo soporto más.”

Sigo llorando cuando, horas después, se estaciona frente a mí en el auto, habiendo conducido por todas las terminales en la ciudad. Sale corriendo del auto, me rodea con su brazo y me abraza fuerte y cálidamente, diciendo las palabras que anhelo escuchar.

“Lo siento mucho. Vamos a casa y empecemos otra vez.”

No puedo hacer más que aceptar ir.

CAPÍTULO 24

Efectivamente, Dodd tiene una vacante de copista, y estoy segura de que fue el encanto y capacidad persuasiva de Paul lo que logró que me dieran el puesto. No sé nada de trabajo de oficina, facturación o cifras de final de mes, pero tengo la fortuna de aprender rápido. Después de un par de semanas domino la facturación, archivos y redacción de cartas, pero sigo aprendiendo de una muy paciente Diane sobre las cifras de final de mes. Diane es una adorable mujer tipo abuelita que ha decidido retirarse pronto. Sólo espero no arruinar las cosas cuando se vaya.

Esta es una de esas compañías familiares a la antigua donde cualquiera que busque un puesto elevado descubrirá que el hijo del dueño y lo ocupa y que, sorprendentemente, nunca escaló posiciones. Dicho esto, si cuidan muy bien a sus trabajadores. Se me aceptó inmediatamente después de la recomendación de Paul. El Sr. Dodd sigue manteniendo el anticuado de sistema de fichar durante la hora del almuerzo y al final de cada día, aunque es de tiempo flexible, y él está satisfecho siempre y cuando haya 35 horas al final de cada semana. Nos queda bien, porque si trabajamos horas extra, podemos salir una hora más temprano en el día que queramos, y se da por sentado que los trabajadores no acumulando horas extra para después desaparecer por dos semanas. El Sr. Dodd siempre revisa que el personal haya fichado al salir a comer, lo cual es justo, supongo. Es un buen sistema.

Pronto descubro que uno de mis molestos deberes es ver que todos los 70 miembros del personal hayan acumulado las horas necesarias antes de autorizar la paga semanal. Revisar el sistema de fichado toma tiempo y me aleja de los demás deberes. Pero en cuanto refiere al resto del personal, es el trabajo más importante en toda la fábrica.

Paul y yo ahorramos dinero al ir a trabajar al mismo tiempo y viajar en un solo vehículo. A veces, si sé que él tiene que quedarse tarde, llevo el mío, pero eso solo pasa cuando hay mucho trabajo en un solo día.

Estoy llegando a conocer a Darren; un nombre que sólo he escuchado a Paul decir de pasada. Darren Maynard es pura diversión. Él es un de los 'ladronzuelos' de la vida, como decimos en Londres; el primero en tomar cualquier cosa que caiga de la parte trasera de una carreta. Me trae todas las hojas de cálculo a facturarse y siempre tiene una respuesta ingeniosa para cualquier comentario. A veces me aburre el trabajo y espero a que llegue Darren con las hojas para un poco de entretenimiento. Sé que me encuentra atractiva, pero siempre tiene cuidado de no cruzar ninguna barrera. Después de todo, soy una mujer casada.

Me parto la espalda frente al procesador de texto en los últimos días de Noviembre cuando Darren se asoma por la puerta de la oficina.

“¡Hola! ¡Traigo más hojas!”

Levanto la vista y sonrío.

“Sabes lo que puedes hacer con esas hojas ¿no?”

“¡Ouch!” Darren se contrae y cruza las piernas. “Eso no es muy amable.”

Riéndose, entra en la oficina, cierra la puerta, y pone una pila de hojas en mi dirección.

“No digas que nunca te doy nada.”

No muy impresionada, bostezo y tomo las hojas.

“Excelente, eres un bobo.”

Una expresión falsa de fastidio se apodera de sus facciones.

“¿Un pomo?”

“¡No!” Exclamo. “¡Un bobo!”

Darren ríe mientras me devora con los ojos.

“¿Cómo sientes el nuevo trabajo?”

“Oh, ya me estoy acostumbrando.” Asiento. “Es gracias a Diane; me enseñó mucho antes de retirarse.”

“Recuerdo que odiaba revisar los fichajes.”

Pongo las hojas en mi bandeja de entrada.

“No me gusta esa parte del trabajo tampoco; toma años.”

Darren se para en frente de mí, no muy dispuesto a irse. No me gusta la idea que esté ahí demasiado tiempo, en caso de que el Sr. Dodd o Paul se den cuenta. Me aclaro la garganta.

“Bueno, tengo trabajo que hacer si no te...”

Darren entiende lo que trato de comunicar. Se voltea rápidamente en la puerta.

“¿Por cuánto tiempo los retienes?”

“¿Qué cosa?” Lo miro confundida.

“Los registros de fichaje.”

“Oh, sólo por el año fiscal. No hay espacio para retener nada más.”

“¿Entonces los tienes desde enero?”

“Sí.”

Desaparece. Vuelvo la vista al procesador de datos y pronto olvido que entré en primer lugar.

Pronto nos caen los fríos decembrinos, pero Paul y yo nos llevamos con una casa incendiándose. Es verdad. Ya sé cómo no hacerlo enojar; pero una mañana de domingo,

casi Navidad, decido lanzarle una curva mientras está de buen humor después de hacer el amor.

“Quisiera invitar a tus padres para la cena de Navidad.”

Me le pongo encima mientras piensa en que responder. Pongo mi cabeza sobre su pecho y rozo su pezón con mi dedo. Inmediatamente se pone rígido, y no de lujuria.

“¿Por qué?”

Su voz es brusca al quitarme de encima. Impávida, sigo. “Hemos estado casados por más de tres meses, y aún no los he conocido. ¿No te parece eso peculiar? Vamos a visitar a mi mamá el día después de Navidad; me gustaría conocer a la tuya.”

“¡Maldita sea! ¿No lo vas a dejar, verdad?”

Sé que ahora lo hice enojar, así que me encojo de hombros y pienso en otra dirección.

“¿Entonces estás avergonzado de mí? ¿Pensarán que no soy lo suficientemente buena para ti?”

Él salta de la cama como una fiera. Desnudo, comienza a caminar a lo largo de la habitación.

“¡OK! ¡Vístete; vamos en este momento!”

Sorprendida, me pongo de pie y me paro frente a él.

“¿Qué? ¿Ahora mismo? ¡No sabrán que vamos en camino!”

“¡Quieres ir; entonces iremos!”

Comienza a buscar ropa limpia en los cajones. Con creciente aprehensión, voy al baño a ducharme y vestirme. Él espera en la puerta de enfrente con las llaves de su carro en mano al momento que voy hacia la concina.

“¡Déjame tomar un taza de té antes de ir! ¿Quieres una?”

“No.”

Su agitación comienza a hacerme sentir intranquila al comer un plato de galletas y una taza de té en tiempo record. No me molesto en lavarme los dientes y lo sigo hasta el auto.

“Si manejas como un demente, saltaré en el próximo semáforo.”

Subo al asiento del pasajero, abrocho el cinturón de seguridad y rezo por un viaje seguro. Dentro de poco, estamos en camino a la M8.

“¿Dónde viven?”

“Glasgow. Llegaremos en una hora. Sólo mamá vive ahí; papá se largo hace años. ¿Te basta?”

“Si.”

Paul conduce dentro del límite de velocidad y se mantiene inusualmente callado. Me preguntó qué veré al llegar.

CAPÍTULO 25

Nos desviamos de la calle Jamaica, con su amplia gama de tiendas y restaurantes, y viajamos sobre una madriguera de caminos secundarios hasta llegar a una cuadra de apartamentos. Hay automóviles estacionados a ambos lados de la calle. Mi esposo no ha dicho una sola palabra desde que salimos, así que trato de hacer conversación.

“Espero que nadie nos llegue de frente.”

“Es de un solo sentido.”

Paul está en su cueva, y no puedo esperar que salga de ella hasta que volvamos sobre la M8. Tomo su mano al salir del auto. Hay un auricular en la entrada a los apartamentos; Paul presiona el número 12. Escucho la voz de una mujer en la bocina.

“¿Sí?”

“Es Paul.”

Hay un momento de silencio antes de la voz vuelva a hablar.

“¡Oh! Sube pues.”

La puerta principal hace un chasquido y pasamos al vestíbulo alfombrado. Detecto un olor sutil a repollo, y escucho música saliendo de uno de los apartamentos de la planta baja. Subimos las escaleras al segundo piso, donde una mujer bien vestida, de cabello gris y con las mismas facciones de Paul, espera en la puerta abierta del número 12. Saludo sonriendo por los ojos de la mujer están solo sobre Paul. Entramos al apartamento y caminamos a lo largo de un angosto corredor hasta llegar a la sala de estar. La televisión está a todo volumen, y la mujer la apaga antes de voltear a vernos.

“¿Qué te trae aquí, hijo?”

“Mi esposa quiere conocerte. Anita, ella es Margaret, mi madre, también llamada Molly. Mamá, ella es Anita. Nos casamos en septiembre.”

Paul, habiendo hecho su labor, se deja caer sobre una silla y mira por la ventana. Extiendo mi mano, y ella la toma con un débil apretón.

“Encantada de conocerte, Anita. Nunca supe que Paul se había casado.”

Me siento mal por ella. Trato de pensar en qué decir.

“La boda fue algo del momento. Quise venir a conocerla y a preguntarle si le gustaría a usted y al padre de Paul pasar con nosotros la cena de Navidad.”

La expresión de Molly se vuelve nula al mencionar a su esposo.

“El padre de Paul y yo nos separamos hace tiempo. Vendí la casa y me mudé aquí. Es un lindo apartamento, y no alberga memorias.”

“Oh, lo siento...” Volteo a ver Paul; él sigue mirando por la ventana.

“No te preocupes.” Molly me sonrío. “No, gracias por la invitación, tengan una maravillosa cena. No me necesitan ahí como una peste.”

Molly McAdam me cae bien, y no entiendo porque Paul la ha mantenido oculta por tanto tiempo. Sacudo la cabeza.

“No, realmente nos gustaría que nos acompañara.”

Molly mira a Paul, quien desea estar en algún otro lado y después a mí.

“Bueno...”

“¡Excelente!” Ignoro a mi callado esposo. “¿Le gusta el pavo?”

“Claro. Muchas gracias, y no tienen que venir a recogerme. Tengo un coche. ¿Gustan café o té? Paul, ¿quieres algo de café?”

“Sí.”

Paul todavía se ve taciturno. Me ingenio la respuesta más animada que puedo.

“Sí; té con leche y una cucharada de azúcar. Gracias.”

Mientras Molly va a la cocina, tomo asiento junto a Paul.

“¡Tu mamá es adorable! Gracias por traerme.”

“Es buena: supongo que podría haber sido peor.”

“¿Cuánto tiempo ha estado viviendo sola?”

“Unos cuatro años.”

“¿Porqué no me trajiste a conocerla antes?”

Se encoje de hombros y niega decir más. Creo que por el momento es mejor no forzar las cosas. Acepto la taza de té de Molly y trato de pensar en algo interesante que decir a mi nueva suegra.

“Nos casamos en Gretna Green. Tuvimos solo un par de testigos.”

Molly se ve más feliz al oír esto, y se sienta en una silla de cuero color crema frente a nosotros.

“¿Tus padres tampoco fueron?”

“Así es. Cuando venga para Navidad, le mostraré las fotos. Uno de nuestros testigos tenía una cámara a la mano.”

Molly me sonrío y me pasa un plato con galletas, después mira a Paul.

“Paul, haz hecho muy bien con tu vida. Es una chica espléndida.”

Al oír las palabras de su madre, siento a Paul agitándose junto a mí antes de suspirar y mirar arriba.

“La amo; es la única para mí.”

Me sorprende que haya decidido decir algo. Toma un par de galletas antes de hundirse en silencio otra vez. Espero a terminar de comer antes de decir más.

“Mis padres están divorciados. Papá se volvió a casar, pero mi mamá no.”

Molly me veía con ojos curiosos, cafés como los de Paul.

“¿Sigues en contacto con tu papá?”

“Si.” Asiento. “Mi papá vive en Edimburgo. Fue cuando vine a visitarlo cuando conocí a Paul. ¿Alguna vez visita el papá de Paul?”

“No.” Paul se pone de pie. “Vamos; es hora de irnos.”

Impresionada por la interrupción, me pongo de pie pero recuerdo mis modales.

“Muchas gracias por el té, Molly. La veré en Navidad. ¿Ha estado en el apartamento de Paul antes?”

“Si. No te preocupes. Sé donde está.”

Paul se ve más relajado en el camino de vuelta. Yo soy una masa hirviente de preguntas que en el momento no me parece que algún día tendrán respuesta. Paul sigue dándome el mínimo de información al respecto. Ahora tengo tanta curiosidad sobre su padre que estoy determinada a hablar con Molly después de la cena. Tal vez diga o deje entrever algo que me quite de esta miseria de curiosidad.

CAPÍTULO 26

Se siente tan extraño, una navidad sin mi mamá, y la primera como mujer casada. Veo mi regalo ya al final de la cama cuando Paul me despierta con té y pan tostado en una bandeja.

“¡Wow! ¡Desayuno en cama, y un regalo! ¡Gracias!”

Me siento y tomo la bandeja. Él sonríe con un gato de Cheshire con un plato de leche.

“Aprovéchalo. ¡Feliz Navidad!”

Se guita la bata, me da un beso, y se mete en la cama junto a mí. Miro la gran caja en forma de corazón mientras comemos.

“¿Qué es?” Pregunto entre bocados.

“Te toca a ti descubrirlo.”

Al terminar el desayuno, tomo una caja cuidadosamente envuelta, mi regalo para él. Él se ve completamente sorprendido.

“¿Me compraste un regalo?”

“¡Por supuesto! Es Navidad, ¿no?”

Veo sus manos temblar al tomar la caja. No despedaza la envoltura, pero se queda mirándola. Ríe y le doy un empujón.

“¿No lo vas a abrir?”

“No.” Sacude la cabeza. “No aun. Estoy saboreando el momento. Es el primer regalo de Navidad que he tenido.”

No puedo creer lo que acabo de escuchar. Me le quedo viendo incrédula. Sus ojos se inundan de lágrimas.

“Bromeas, ¿verdad?”

“No, es en serio.” Se limpia las lágrimas impacientemente con el dorso de la mano. “Sólo dame un minuto.”

Avergonzado por mostrar debilidad, Paul me da la espalda. Me acurruco contra su espalda y pongo mis manos sobre su cintura.

“No te preocupes por esto. Yo me sentiría así si nunca me hubiesen dado un regalo antes.”

Aferrado a la caja como si su vida dependiese de ello, Paul baja la cabeza y se queda callado. Nos quedamos sentados al borde de la cama como si fuésemos una pintura al

óleo; ninguno de los dos quería moverse. Al final, me alejo un poco para no hacer preguntas que le perturben más.”

“Voy a abrir mi regalo.”

Él asiente y voltea para verme desenvolver capas de papel de seda hasta revelar un costoso par de botas de cuero.

“¡Me encantan!” Las examino, viendo un cierre al costado, tacón cubano, y forro de piel roja.

“Tengo el recibo en caso de que no te queden.”

Su voz se oía un poco temblorosa. Pongo mi brazo sobre sus hombros y le planto un beso en los labios.

“Muchas gracias.” Susurro. “Te amo.”

“Yo también te amo.”

Me abraza fieramente y llora como un alma en pena al abrir mi regalo, un reloj de pulsera nuevo. Debo admitir que su reacción me alarma; es algo que nunca he visto antes. Nos quedamos en la cama, acurrucados hasta que llega la hora de meter el pavo al horno.

Molly llega a las 4 en punto, y se avergüenza cuando saco un regalo para ella de debajo del árbol.

“¿Para mí? ¡Santo Cielo!” Agita la cabeza. “Nunca fuimos de regalos de Navidad. Por favor, disculpa, no se me ocurrió comprar nada.”

“No se preocupe.” Espero que mi voz se oiga lo suficientemente reconfortante. “Dígame el próximo año si preferiría no recibir un regalo.”

“Es nunca había dinero para regalos cuando los niños eran jóvenes.” Molly suspira. “No tuvimos el hábito.”

Parece estar genuinamente complacida con su botella de perfume Je Reviens Eau de Toilette. Su rostro, igual que el de Paul, se agrieta con una sonrisa, haciéndola verse 10 años más joven. Paul incluso se une a la conversación durante la cena con ayuda de una generosa cantidad de Jack Daniels. Yo sirvo el pavo con chirivía, patatas al horno, zanahorias, brócoli, guisantes y salchichas envueltas. Después de tres vasos de vino, dos pequeñas y felices manchas rojas aparecen en las mejillas de Molly. Jalamos crackers, abrimos otra botella de vino para el brindis de Año Nuevo, y me posee una cálida sensación de que todo está bien.

Después de cerna, Paul limpia la mesa e insiste en lavar los platos como agradecimiento por tan espléndida cena. Tomo la oportunidad para hablar con Molly en la sala de estar. Ella se ve un poco intoxicada.

“No estoy acostumbrada al vino.” Molly, inusualmente animada, suelta una risita. “La cabeza me da vueltas.”

“Puede quedarse a dormir si gusta.” Le sonrío. “Vamos a ver a mi mamá mañana, así que puede quedarse todo lo que guste.”

“Eres tan buena. No recuerdo la última vez que disfruté una Navidad así.”

De repente se ve como si estuviese al borde del llanto. Aprovecho la oportunidad que tal vez no se volverá a presentar.

“¿No viene de visita el papá de Paul en Navidad?”

Me muerdo el labio con anticipación a su respuesta. Molly suelta una carcajada.

“No, está mejor donde está.”

No puedo evitar preguntar un poco más.

“¿Dónde está?”

Molly se lleva un dedo a los labios y sonrío.

“¡Shhh! No te preocupes por eso, mi niña... Solo agradece que se haya ido.”

Hay algo en el tono de su voz que me causa escalofríos. Molly cierra los ojos y tras unos momentos, su cabeza cae a su pecho. Me levanto y voy a la cocina para ayudar a Paul, quien se balancea ligeramente mientras restriega ollas y sartenes. Eructa un poco y sonrío estúpidamente.

“¡Hola, preciosa!”

Está completamente borracho, pero trata de disimularlo. Le doy un beso en la mejilla y tomo una toalla.

“Tu mamá ya está dormida. Creo que se la pasó bien.”

“Gracias por organizar esto, preciosa.”

Paul arrastra un poco la voz; yo trato de mantener la voz calmada, esperando la mejor respuesta posible.

“Es una lástima que tu papá no pudo venir.”

Hay un breve momento de duda antes de que Paul azote una cacerola contra el escurridor.

“¡Ese desgraciado! ¡Obtuvo su merecido el maldito!”

Su voz me enfría la sangre, y casi acabo dejando un plato caer. Paul se ríe y se aferra al lavabo para no caerse. No quiero oír más.

No se dice nada más, pero para mí, esta Navidad está definitivamente arruinada.

CAPÍTULO 27

Hay ‘algo’ especial sobre estar en Edimburgo en Víspera de Año Nuevo.

Paul y yo tenemos suerte de vivir a 30 minutos a pie de las celebraciones, así que después de cenar, nos unimos a la multitud afuera de la calle Princes. Paul está entusiasmado por la noche que nos espera al entregar los boletos de Primer Paso.

“¡Vamos!” Grita de buen humor. “¡Es mi cumpleaños! ¡Mi esposa me compró una camisa nueva y quiero festejar!”

“¡Shh!” Le doy un codazo suave. “¡Nos van a poner en la lista negra antes de que empiece la noche!”

Nos movemos lentamente a través de las barreras. No me atrae mucho la idea de estar en medio de demasiada gente, por lo que me quedo cerca de Paul. Sin embargo, la multitud se dispersa en la calle Princes y ahora puedo ver qué pasa.

Una de las bandas ya está en el escenario, tocando rock clásico junto a la pista de patinaje. Hay gente bailando. El castillo sobre la colina está encendido con reflectores de colores, y abundan los puestos de comida sobre la calle Princes. A nuestro alrededor hay gente gritando y cantando, todos ansiosos por recibir el Año Nuevo con estilo.

“¡Vamos a un pub por ahora. Podemos volver después de unos tragos!”

Paul me jala mas allá de una pantalla gigante instalada a lo largo del camino, y entramos al pub más cercano. Una calidad ráfaga me da la bienvenida tan pronto cruzamos la puerta, y pido un whiskey con limonada para entrar en calor. El lugar está repleto. Miro mi reloj mientras espero a que Paul vuelva del bar; son las 10:30. Dentro de hora y media será 2001. Me río con ironía; si alguien me hubiese dicho hace un año que me habría convertido en una mujer casada antes de final de año, no lo habría creído.

No me entusiasma estar apretada en un pub como una sardina enlatada, pero es cumpleaños de Paul y no le arruinaré el momento con quejas. Sufro el ruido, la risa estridente y los empujones hasta que mi esposo termina de tomar tres tarros de cerveza, de bromear con algunos amigos y de convertirse en la jovialidad encarnada.

“¿Podemos ver qué pasa afuera?”

“Claro.”

Son las 11:30 y las fiestas están a todo vigor. Una banda de tributo está tocando cerca de la pantalla gigante, y Paul me saca a bailar. Nos balanceamos en la calle al comienzo del tema más reciente de Modjo, besándonos como los recién casados que aún somos.

“¡Lady, hear me tonight, ‘cause my feeling is just so right!”

Paul tiene buena voz para cantar. Me le uno mientras presiono mi entrepierna contra él, disfrutando la sensación de su erección levantándose poco a poco ante mi canto.

“As we dance by the moonlight, can’t you see you’re my de-light!”

Sus brazos se enlazan alrededor de mi cintura y miro en sus ojos. Quiero que 2001 sea su año. Quiero liberarlo de todo el dolor y la ira que ha sufrido a manos de su padre, y mostrarle lo que una familia feliz puede ser.

“¡2001 será nuestro año!”

“¡La pura verdad, preciosa!”

Nos besamos, y disfruto la sensación de su lengua girando alrededor de la mía. Sigue una canción lenta y nos movemos acorde al ritmo. Cierro mis ojos y saboreo el momento.

Terminamos nuestras salchichas a las 11:50 y Paul mira hacia el castillo.

“Subamos para ver los fuegos artificiales.”

Montones de personas aparecen de la nada, empujando, gritando, soplando fuertemente con silbatos, deshaciéndose de los aburridos y bloqueando nuestro camino al castillo. Me doy cuenta de que tendremos que navegar a través de la multitud para cruzar hacia Castlehill. Paul me toma de la mano, consciente de que no me siento cómoda en mitad de la gente.

“No te preocupes; agárrate de mí.”

Las palabras no me reconfortan; sólo quiero salir de esta masa de gente. Cautelosamente, me muevo hacia la mitad del retorcido mar de humanidad. Al otro lado de la masa, logro ver la pantalla parpadeando para transmitir la grabación en vivo de los espectáculos pirotécnicos en calle Princes y el mundo entero. Alguien con altavoz nos recuerda que quedan 5 minutos para el fin del año 2000, y vitoreo se hace escuchar. Me aferro a Paul y me doy cuenta de que no hay modo en que podamos llegar al castillo a tiempo para ver los fuegos artificiales. Simplemente hay demasiada gente en el camino.

“¡No vamos a llegar!” Le grito a Paul.

“¡Claro que sí! ¡Estamos...!”

El resto de sus palabras se ahoga en el sonido de un silbato cerca de nosotros. Comienzo a sentirme atrapada en la muchedumbre empujando en todos lados. El pánico se apodera de mí y grito a Paul tan fuerte como puedo.

“¡Quiero salir! ¡Sácame de aquí!”

Estoy en llanto al momento en que voltea a mí. De repente, como si un interruptor se activara en su cerebro, arremete contra las personas ebrias frente a él.

“¡Fuera del camino! ¡Muévete!”

Para horror mío, me suelta y comienza a golpear y patear indiscriminadamente, ignorando golpes de respuesta de víctimas enojadas. Le pido a gritos que se detenga, pero parece que está en ese mundo suyo, enloquecido, sudando y echando espuma. La gente trata de hacerse a un lado y soy expulsada al otro lado del mar de gente. Me colapso en el pavimento, cansada, perturbada e increíblemente asustada por el cambio en mi esposo. Paul sale de la masa, todavía golpeando y pateando, buscándome desesperadamente al

momento que empieza la cuenta regresiva para la media noche. Tiene sangre corriéndole en la frente y más preocupante aún, puedo ver el disfrute grabado en su rostro.

“¡No te quedes ahí sentada!” Jadea al encontrarme. “Quieres ver los malditos fuegos artificiales, ¿no? ¡Vamos!”

Sollozando corro detrás de él sobre Castlehill a medida que la cuenta regresiva llega a su fin. Un cohete explota en cielo mientras el Big Ben campaneá en otra pantalla cerca del castillo. Es el año 2001, tengo 18 años, y no estoy segura de con quién me he casado.

PARTE 3 - PAUL

3 DE ENERO 2001

CAPÍTULO 28

Me está sentando bien el matrimonio. El pedazo de idiota del año pasado, Darren, se va a mojar de risa cuando sepa que sólo tomé 3 cervezas en Víspera de Año Nuevo. Pensándolo bien, tal vez sea mejor que *no* lo sepa; nunca me dejará ser.

¿Dónde *está* el imbécil? Tomo mi celular y le llamo, pero solo acabo escuchando el contestador. Decido mandarle un mensaje.

‘D, es Paul. ¿Por qué no estás en el trabajo hoy? ¿Sigues con cruda? ¿Dónde carajos estás? Doddy está perdiendo el quicio. Llámanos, amigo.

No hay nada peor que volver a trabajar al final de la temporada festiva. Todas las decoraciones siguen en la oficina pero se ven desanimadas y de mal gusto. La única luz en el horizonte será el cabello rojo de Melanie cayendo como cascada a lo largo de su espalda cuando se pare en una silla para quitarlas; me refiero a las decoraciones, no a sus bragas. Como si eso llegase a pasar, pero no importa realmente que tenga debajo de su falta; Anita es todo lo que necesito.

La silla de Darren sigue vacía después del descanso para comer. Es bueno que la carga de trabajo sea ligera por la época. Doddy merodea como una perra en celo; si no necesitara el dinero, lo golpearía y lo mandaría al infierno.

Anita está callada durante el camino a casa. No sé si es tristeza post-Navidad o tristeza pre-menstrual. Tiene que ser una u otra; su tensión pre-menstrual siempre me pone de malas. Tuvo su periodo hace poco, así que no puede ser eso, a menos de que me haya casado con una chica que sube dos semanas y baja dos más.

Me arriesgo a ser rechazado al voltear a verla en una parada frente al semáforo.

“¿Todo bien? Estas muy callada. ¿Hice algo?”

Me muerdo la lengua para evitar añadir *otra vez* al final de la oración. Ella no me mira, pero sigue viendo al frente, a través del parabrisas, casi sin parpadear.

“Tuve una visita de la policía hoy en la oficina.”

Al instante me pongo en modo de alerta, e incluso acabo ignorando la luz verde. Cuando un conductor detrás de mí suena el claxon, le doy el dedo, y arranco en espera de que ella diga algo más.

“¿Qué querían?”

“Ése Detective Elliott y alguien más vinieron a verme. Se llevaron todas las hojas de abril del año pasado.”

Siento que se me hundan las tripas. Creo que ya sé porqué Darren no vino a trabajar.

“¿Te dijeron algo más?”

“No.” Anita sacude la cabeza. “Doddy quiso saber que estaba pasando, pero no supe que decirle.”

¡Bastardos! ¡Todos ellos! ¡Y yo pensando que Darren era mi amigo!

Después de cenar logro convencer a Anita de que voy a The Rat and the Pigeon con Darren. En vez de ello, me estaciono afuera de su apartamento, esperando después de que nadie contestara la puerta. La tarde se hace noche, y el lugar sigue en completa oscuridad, y nadie responde a mis llamadas. Hiervo de ira, asumiendo que está durmiendo a las 7 de la noche, o trata de evitarme y se está alojando en otro lado. Me inclino hacia la segunda opción.

Van a ser las 10:30 y no hay señal de Darren. Decido hacer una visita rápida al pub para que Anita sepa que estuve ahí. Sería grosero de otro modo, ¿no?

Ray asiente a modo de saludo al verme entrar. Doy un vistazo rápido en el lugar, pero en una noche desolada de principios de enero, el lugar está casi vacío. Voy a la barra y pido una cerveza.

“¿Cómo te va, Ray?”

Ray agita la cabeza y me sirve un tarro.

“El lugar está muerto esta noche. No te he visto por un tiempo.”

“He estado siendo un esposo responsable.” Me río. “¿Has visto a Darren?”

“Sí.” Ray asiente. “Pero no desde Víspera de Año Nuevo; vino con una nueva chica que trabaja en Dodd, también.”

“¿Cabello largo y rojo?”

“Esa; se veía muy interesado en ella.”

Melanie. Es lo primero que escucho de esto, y me tomo la cerveza en un solo trago.

“Mejor me voy antes de que Anita se preocupe. Nos vemos.”

“Relájate, Paul.”

Anita está viendo la televisión para cuando regreso. Me siento a su lado en el sofá y le doy un beso.

“Hola.” Se me acurruca. “¿Pasaste buena tarde?”

“No estuvo mal.” Miento. “¿Sabías que Darren está saliendo con Melanie?”

“¿En serio?” Anita bosteza. “No, no sabía.”

“Me pregunto si dejaré su apartamento de una sola recámara para mudarse con ella.”

Anita reprime su risa.

“Un poco pronto para eso, ¿no? En fin, ella vive con Sue y Carol de Finanzas. Estoy segura de que no querrían a Darren ahí.”

“Tendrá que bañarse más a menudo.” Me río. “¿Dónde está su apartamento?”

“Creo que en Meadow Way, ¿por?”

“Solo curiosidad.” Me encojo de hombros. “¿Vienes a la cama?”

Ella apaga la televisión.

“OK.”

Meadow Way está en las afueras de una hacienda del concejo, construida en los 70s. Afortunadamente, es un callejón sin salida, así que sé que no perderé de nada al vigilar desde mi carro bajo la cubierta de la oscuridad al final del camino. Son las 8 y espero que Darren tenga ganas de ir a tienda en la esquina, cuya luz puedo ver reflejada en el pavimento.

Tengo escalofríos, por lo que dejo el motor encendido por un rato para calentarme. Estoy pensando en comprar botanas para resistir la noche, cuando a las 9:30, una figura robusta con una sudadera y pantalones negros de ejercicio emerge de una de las casitas al otro lado del camino. No alcanzo a ver quién es sino hasta que pasa bajo un poste de luz. Camina encorvado con la mirada baja hacia la tienda. Me deslizo debajo del tablero al momento que pasa, y espero a que de vuelta en la esquina para salir del auto y seguirlo, tomando una calle secundaria para evitar ser visto.

Estoy listo para atacar como uno de esos buitres que aterrizan sobre los cadáveres en las películas de vaqueros. Saliendo sigilosamente del callejón y cerciorándome de que nadie más esté a la vista, me le pongo en frente tan pronto se mete una papa a la boca.

“¿Cómo te vas a comer el resto sin dientes?”

Le suelto un golpe a la quijada. Él cae al pavimento, tirando el resto de las papas. Me quedo ahí con puños listos para cualquier contraataque. Se levanta con torpeza, con la mano sobre el costado de su cara.

“¡Puedo explicar! ¡Déjame explicar!”

“Entonces... explica.”

Lo empujo hacia la calle secundaria y me paro frente a él amenazadoramente. Con una mano en la quijada y otra en gesto de súplica, se recarga contra la pared.

“¿Quieres compartir el dinero de la recompensa? Me vendrían bien 10,000 para el depósito de una casa, y a ti también.”

Debo admitir que el tipo sabe atraer interés. Le doy un rodillazo en los testículos y él cae como una piedra.

“¡Como puedo usar 10,000 en la cárcel, bastardo! ¡Me vendiste! ¡Bueno, es mi palabra contra la tuya!” Me inclino y le susurro en el oído. “Más te vale conseguirte un trabajo nuevo; si te vuelves a aparecer en Dodd, te mataré.”

CAPÍTULO 29

El Detective Elliott me espera en el estacionamiento a nuestra salida de trabajar. Había esperado una visita al apartamento, pero me sorprende verlo aquí.

“Hola, Paul.”

Por el rabillo del ojo puedo ver a Anita mirándome inquisitivamente. Con voz serena, abro la puerta del auto para Anita.

“Hola.”

Hay otro policía en un Ford Focus, bloqueando mi salida. Elliott me hace una sonrisa que apenas comienza a alcanzarle los ojos.

“Paul, necesitamos que nos acompañes a las estación.”

“¿Para qué?”

Anita está saliendo del auto. No quería que viera esto pero ahora no puedo evitarlo.

“¿Qué sucede?”

Me mira, y yo me mantengo calmado.

“Quieren hacerme unas preguntas en la estación. Tu ve a casa y te alcanzo allá.”

“¿Qué preguntas? ¿De qué? No, ¡voy contigo!”

Otros compañeros de trabajo están conduciendo hacia la salida bloqueada. Para evitar mayores inconvenientes, me encojo de hombros y sigo a Elliott al Ford Focus. Volteo a ver a Anita.

“Síguenos pues. Esto no tomará mucho.”

Todos estamos callados durante el viaje. Miro por la ventana y actúo como si un viaje en patrulla fuese algo cotidiano. Anita está detrás de nosotros y ya está subiendo las escaleras de la estación para cuando llegamos. Estoy determinado a no darles ni una pulgada.

“Por aquí.”

No sé por qué Anita vino, pero sé una cosa; no tendrán nada de mí. Me llevan a lo que parece ser la misma sala en la que estuve el año pasado. Hago tiempo.

“Quiero un abogado.”

“¿Por? Sólo queremos hacer un par de preguntas. Un abogado significaría que tendrías que esperarlo aquí por horas.”

Me encojo de hombros, con los ojos fijos sobre Elliott.

“Paul, estamos siguiendo una pista sobre el asesinato de Catherine Taylor.”

Aquí viene. Me quedo callado.

“Un colega tuyo en Computadoras Dodd nos dijo que le pediste que fichara por ti después de comer la tarde del viernes, el 7 de abril de año pasado, el día del asesinato.”

“No; eso no es verdad.”

Me encanta.

“Él confirma que te a fichó a las 12:30, pero que no llegaste sino hasta las 2 en punto. ¿Es correcto eso?”

“No; ¿por qué diría algo así? Yo siempre me tomo media hora para comer, y viernes es día de pescado con papas. Siempre vuelvo a trabajar a las 12:30.”

“¿Dónde estuviste en la tarde del viernes, 7 de abril, del año pasado entre las 12:30 y 2 en punto?”

“Media hora comiendo pescado con papas, después de vuelta al trabajo, ya les dije. Miren mi hoja de horas.”

“Lo hicimos.”

“¿Y?”

“Dice que te tomaste media hora para trabajar.”

“Ahí lo tienen.”

“Pero el Sr. Maynard dice que le pediste que te fichara porque le dijiste que no regresarías sino hasta las 2 en punto, y que estarías bajo de horas de otro modo, como si no hubieses hecho el suficiente tiempo para un descanso de 2 horas.”

“Miente; sólo dice eso para tener la recompensa. Es increíble lo que la gente hace cuando hay dinero de por medio.”

No tienen nada con qué hundirme, y lo saben. Si piensan que una visita a la estación me va a enervar, están muy equivocados.

Anita me espera en la recepción; se ve seria y ansiosa. Le doy un pulgar, pero todavía se nota seria. Con un brazo alrededor de sus hombros, me pavoneo hasta salir de la estación con la mayor arrogancia que me es posible.

No puedo determinarlo con certeza, pero algo anda mal con Anita. Ha estado callada y reservada desde la entrevista. He tratado de animarla, pero no funciona. Incluso está distante en la cama, lo cual no es nada característico de ella.

Después de un viaje silencioso del trabajo a la casa y una cena vespertina en la que apenas si me ha dicho más de dos palabras, comienzo a temer. La ayudo con los trastes e incluso paso la aspiradora por el apartamento con una sonrisa, sin nada encima más que uno de sus sostenes relleno con calcetines y un delantal hecho con una toalla. Una de sus comisuras se ondula ligeramente al verme bailando como un terriblemente ejecutado

Freddie Mercury salido de la cloaca. Su respuesta esa alentadora, pero algo decepcionante a la vez.

“¡Hey!” Cuidadosamente aspiró una esquina de la toalla con la boquilla. “¿Quieres ver que hay debajo de mi delantal?””

No puede contenerlo; suelta una carcajada.

“¡No! ¡Guárdalo!”

“¡Oh... quiere saludarte; no te ha visto en toda la semana!”

Ella se hunde en el sofá y enciende la televisión. Me siento como un estúpido, parado ahí con el sostén y la toalla, pero sé que si me pidiera que desfilara con ellos en el pavimento, lo haría, si eso arreglase las cosas entre nosotros.

Guardo la aspiradora, me pongo algo más presentable y me siento a su lado. Inmediatamente la siento enfriándose, y me abstengo de tocarla.

“¿Qué pasa, preciosa? ¿Qué hice?”

No sé qué hacer para complacerla. De repente, pienso en lo que todas las chicas quieren.

“Hey, ¿Y si dejas la píldora y tenemos un bebé?”

Me mira como si me hubiesen crecido tres cabezas.

“¡Paul, tengo 18 años, por amor de Dios! Déjame vivir un poco, ¿está bien?”

Vuelve los ojos a la televisión y siento escalofríos corriéndome en la espalda. Surge el terrible pensamiento que la estoy perdiendo. Sé que estoy presionando, pero me arriesgo.

“Por favor. ¿Qué pasa?”

Apaga la televisión y voltea a verme.

“Fui a la biblioteca el sábado cuando salí de compras, y les pedí que buscaran el nombre de tu papá en periódicos de metroficha.”

Trato de no hacer puños, y mi corazón acelera como si acabase de correr sobre Castlehill.

“¿Por qué hiciste eso?”

“Porque quiero saber qué le pasó. Leí un artículo en el que su hermano lo había reportado desaparecido hace 3 años.”

Parece estar al borde de la ira. Me le acerco, a riesgo de que me golpee.

“No está desaparecido. Se fue con una mujer; eso es todo. Le rompió el corazón a mamá. A buena hora se largó el cabrón, eso digo yo.”

Los años de golpizas ebrias, los moretones, las lágrimas de mamá, y la mudanza de Terry a Australia; todo fluye rápidamente a la memoria. Veo a mi padre parado sobre mí con un bat. Es lo último que llego a hacer.

“Decía que cuenta bancaria nunca fue usada.”

“No sabía eso. Tenía una cuenta compartida con mamá; eso es todo lo que sé.”

No parece estar convencida. Lo que sigue me derriba completamente.

“Paul... ¿tuviste algo que ver con la desaparición de tu padre?”

“¡Qué pregunta!” Me pongo de pie y camino por la sala. “¡Te digo que se fue con alguien más! ¿Crees que yo le hice algo?”

Descansa la cabeza sobre sus manos.

“Ya no sé qué pensar. A veces tan... ¡tan furioso!”

Comienza a sollozar en ese modo que sólo las mujeres pueden hacer, ese modo que te rompe el corazón. Quiero abrazarla y nunca dejarla ir. Ella es mi ancla y mi futuro; la única persona que me puede salvar del infierno.

“Por favor, no llores.” Corro hacia ella, me arrodillo y me aferro a su cintura. “Papá ya no quería nada más con nosotros. Si se volviera a aparecer, verías el desperdicio de carne que es-“

“Quiero creerte, Paul... Realmente quiero creerte.”

Ella ve a través de mí, pero yo veo una pequeña grieta en su armadura.

“Entonces créeme. Olvídate de mi padre. Tenemos una buena vida por delante.”

Me sonrío y la beso, indescriptiblemente aliviado.

CAPÍTULO 30

Observo a Anita, pero todavía no parece ser la misma de siempre. Camina como si estuviese vacía. Una semana después, nos sentamos a cenar y me da una de esas sonrisas que realmente me ponen ansioso.

“¿Qué?” Paro de masticar por un momento.

“El Detective Elliott devolvió las hojas hoy.”

“¿Y?”

“Pues, me preguntó sobre ti; sobre tu personalidad.”

Pongo el cuchillo y el tenedor sobre el plato por un momento.

“¿Y el dijiste que soy tan encantador como una babosa muerta?”

“No, claro que no.” Hace una mueca. “Le dije que eres bueno, pero que a veces tienes una mecha corta, eso es todo.”

“¿Por qué le dices algo así?” La miro enojado. “¿Se supone que estás de mi lado!”

“*Estoy* de tu lado, Paul, pero creo que tienes problemas de control de ira. Tu temperamento me asusta. Cuando te enojas, eres otra persona, alguien con quien no quiero estar.”

Anita baja la mirada a su plato, y estoy aterrado. Me causa problemas controlar la sensación de fastidio y el pensar que Elliott está tratando de arruinar lo que Anita y yo tenemos.

“¿Por qué estás hablando con ese cabrón?” Me paro y clavo los ojos sobre ella. “¿Obviamente está tratando de culpar a alguien por el asesinato de Cat para ganarse una medalla, y yo soy su objetivo principal!”

“¿Cómo podía ignorarlo si estaba ahí haciéndome preguntas? No quiero cenar; no tengo hambre.”

Pone los cubiertos junto a su plato y empuja la silla hacia atrás. Al raspar contra el lino, tengo una retrospectiva de cuando papá hacía lo mismo antes de lanzarme el plato a la cabeza para que dejara de golpear los dedos contra la mesa. Veo a mamá parándose enfrente, tratando de protegerme, y recibiendo un ojo morado.

“¡Acaba tu cena!” Grito para bloquear las memorias. “Vamos a sentarnos como las parejas normales. ¡Es lo que la gente casada hace!”

“¡Vete al diablo!” Anita se pone de pie y se aleja de mí. “¡No quiero comer contigo!”

La ira se apodera de mí y volteo la mesa. Los platos se estrellan contra el suelo, junto con los vasos y media botella de vino, derramándose sobre el lino como un río de sangre.

“¡Vuelve aquí!”

La persigo, pero es demasiado tarde. Anita grita, corre a la habitación y se encierra. La ira lo consume todo ahora. Comienzo a patear la puerta, y ésta cede fácilmente. Entro y veo a mi esposa arrinconada, presionada contra la esquina y aferrada a una silla que tiene enfrente. Está sollozando, con ojos similares a los de un zorro perseguido por una jauría de sabuesos.

“¡Déjame o llamo a la policía!”

Veo a mi madre acurrucándose para protegerse de los golpes, y me doy cuenta que me estoy convirtiendo en mi padre. En un santiamén, la ira cede y todo lo que quiero hacer es abrazar a Anita. Retrocedo hacia el pasillo.

“¡Lo siento!” Agito la cabeza y sigo retrocediendo. “¡Lo siento!”

Estamos ahí una eternidad, mirándonos, cada uno preguntándose qué hará el otro ahora. Finalmente, Anita baja la silla y se hunde al suelo, llorando silenciosamente.

“¡Eres un cerdo; un completo cerdo!”

Cambio de opinión y me acerco poco a poco, con las manos a los costados.

“¡Aléjate de mí!”

Se ve cada vez más asustada a medida que me acerco.

“¡No voy a lastimarte; te amo, por amor de Dios!”

Me siento al otro lado de la cama, suspiro y mantengo las manos arriba.

“¿Qué va a pasar ahora?”

Anita se aleja de mí, orillándose contra la pared y yendo hacia la puerta, la cual está completamente desprendida de las bisagras.

“Lo que va a pasar es que me voy a mudar; es lo que debí de hacer hace mucho tiempo. De hecho, ahora que lo pienso, ¡no sé como fui tan estúpida como para casarme contigo en primer lugar!”

El plan para nuestro futuro felices-por-siempre se está deshaciendo a un ritmo alarmante. No puedo, no *permitiré* que mi esposa se vaya.

“Esto no volverá a ocurrir, ¿me oyes?” Inquieto, me pongo de pie. “Voy a buscar ayuda profesional; sé que tengo un problema. ¡Ayúdame, no me dejes! ¡Por favor!”

Se detiene.

“¿Mataste a tu padre, Paul?”

Suspiro y niego con la cabeza.

“No.”

“¿Qué le pasó?”

Aún veo al desgraciado en mi mente, imponente y diciéndome que yo no era hijo suyo. Caigo sobre mis rodillas y descanso la cabeza en las manos, limpiándome las lágrimas, tratando de enterrar permanentemente esta memoria.

“Estaba a punto de matarme con un bat. Terry hizo mano de un cuchillo a tiempo y se lo hundi6 entre las costillas. Si 6l no lo hubiese hecho, mam6 lo habr6a hecho. El cabr6n esta muerto y bajo tierra. Por eso es que Terry se fue a Australia; empez6 una nueva vida, y buena suerte a 6l. Deb6 de hacer lo mismo.”

Parece como si un trueno hubiese ca6do sobre Anita. Se acerca a m6, se arrodilla, y dejo caer mi cabeza sobre su regazo. A6os de golpizas, tortura y pesar salen de m6 en un solo sollozo, mientras ella me acaricia el cabello.

“¿D6nde est6 enterrado tu pap6?”

Espero a dejar de llorar para poder contestar sin sonar ebrio o con un defecto del habla.

“Ni siquiera estoy seguro de que realmente sea mi padre; muchas veces me lo dijo. No es el tipo de cosa que le puedas preguntar a tu mam6, ¿no crees?” Tomo un respiro. “Con la bendici6n de mam6, ayud6 a Terry a enterrar a pap6 y el cuchillo tres metros bajo tierra, bajo un patio de concreto que Terry puso en la vieja casa de mis padres. Si los nuevos due6os alguna vez decidieran excavar, se llevar6an una sorpresa. Estuvo ah6 por un a6o antes de que su hermano se diera cuenta de que se hab6a ido; gracias a Dios no eran muy cercanos. La polic6a entrevist6 a mam6; pero por supuesto que no dijo nada. Les dijo que no estaba desaparecido, que simplemente se hab6a largado con alguien m6s.”

El alivio de finalmente decirle esto alguien es sobrecogedor. Nunca imagin6 sacar los trapos sucios de mi familia y dejarlos ante los pies de mi esposa, pero en cierto modo me alegra revelar el secreto. Siento que un gran peso se me ha levantado de los hombros, pero claro que esto no me ayudar6 con el problema inmediato de Anita amenazando con dejarme.

Levanto mi cabeza de su regazo y miro la cara que quiero ver por el resto de mi vida.

“No podr6a soportarlo si me dejas; por favor dame otra oportunidad.”

Toma un enorme aliento.

“¿Y Catherine Taylor?”

“¿Qu6 hay con ella?”

“¿Tuviste algo que ver con su muerte?”

“¡No, claro que no!” Agito la cabeza. “Uno de sus clientes obviamente se pas6 de la raya.”

“¿Entonces por qu6 te cubri6 Darren el d6a del asesinato seg6n la polic6a?”

Lentamente me pongo de pie y me dejo caer sobre la cama.

“No me cubri6. Quiso el dinero de la recompensa e invent6 una historia.”

“¿Por qu6 no ha venido a trabajar?”

“Se consigui6 otro trabajo.”

Anita se siente junto a m6. Pongo mis brazos a su alrededor y entierro la cara en su cabello.

“Perdóname; soy el mayor imbécil que haya vivido.”

“No.” Anita me da un beso. “Eres mi esposo y te amo.”

La abrazo fuertemente y nos quedamos ahí como estatuas por un rato, hasta que reaciamente me levanto para empezar a limpiar el desastre de vajilla y vasos rotos y salsa boloñesa embarrada por toda la cocina.

CAPÍTULO 31

Anita encontró unas clases de manejo de ira, impartidas por un imbécil llamado Nigel. Nigel es bastante sereno, y parece como si nunca le hubiese gritado a nadie en toda su vida. No tengo idea por qué Nigel quiere pasar dos tardes a la semana con un grupo de patéticos como nosotros.

Por un lado está Joe, quien padece síndrome de Tourette y le grita a todos por el simple gusto de gritarle a todos. Está Kayleigh, fumadora compulsiva fuera del salón y diestra para apagar el cigarro en la piel de cualquiera que le haga enojar. Ryan es una olla de presión a punto de estallar y hasta ahora no ha dicho palabra alguna. Pero mi favorito es Michael, recién salido de prisión por homicidio involuntario después de matar a su esposa a garrotazos al encontrarla con alguien en la cama; tiene que tomar estas clases como parte de su rehabilitación. Anita está feliz de que esté tomando estas clases en primer lugar, y me encanta; me estoy mezclando con el tipo de gente de la que mi madre siempre me advirtió.

Esta noche, Nigel tiene un resfriado y está congestionado. Nos está haciendo enojar, y tarde o temprano va a haber un disturbio. Sin embargo, antes de caerle a golpes, Nigel quiere que discutamos unas cuantas preguntas para determinar que tan enojados seguimos después de seis clases. No me siento diferente, pero Anita está complacida.

Sus tonos nasales me pasan completamente por encima; estoy ocupado preguntándome si Anita está lista para tener sexo otra vez. Desde el último incidente, sólo me ha dejado abrazarla en la cama, y francamente, me sorprende que incluso de me deje hacer eso.

“... y a pesar de su reputación, la ira no es una emoción dañina por sí misma. Es nuestra reacción individual a la ira lo que determina que tan útil o dañina puede ser.”

Bostezo mientras Nigel balbucea. Nadie está escuchando lo que dice.

“... y con un mejor entendimiento de la ira y cómo lidiar con ella, podemos aprender a identificar nuestro propio estilo para sobrellevarla y a desarrollar un desarrollo más positivo y productivo.”

Debo admitir que nuestras estrategias para sobrellevar la ira son un asco. Tomo la hoja de opción múltiple y miro las preguntas. La primera hace que me den ganas de carcajear.

“Camino a casa del trabajo ves a tu pareja besándose apasionadamente con alguien más en la sección de frutas y vegetales. Hasta este momento, pensabas que tu relación era estable. ¿Qué tan enojado te sientes?”

Realmente, ¿Quién no se sentiría enojado y con ganas de patear al tipo en sus frutas y vegetales? Levanto la mano y Nigel me da una sonrisa.

“Si, Paul ¿Quieres iniciar la discusión?”

“Me sentiría muy enojado en el caso de la primera, Nigel, furioso de hecho. ¿No estarías enojado tú, o cualquiera realmente?”

“¡Por supuesto! Pero el punto que intento transmitir es cómo lidias con esa ira.”

“¿Así que en vez de patear al tipo hasta la sección de pan y repostería, te sientas con tu pareja y discuten el hecho de que eres un hijo de puta y que por eso comenzó a engañarte?”

Nigel me sonrío a través de un pañuelo desechable.

“¡Paul, aprendes más cada a cada clase! Pero, si recuerdas la clase pasada, no debes tomarte todo personalmente y creer automáticamente que tu pareja haría algo así por algo que tú hayas hecho. La gente tiene sus razones para hacer las cosas. Cuando eres inmune a las opiniones, comportamiento y acciones de los demás, dejarás de ser víctima de sufrimiento innecesario.”

Suspiro e inhalo con el método de Nigel, lenta y calmadamente, contando hasta 11 al exhalar.

“¿Entonces no debo de tomármelo personalmente si veo a mi pareja besándose con otro tipo en Sainsbury’s?”

“¡Si, yo me lo tomaría personalmente!” Michael, el asesino involuntario asiente.

“Yo le daría una golpiza.” Kayleigh añade. “¿Y tú, Ryan?”

Silencio.

“Hablar siempre funciona mejor, Kayleigh, si recuerdas las clases anteriores.” Nigel estornuda. “Al saber por qué tu pareja se aleja. Puede ser porque no se sienten amados, tal vez has estado demasiado ocupada en el trabajo para dedicarles tiempo.”

“Estoy desempleada.”

“Trata de hacer de tu relación algo positivo. Habla de tus problemas con tu pareja, en un modo-no agresivo. Mantén un diario para no internalizar tu ira: recuerden sus estrategias de calma.”

Alcanzo a ver a Joe moviéndose nerviosamente, listo para explotar.

“¡Todos ustedes son unos imbéciles!”

Escondo una sonrisa detrás de mi prueba. La cara de Nigel permanece serena mientras visualiza escenas idílicas de ovejas jugueteando en praderas floridas.

“Recuerdas tus estrategias de calma, Joe.”

“¡Al diablo!”

Anita está viendo la televisión para cuando llego a casa. Voltea a verme al momento que entro a la sala.

“¿Cómo te fue?”

“Excelente. No debo tomarme nada personalmente, incluso si te cachara besándote con Darren en Sainsbury’s.”

Se ríe, y es un bello sonido que no he escuchado en mucho tiempo.

“¿Porqué querría besar a Darren en Sainsbury’s?”

“Para obtener sus frutas y vegetales.”

“¡Por favor!” Bufo. “Yo me lo tomaría extremadamente personal si te atrapara con Melanie bajo el muérdago.”

“¿Pero no querrías matarme?”

Niega con la cabeza.

“Diría eso, pero no, no lo *haría*.”

“Tengo que aprender estrategias de calma. Aparentemente si cuento hasta 11, escribo mis sentimientos en un diario, salgo a caminar, me relajo en la bañera, o escucho música, no tendré ganas de mutilar a nadie.”

“Se oye bien; especialmente si yo voy a ser la mutilada por lo de Sainsbury’s.”

Volvemos a las bromas que le comenzaban a faltar a nuestro matrimonio. Tengo tanta suerte de que Anita me haya dado una segunda oportunidad; trataría de llegar a la luna si me lo pidiera. Me dejo caer en el sofá y la rodeo con mis brazos.

“Gracias por quedarte conmigo. Arreglaré todo.”

“Lo sé.”

Levante su mentón y la beso profundamente en los labios. A juzgar por su respuesta, deduzco que probablemente he descubierto una estrategia de calma que Nigel no ha mencionado. Dejo una mano bajar hasta su seno, y me alegra tanto que comience a arquear la espalda de placer. No tengo la menor duda que hacer el amor va a ser una de las mejores estrategias de calma.

Se siente tan bien tener su cuerpo debajo de mí. El sofá rechina por el efecto de nuestras olas de lujuria convertidas en movimiento, desfogando todas nuestras frustraciones para acabar flotando, enlazados, en aguas tan tranquilas y serenas como el estanque proverbial.

La calefacción se descompuso y nos congelamos al despertarnos a medianoche, desnudos y abrazados en el sofá. Me meneo un poco y beso la coronilla de Anita.

“Vamos a la cama.”

Ella bosteza, se pone de pie, y me sigue a la habitación. Al llegar a la cama, me suelta uno de esos comentarios que garantiza que estaré despierto el resto de la noche.

“¿Por qué no intentas buscar a tu hermano?”

La miro sorprendido.

“No sé donde vive, y no tengo su número de teléfono.”

Se encoje de hombros.

“¡Está Facebook!”

“No tengo una cuenta.”

Pone los ojos en blanco como una madre al tratar de engatusar a un adolescente recalcitrante.

“¡Haz una, pues!”

Terry. El hermano mayor a quien admiraba. Anita nunca sabrá cuanto lo extraño.

CAPÍTULO 32

“¿Explotan o implosionan?”

Nigel nos mira, esperando una reacción. Al ver nuestras miradas vacías, sigue hablando.

“Por ejemplo: están en el cine y un sujeto comienza a patear la parte trasera de sus asientos. Le piden que pare, pero sigue haciéndolo. ¿Qué habrían hecho en el pasado?”

Michael, el asesino involuntario, aporta su opinión casi inmediatamente.

“Dar una golpiza.”

Nigel asiente con serenidad.

“Pero ahora ya saben cosas que no sabían antes, ¿no? En vez de explotar y hacerle daño, o quedarse sentados *implosionando*, hirviendo y dejando que su resentimiento lleve a otra inevitable explosión, ¿Qué deberían hacer basado en lo que han aprendido aquí? ¿Ryan?”

Silencio.

“¿Paul?”

Estoy dominando el arte de decirle a Nigel lo que quiere oír. Lo tengo medido ya. Pretendo que reflexiono, y después le digo la respuesta que espera.

“Me muevo a otro asiento.”

“¡Exactamente! ¡Bien hecho, Paul!” Nigel me sonrío como si yo acabase de ganar el Premio Nobel de la Paz. “Usamos la estrategia de alejarnos físicamente de la situación.”

Puedo ver a Kayleigh clavándome los ojos, tratando de meterse en la respuesta.

“¿Qué pasa si alguien patea detrás del asiento *después* de que te pasas a otro asiento?”

“Entonces te mueves por toda la sala, te pierdes de la película y acabas desperdiciando tu dinero. Acabas rentando la película en DVD para poder verla en casa en paz como Billy-sin-amigos.”

“Idiota.”

Me le quedo viendo y ella desvía la mirada.

Sigo pensando en Terry, y el asunto de Facebook me revolotea en la cabeza más y más. Él era el hermano mayor en el que podía contar, quien siempre estuvo ahí para mí; el hermano que me salvó la vida en el último segundo, quien le dio tranquilidad a mamá. Sé

que nunca regresará a Escocia, pero siento un repentino anhelo de escuchar su profunda y estridente risa, y oírle decir que las cosas van a estar bien.

Una tarde abro una cuenta de Facebook en mi laptop mientras Anita ve sus miserables telenovelas en las que todos se ven como si hubiesen recibido múltiples palazos en la cara.

Lleno los campos requeridos, escribo un poco sobre mí, añado el perfil privado de Anita, y finalmente busco a Terence Ian McAdam, en vano. Sin embargo, al buscar a Terry McAdam, encuentro a mi hermano en todo su esplendor. Ha perdido algo de cabello en los últimos años, pero se ve bronceado, sentado en una playa con una mujer de cabello oscuro y un niño pequeño. Miro más de cerca a la familia extendida que se nos negó a mi madre y a mí; obviamente, Terry no siguió el consejo que me dio en la noche cuando, habiendo cumplido 15 años, le dije que iba a sacar a una chica a pasear. Ríe internamente, escuchando aun su lema *fornícalas y déjalas* al que me adherí estrictamente hasta que conocí a Anita. La mujer es atractiva en un modo sensual y algo bochornoso, pero el pequeño es igual a Terry.

El perfil de Terry está más expuesto que el de Anita. Ahora tiene 28 años y está casado con Shannon McAdam Drury, y vive en Sídney. Hay bastantes fotos; la más reciente se titula *El tercer cumpleaños de Ben*. Terry está repartiendo dulces, empujando a niños en el columpio, cocinando hamburguesas en una parrilla; básicamente un completo australiano. Es popular, tiene 214 amigos, ninguno de los cuales reconozco.

Se me ocurre, al mirar las fotos, que tal vez quiso que yo lo encontrara. Compartimos un secreto que nos une, a pesar de vivir en lados opuestos del planeta. Al mirarlo tomar el sol en la playa de Bondi, me pregunto si alguna vez piensa en su hermano menor, en su mamá, y en la vida que dejó atrás.

Hago una solicitud de amistad, esperando lo mejor. Hay un botón de mensaje privado y no puedo resistir.

‘Hola Tel, finalmente me uní a Facebook. Pon otro camarón en la parrilla para mí.’

Me sonrío al volver al campo de búsqueda al principio de la página. No puedo evitarlo; busco el nombre *Catherine Taylor*. La distingo instantáneamente de las demás con ese nombre. El perfil es público, y está manejado por su madre. Veo fotos de Cat de cuando era niña, de coletas y sonrisas chimuelas. Después veo a una Cat que reconozco más, esta vez con cabello negro. La recompensa de 20,000 libras sigue vigente, y mi sangre se enfría. Hay un número telefónico y una dirección de correo electrónico para proporcionar información. Mucha gente ha dejado comentarios alentadores, y afortunadamente ninguno de ellos se llama Darren Maynard.

Arriba aparece un pequeño icono en rojo, una notificación de amistad aceptada. Anita, como de costumbre, está viendo la televisión y revisando su celular a la vez. No sé cómo es que las mujeres logran hacer eso; yo solo puedo concentrarme en una cosa a la vez.

Busco a Darren, pero no tiene una cuenta o la ha borrado. Mando un par de solicitudes más y me desconecto al oír notas del horrendo tema de la telenovela en la habitación.

“Hola.” Anita se asoma por el marco de la puerta. “¡Lo hiciste!”

“Si.” Asiento. “Al menos ahora tengo un amiga.”

“Pobre granuja.” Se oye entretenida. “Estoy segura de que Terry se pondrá en contacto tarde o temprano.”

“No lo sé.” Me encojo de hombros. “Estoy seguro de que no quiere recordar el pasado; está mejor donde está.”

“La sangre es más espesa que el agua; solo espera y verás.”

Una semana después me doy por vencido con la posibilidad de que Terry quiera hablarme. No lo culpo en realidad. Yo no querría ponerme en contacto *conmigo* tampoco. Me conecto a Facebook antes de salir a la sesión con Nigel, y veo la preciosa notificación en rojo que indica que Terry McAdam ha aceptado mi solicitud de amistad. Incluso contestó mi mensaje.

‘*Santo carajo, ¿te casaste? Publica unas fotos.*’

Tengo ganas de correr y saltar en la superficie de la luna. En vez de ello, entre en la cocina, levanto a Anita y le doy vueltas a lo largo de la habitación. Ella ríe y se aferra a mi cuello.

“¡Hey! ¿Qué pasa?”

“¡Terry se puso en contacto!” Le doy un beso. “¡Dijo que si!”

“¡Te lo dije!” Ella reciproca mi beso. “Debe de extrañar a su hermanito.”

Soy el más feliz en la clase de Nigel esa tarde. Decido que al fin ya no hay nada por qué estar enojado. Mi maravillosa esposa me ha dado una segunda oportunidad para construir la familia feliz que siempre quise tener, y mi hermano perdido no parece pensar que soy un patético cabrón que debe ser ignorado. Sólo hay una nube en el horizonte, una gran nube negra. Tengo el terrible presentimiento de que Catherine Taylor va a acosarme por el resto de mis días, y que también va a joderme en el más allá.

CAPÍTULO 33

Terry quiere que vayamos a visitarlo en Sídney. Dice que tiene un cuarto disponible y que no pagaremos nada más que el vuelo. Le digo que estoy dispuesto y que comenzaré a ahorrar para el vuelo inmediatamente, pero el único problema es que Anita no gusta del calor ni de los mosquitos. Él nos aconseja que vayamos en julio o en agosto cuando el clima es más fresco. Me siento extático cuando Anita accede a que vayamos, y de repente, me doy cuenta de que dentro de unos meses veré al hermano que no he visto en casi 5 años.

Dejé las clases de Nigel; ya no tengo nada por qué estar enojado, después de todo. Soy el tipo más afortunado que haya vivido. A Dodd no le agrada en lo más mínimo que Anita y yo no estemos en la oficina por casi 3 semanas en el verano, pero al final cede cuando le digo que no he visto a Terry desde que era niño. Nos recomienda que empecemos a ahorrar, y me ofrezco para todas las horas extras que pueda trabajar. Para principios de mayo, tenemos suficiente dinero en el banco para los boletos, pero Anita tiene una última pregunta durante el viaje a casa una tarde.

“¿Vas a decirle a tu mamá que vas a visitar a Terry?”

Niego con la cabeza.

“No, es mejor dejar las cosas como están, y sólo vernos para Navidad y cumpleaños. No creo que quiera saber demasiado. Le recordaría demasiado sobre lo que pasó.”

“¿Querrá tu hermano conocerme? ¿No querrá verte solo a *ti*?”

La miro sorprendido.

“¡No, claro que no! Tiene una esposa, Shannon. Estoy seguro de que llevarán bien ustedes dos.”

Anita compra tantas prendas nuevas que estoy seguro de que tendré que saltar sobre la maleta para cerrarla, y me va a costar una fortuna en extra equipaje al registrarnos. Ella desfila frente a mí noche tras noche como una modelo en la pasarela, presumiendo sus compras. Pero, honestamente todo lo que quiero hacer es arrancárselas de encima. He sido exitoso en esta empresa, pero debo hacerlo con mucho cuidado para que no me golpee. Estoy muy conforme con ello; mientras más lento se las quite, más puedo deleitarme los ojos con su cuerpo.

Es en una de esas mañanas nubladas de “verano británico” cuando el despertador suena a las 5 de la mañana, un viernes 27 de julio. Sólo pude dormir un par de horas por pensar en qué decirle a Terry después de todo este tiempo. Bostezo y le doy a Anita un codazo suave.

“¡Despierta despierta! Nos esperan 7 horas para Abu Dabi y después otras 14 para Sídney.”

“Mierda.” Anita se sienta y se frota los ojos. “Voy a parecer una cosa alienígena para cuando baje de ese avión.”

Le doy un beso y salgo de la cama.

“Te verías hermosa incluso si usaras nada más que un saco de patatas.”

“Bueno, salud por eso; entonces no debí desperdiciar el dinero en toda esa ropa.”

“Si, habría sido más económico comprar un paquete de bolsas de basura.”

Después de desayunar es hora de partir hacia el aeropuerto, pero su maldita maleta no se cierra. Al final acabo metiendo un montón de ropa coqueta de mujer en mi maleta, sacrificando un par de jeans y unas camisetas. No me agrada esto, pero habría desatado la Tercera Guerra Mundial si no hubiese aceptado. Escucho la voz de Nigel en mi oído al cerrar las maletas mientras me visualizo en el jardín de Terry con una cerveza fría.

Son alrededor de 11 kilómetros para llegar al aeropuerto de Edimburgo y llegamos a las 5:50. Las maletas se desvían sobre la cinta transportadora en el registro de equipaje, y dijo una plegaria silenciosa para que las volvamos a ver 16,000 kilómetros después. Anita sugiere que compremos regalos para Terry, Shannon y Ben por alojarnos 3 semanas, así que la acompaño abatidamente a las tiendas en la sala de espera, tratando de gastar lo menos posible. Recuerdo que Terry fuma como una chimenea, así que le compro 200 cigarrillos, un perfume para Shannon, y un muñeco de peluche para un sobrino que nunca he conocido.

Al llegar a Abu Dabi hay una parada de 2 horas para rellenar combustible. Al bajar del avión a la pista, el termómetro digital en el costado de una torre en el aeropuerto indica 36 grados centígrados. Exhalo y camino rápidamente hacia lo que espero sea la frescura del aire acondicionado en la terminal.

“Me suda la entrepierna.” Sonrío, deseando estar usando pantalones cortos.

“Demasiada información.” Anita hace una mueca.

Hasta donde puedo ver, la comida local es humus. Desde hace mucho, Anita ha intentado convencerme de que lo pruebe pero a mi parecer, se ve como el contenido de un pañal. Estoy más acostumbrado a carne con papas, y para mi suerte, hay puestos de comida chatarra fuera de la terminal. Al abordar el avión una vez más, estoy atascado de grasa saturada y listo para una siesta.

¿Alguna vez han tratado de dormir durante un vuelo nocturno? Cuando las azafatas dejan de ir y venir, y encender y apagar las luces, el roncadore del infierno inicia su llamado detrás de mí y 15,000 infantes comienzan a llorar. Anita gime de tener frío, así que le pongo encima mi chaqueta. El tipo de enfrente reclina su asiento al punto en que tengo su coronilla contra mi rostro, y sin mi chaqueta, ahora yo me estoy congelando, y todavía quedan 12 horas más. Al menos, Anita está caliente, y al dormirse, deja de quejarse.

Me siento como el proverbial recto equino al aterrizar en la pista del aeropuerto de Sídney. Anita se despierta, fresca y con ganas de caminar, al igual que el tipo enfrente, quien afortunadamente no sabe lo he asesinado una docena de veces a lo largo de la noche mientras yo miraba inocentemente por la ventana. Nigel estaría orgulloso.

Busco en Llegadas y lo reconozco instantáneamente; Terry, mi salvaje hermano me saluda frenéticamente. Me doy cuenta de que comienza a verse como nuestro papá. Aparentemente viene solo, y ha engordado un poco. Pongo las maletas abajo, sonrío y camino hacia él. La barrera de 4 años y medio cae brutalmente y me encuentro envuelto en el más fuerte abrazo que me han dado.

“¡Qué bueno verte, hermanito!”

Viste ropas frescas y detecto un olor a gel de ducha. No me atrevo a imaginar a qué huelo yo.

“¡Suéltame, coño!”

Me alborota el cabello.

“Vamos; Shannon preparó rollos de cocino.” Mira alrededor. “¿Dónde está tu esposa?”

“Por allá.” Apunto Anita, de cabello largo y rubio, y bronceado falso, vigilando las maletas y sonriendo nerviosamente.

Terry silba suavemente.

“¡Cristo; es muy bonito! ¿Cómo fue que acabó contigo?”

“Mi encanto natural la conquistó.”

Él camina hacia ella inmediatamente. Anita se ve como recién salida de las páginas de una revista de modas, y al saludar a mi hermano, me doy cuenta de lo orgulloso que estoy de ella.

Terry hace comentario al tiempo que salimos del aeropuerto y viajamos sobre la M5-Suroeste hacia un suburbio en Sídney que, a mi sorpresa, se llama Liverpool. A juzgar por lo que nos dice, ciertamente ha sentado cabeza, trabajado de electricista y ahorrando para un apartamento de tres habitaciones cerca de Bigge Park para que Ben tenga dónde correr; el apartamento que tienen ahora apenas tiene espacio para la parrillada tradicional australiana.

Terry negocia con el tráfico y yo miro a Anita, cuya cabeza se mueve de lado a lado, absorbiendo toda la escena.

“¿Todo bien?”

“Claro.” Me sonrío. “No puedo creer que realmente estoy aquí.”

Terry habla desde el asiento del conductor.

“¿Cuándo se casaron?”

“El septiembre pasado.” Anita sonrío a su reflejo en el espejo retrovisor.

“Si.” Añado. “Una de esas bodas en Gretna Green.”

Terry ríe enternecido.

“¿En serio? ¿Estuvo mamá?”

“Si, en serio, pero mamá no estuvo.” Cambio el tema. “¿Qué tal Shannon y tú?”

“Nos casamos hace 3 años. Shannon estaba embarazada y al menos puedo decir que hice lo correcto.”

Se nos viene uno de esos silencios que dicen volúmenes. Sentado detrás de Terry, miro su nuca, alguna vez tan familiar que de niño siempre podía distinguirlo en una multitud. Ahora su cabello está más delgado y veo un par de canas, pero sigue siendo mi salvaje hermano aunque se haya calmado un poco. Pasamos por una linda calle repleta de arboles y finalmente nos estacionamos frente a su cochera. Comienzo a pensar que calmarse es algo bueno a la larga.

Nos asalta una ráfaga de aroma a tocino friéndose al entrar al apartamento. Un mini-tornado en un pijama de rayas se lanza contra Terry.

“¡Papi!”

Sonrío a mi hermano al verlo cargar y besar a su hijo.

“Ben, te presento a tu tío Paul y a tu tía Anita.”

Le sonrío a mi sobrino, quien me mira tímidamente desde la seguridad de los brazos de su padre.

“Hola.”

Por lo general, no soy bueno con los niños, y no sé qué mas decir. Pero Anita acude a mi ayuda y agita el oso de peluche frente al niño.

“Hola Ben, esto es para ti.”

Ben toma el juguete, y en cuestión de minutos, ya somos amigos. Shannon emerge de la cocina y nos saluda efusivamente. Tiene pelo oscuro y ondulado, piel aceitunada, y una cara y figura que la hacen parecerse a Victoria Beckham. Me doy cuenta de que mi hermano ha hecho algo bueno con su nueva vida, y pienso en mi madre, sola en su apartamento sin nunca conocer o reconocer a su nieto o a su nuera incluso si llegara a pasar junto a ellos en la calle.

“Hay rollos de tocino en la cocina; vengan.”

Seguimos a Shannon por un pasillo espacioso hasta llegar a una cocina de estilo moderno, de la cual sale un cenador con una mesa y seis sillas. Estoy más cansado de lo que me he sentido en toda mi vida y bostezo continuamente después de desayunar; sufro los efectos de 2 días sin dormir y un estómago lleno de carbohidratos. Ni siquiera un café concentrado ejerce efecto. Terry quiere mostrarnos el apartamento, pero honestamente, sólo quiero una ducha y dormir 8 horas. Shannon me rescata y nos señala nuestra habitación con baño propio, y nos dice que salgamos cuando nos sintamos más humanos. Me estrello en una cómoda cama doble, y dejo que Anita se asee primero.

CAPÍTULO 34

No veo a Anita al despertar en un lugar que no me es familiar. Miro el reloj sobre la mesa de noche; 2:45. Por un momento, no sé si es de tarde o de madrugada, pero al oír la voz de Ben en el patio, descubro que he se me ha ido una gran parte del día.

Fastidiado conmigo mismo pero maravillosamente repuesto, me doy una ducha rápida, me cambio de ropa y emerjo de la recámara para unirme a los demás. El apartamento es de un solo piso, pero se siente más espacioso que los apartamentos en Escocia. Doy un vistazo a mis alrededores; dos recamaras más partiendo del pasillo, un cuarto de estar, un estudio, un guardarropa, un baño principal, y la cocina con el pequeño comedor y la puerta que da al jardín. Todas las paredes están decoradas con tonos pastel y el apartamento está finamente amueblado con pino y una resistente alfombra estilo hessiano.

Bajo la cabeza con un ademán burlón de vergüenza al unirme a los demás. La temperatura se siente tan cálida y agradable como un día de verano en Escocia, a pesar de ser invierno. Terry encendió la parrilla, y Anita y Shannon persiguen a Ben, quien pasea en su carro a pedales a lo largo del jardín.

“¡Perdón!” Sonrío a nuestros anfitriones. “Debieron de haberme despertado.”

“Para nada.” Shannon sacude la cabeza. “Viajar es cansado.”

Terry blande la espátula en dirección mía.

“Te perdiste del almuerzo, pero ahora estoy haciendo filetes para cenar. Me acuerdo de qué te gusta.”

Anita se siente como en casa y empuja a Ben en su carro. El tocino me pasó hace horas y ahora me muero de hambre.

“¿Puedo ayudar en algo?”

Siento que tengo que ganarme el hospedaje. Shannon asiente e indica en dirección a la cocina.

“Hay pan y boles con ensalada y arroz en la barra. Puedes traerlos si gustas.”

Tomo un momento para examinar la cocina al apilar la comida en una bandeja. Terry ha añadido unos pequeños faros en el techo que hacen que resalten la barra, la estufa, el refrigerador, y la lavadora. Las cuatro paredes están repletas con las acuarelas de Ben; el lugar tiene una atmosfera hogareña. Shannon entra al momento en que tomo la bandeja.

“Vengo por unas cervezas en el refrigerador.”

Me gusta su acento.

“Ciertamente has cambiado a mi hermano.” Le sonrío. “Es un hombre diferente.”

“Ah, ha madurado. Ben también ha puesto de su parte.” Shannon ríe. “Ha estado muy emocionado por verte otra vez.”

“Igualmente.” Admito. “Solíamos ser muy cercanos.”

Shannon parece mirar en mi alma antes de hablar, buscando una elusiva explicación que no estoy preparado para decir.

“No sé por qué Terry llegó aquí, pero estoy feliz de que lo haya hecho.”

“Es un completo australiano por dentro y por fuera, no hay duda de ello.”

Tengo la pequeña sospecha de que ella sabe que yo sé exactamente por qué Terry vino a Australia. De repente no puedo esperar a volver al jardín con los demás.

De noche, Anita comienza a bostezar pero yo tengo ganas de hacer cosas, habiendo dormido la mayor parte del día. Nos acurrucamos en cama por un momento y ella se duerme rápido. Me pongo una chaqueta y salgo al jardín. En cosa de 10 minutos escucho la puerta al patio deslizarse y la voz grave de Terry detrás de mí.

“Creí haberte oído.”

“Perdón; ahora estoy muy despierto.” Le sonrío a mi hermano. “Esta descomposición horaria es un asco, ¿no?”

“Te acostumbrarás después de un par de días.” Terry asiente. “Fue igual conmigo al principio.”

Miro a mi hermano con simpatía.

“Tienes buena vida aquí.”

“Si; hay suficiente trabajo, aunque me tomé unas vacaciones. Shannon quiere otro hijo, así que estoy esforzándome para seguir la dinastía McAdam.”

“Es trabajo duro.” Río. “Pero alguien tiene que hacerlo.”

“Vamos a follar cada noche en mitad de su ciclo.”

“Diablos; debe ser una pesadilla.” Le lanzo un guiño. “Buena suerte.”

Estamos una vez más en esa relación relajada que teníamos en aquel entonces. Terry va a la cocina por unas cervezas y nos quedamos sentados en la obscuridad, disfrutando el tipo de camaradería de que solo comprendemos los hermanos con un pasado compartido. Después de un rato, veo que las manecillas de mi reloj indican una hora después de medianoche.

“Shannon va a preguntarse dónde estás.” Me pongo de pie, un poco desbalanceado después ayudar a Terry a terminar media botella de whiskey. “Es hora de irse a dormir.”

“Dile a Anita que Shannon quiere llevarla de compras a la calle McQuarie mañana... hoy.” Terry arrastra la voz. “Podemos llevar a Ben al parque y correr un rato.”

“Perfecto.” Bostezo. “Nos vemos...”

Camino a lo largo del pasillo. Anita está cálida y suave al abrazarla por la espalda. En cuestión de segundos, estoy de vuelta en la tierra de los sueños.

Lo bueno de ser tío es que puedes jugar a la pelota con tu sobrino, pero después se lo entregas a sus padres al final del día. Estoy dispuesto a tener hijos en el futuro, pero Anita tiene razón, ella es todavía una niña, y yo no estoy listo para la paternidad, ni para ver la cara de alguien más cerca de los senos de mi esposa, donde la mía debería de estar.

Ben es un buen chico, y parece que lo caigo bien. Dejo que anote un gol fácil.

“Es una pena que no nacen a los 3 años, ¿no?”

“No lo sé.” Terry le sonrío a su hijo. “Es diferente cuando es tu propio hijo. Aprendes a lidiar con la caca y las noches sin dormir.”

“No me convences.”

Terry suelta una de esas enormes y estridentes carcajadas que recuerdo con tanto afecto, y me da un palmazo en la espalda.

“Dale algo de tiempo, hermanito. No puedes evitar que las mujeres quieran tener hijos; está en sus genes. Espera a que Anita llegue a los 30, y se pondrá peor. Shannon está a punto de llegar, y ya está preocupada por su reloj biológico.”

“No me imagino como padre, pero si llego a serlo, sé una cosa.” Miro a Terry. “Voy a ser mucho mejor que papá.”

Terry patea la pelota a Ben, quien ríe y corre tras ella.

“Fue la bebida la que lo arruinó. Si es necesario por Ben y Shannon, nunca volveré a tomar una gota.”

Miro a Ben, feliz y sonriente, y recuerdo las peleas, los gritos y las golpizas.

“Tuvimos una horrible niñez, ¿verdad?”

Terry no dice nada de inmediato, porque en realidad no hay nada más que decir. Pero nada me prepara para el guiño conspiratorio que precede una enorme sonrisa.

“No importa ya; lo arreglé, ¿no?”

Las chicas se están llevando excelente, platicando como si se conocieran de toda la vida. En la tercera noche, vamos a la ciudad para una comida rápida y para que Ben no se canse mucho. Aparentemente, según Terry, los infantes tienden a lanzar comida y aterrizar sobre sus platos y no han tomado la siesta vespertina. Hay un buen restaurante sobre Memorial Av. Tan pronto entramos, escucho el sonido del frenesí de 3,000 niños.

No importa que los adultos tengamos que gritar para comunicarnos, Ben se la está pasando bien. Anita lo lleva a un área de recreo, y siento que cuando volvamos a Edimburgo, va a querer hablar conmigo al respecto. No me preocupan los primeros pasos; son los 20 años que le siguen lo que me perturba.

Terry ordena cerveza mientras esperamos la comida. Shannon me dice que va a llevar a Anita y a Ben al Westfield Centre mañana, porque aparentemente mi hermano me tiene una sorpresa. Miro a Terry, pero él se acaba su vaso en un par de tragos, como si no hubiese oído nada.

CAPÍTULO 35

Terry aun no ha dicho a dónde vamos al dirigirnos a Sídney sobre la M5. La torre de reloj en la calle Harrington nos dice poco al momento de estacionarnos. Después de unos 200 metros, llegamos a una pequeña oficina, Terry me lanza un guiño y me indica a seguirlo. Mientras él se detiene en la recepción para registrarnos, yo me pongo ver las fotos en las paredes, de personas trepando el puente de la bahía de Sídney.

Es cuando comienza la explicación sobre seguridad y riesgos que me doy cuenta de que vamos a trepar el puente. Terry se orina de risa en silencio durante la explicación al mirarme. No obstante, yo estoy dispuesto a encarar el desafío y le muestro los pulgares, especialmente al enterarme de que estaré asegurado a la cuerda en todo momento. Los trajes que usaremos se ven un poco extraños, pero no soy ningún fashionista.

Agradezco que sea un día despejado y fresco al seguir al guía a través de un túnel bajo el puente. Estamos por iniciar el viaje vertical de 120 metros hasta la punta del arco. Dejo que Terry vaya primero y le doy una patada en el trasero al iniciar la subida.

“Algo me dice que ya has hecho esto antes.”

“Si, un par de veces. La vista es excelente.”

Me da gusto ver que haya paradas para tomar agua y ventiladores, porque pronto empiezo a sudar. El guía quiere tomarnos fotos en cada parada. Agarro a mi hermano y posamos en nuestros trajes de cuerpo completo como un par de idiotas en un día libre.

El ascenso es lento y seccionado, y no me siento tan cansado al llegar a la cima. Debo admitir que la vista te quita el aliento: las velas de la Casa de la Ópera y el centro de Sídney están al este, y Terry me apunta a las Montañas Azules al oeste, y los delfines nadan bajo el puente. El guía nos deja saborear la vista; yo siento un frenesí al estar con mi hermano en las alturas. Suspiro al absorber la experiencia a través del aire frío contra mi cara.

“No quiero irme a casa.”

Terry me sonrío.

“Múdate aquí. Es buena vida. Eres joven, tienes habilidades y familia aquí. No tendrás ningún problema para migrar aquí.”

“Mamá se quedará sola. Admito que solo la veo en Pascua y Navidad, pero estoy disponible en caso de emergencias. No sé como tomará Anita dejar a su familia.”

“Es algo que tendrán que discutir ustedes dos.” Terry asiente sabiamente. “Por supuesto que yo tenía que venir aquí. Solo era cuestión de tiempo para que alguien quitara el cemento en Miller Gardens para poner césped.” Se encoge de hombros. El viejo se lo tenía merecido; era él o tú, y tuve que asegurarme de que fuera él.”

No sé si es la altura, la camaradería o el hecho de saber que mi hermano nunca me defraudará. De repente siento la necesidad de revelar algo a la persona que siempre guardará mi secreto.

“Yo hice lo mismo.”

No hay retorno ya. Veo a Terry voltear a verme con expresión inquisitiva.

“¿Qué?”

“Digo que yo hice lo que tú hiciste; maté a alguien.”

Terry ríe, pero se oye como un gesto hueco.

“Bromeas, ¿verdad?”

Miro un delfín nadando cerca de un bote que pasa bajo el puente, y niego con la cabeza.

“No, desearía que fuese así, pero no bromeo.”

Mi hermano se ve tan perplejo como yo me siento. La revelación hace que todo se sienta mucho más real.

“¿A quién?”

“Una prostituta que se aferró a mí. Acabó conmigo. No pude deshacerme de ella. Incluso usaba mi apartamento como burdel mientras yo estaba en el trabajo, y nunca supe. El sexo era bueno, pero después conocí a Anita, y esta prostituta... no quería irse...”

“¡Carajo!” Terry exhala.

No puedo detenerme; todo va a salir.

“Le pedí a un compañero que me fichara en el trabajo para que pareciera que me tomé un receso de media hora. Tomé dos horas y fui al apartamento para sacar sus cosas y cambiar las cerraduras. Hasta donde sabía, ella salía durante el día.” Tomo una pausa para respirar y cierro los ojos al sentir la brisa en mi cara. “Estaba estacionándome cuando vi a un tipo saliendo de mi apartamento con una sonrisa en el rostro. Abrí la puerta y alcancé a oírla gritar desde el apartamento. La dejo esposada a la cama; estaba furiosa, pero no tanto como yo al enterarme de que usaba mi apartamento para servir a sus clientes. Vi rojo; supe que nunca se iría y yo la quería fuera de mi vida. Tomé una almohada y se la presioné en el rostro. La dejé ahí y regresé a trabajar. No sé como logré concentrarme en nada más esa tarde.”

Terry estuvo callado todo el rato, escuchando atentamente. Silbó suavemente al final de mi diatriba, reconoció la indicación del guía de que nos quedaban 15 minutos.

“¿Sospechó algo la policía?”

“Ella tenía el ADN del cliente encima y claro que mis huellas iban a estar en mi apartamento. Pero mi *compañero* no se resistió la recompensa ofrecida por los padres de la prostituta, y le dijo a la policía que él me fichó en el trabajo. Revisaron las hojas horarias, pero es mi palabra contra la suya. Según el registro, sólo me tomé media hora para comer. Siempre he tenido un temperamento fuerte, pero Anita me ha calmado. Hasta he ido a clases de manejo de ira. Esos pobres imbéciles están peor que yo.”

Terry rió.

“Es curioso que lo menciones. Fui a algo similar para tratar de olvidar al viejo y ordenarme al poco tiempo de llegar aquí. En realidad, no puedo decir que me siento diferente en lo más mínimo. ¿Sabe Anita de esto?”

“No.” Agito la cabeza. “Nos terminaría si se enterara.”

“Tu secreto está a salvo conmigo.” Terry mira su reloj. “Vámonos. Conozco un gran lugar en Puerto Darling donde podemos almorzar.”

PARTE 4 - ANITA

AGOSTO 2001

CAPÍTULO 36

Sólo he conocido a Shannon por poco más de una semana, pero ella es como la hermana que nunca tuve. Parecemos estar en el mismo canal. Las dos somos muy femeninas, nos gusta ir de compras, el maquillaje y la moda. Ben es adorable, e incluso cambié de opinión con respecto a tener hijos. Shannon dice que es mejor tenerlos cuando eres joven, porque tienes más energía para lidiar con las noches sin dormir y el cambio en tu rutina.

Hoy los chicos han salido a pasear en su pasarela varonil. No es fácil hacer eso con un niño y quiero que Paul se acerque lo más posible a su hermano, por lo que Shannon me lleva a Las Rocas. Tal parece es un excelente lugar para salir de compras, y necesito suvenires para llevar a mis padres y a Molly. Nos veremos con los chicos en la cena, lo cual me parece bien porque desconfío un poco de Terry, a sabiendas de su pasado. Claro que él es un perfecto caballero en mi presencia, pero no me gustaría estar en el otro lado de su temperamento. No puedo imaginarme estar enojado al punto de acuchillar a tu propio padre. Paul ahora está mucho más calmado y me alegro de eso, pero por otro lado, Terry de hecho ha matado a alguien. Prefiero estar con Shannon y que los chicos estén por su propia cuenta.

Hoy vamos a viajar en tren, lo cual es un gusto para Ben y para mí. Shannon me dejó vestir a Ben para el viaje y me doy cuenta que lo difícil que es vestir a alguien que no se queda quieto.

“Ya aprenderás.” Shannon ríe. “Dale un coche para jugar cuando estés abrochando botones; le encantan los coches.”

“No estoy acostumbrada a niños de 3 años.” Me río al ponerme de pie. “Es un mundo completamente nuevo.”

Ben se une a la conversación.

“¡Pelota! ¡Quiero pelota!”

“Tía Anita te va a comprar una.” Le sonrío. “Cuando lleguemos a las tiendas.”

Paramos para tomar un café y charlar a media mañana mientras Ben toma una siesta. Empujo el carrito hacia una mesa vacía en una esquina hasta el fondo mientras Shannon se pone en la fila para ordenar y pagar. Mientras espero, me pongo a pensar en lo agradable que sería vivir aquí y pasar el rato regularmente con mi cuñada.

Shannon sonríe al poner la charola repleta sobre la mesa y al abrir una bolsa con dos muffins de moras azules.

“Un latte para ti, y un chocolate para mí. Y come antes de que Ben se despierte.”

“Qué lindo.” Le sonrío. “Yo invito la próxima.”

Comemos en silencio sociable. Sin embargo, no tengo palabras para responder cuando Shannon habla una vez más.

“Me parece raro que Terry haya dejado a su familia para venir aquí. No se molestó en ponerse contacto con nadie hasta que Paul le mandó un mensaje por Facebook.  No te parece extraño?”

Rodeo la pregunta, consciente de que ella me examina con atención.

“No conozco a Terry tan bien. Tal vez los chicos tuvieron un descuerdo hace tiempo.”

“Creo que sabes más de lo que dices. Puede que no conozcas a Terry, pero *si* sabes porque se fue,  no?”

Los ojos avellanados de Shannon son casi hipnotizantes. Me ruborizo furiosamente, y ella lo nota inmediatamente.

“Vamos; dime. *Sabes* por qué;  Puedo verlo en tu cara!”

Me sonríe, pero es una sonrisa falta. Estoy acorralada.

“Paul me dijo, pero no querría que le dijera a nadie.”

Shannon da un palmazo sobre la mesa.

“ Lo *sabía*! Vamos; tienes que decirme. Soy su esposa; no pasar  a mayores, lo prometo.”

Mira a mi alrededor en desesperación como si alguno de los clientes del café pudiese ayudarme. Miro a Ben, durmiendo en su carriola, en caso de que despertara. No puedo cambiar el tema, y no s  qué hacer.

“N-no creo que sea buena idea.” Niego con la cabeza.

“ Anita... dime! Es mi esposo y tengo derecho a saber!”

No est  equivocada. Si volviese a perder el control, Ben y ella estarían en peligro mortal. De repente, razono que tiene derecho a saber de lo que su esposo es capaz de hacer.

“Mat  a su padre.” Susurro, mirando a mi alrededor para asegurarme que nadie está escuchando.

“ Qu ?” Shannon me mira incrédula con la boca abierta.

“El tipo tenía un bat y estaba por herir a Paul, tal vez matarlo. Terry lo apu alo para proteger a su hermano.”

Shannon mira a través de mí como si no estuviese yo ahí. No s  si hice lo correcto; al ver sus lágrimas, deseo no haber dicho nada.

“Bromeas,  verdad?” Solloza.

“Desearía que fuese así.”

No puedo comer más; ya no tengo hambre. Shannon pregunta algo más mientras se limpia los ojos.

“¿Qué hicieron con el cuerpo?”

Suspiró y le digo todo. No vale la pena retener nada.

“Está enterrado bajo el patio de la casa donde vivían. Nunca lo encontraron. Su hermano lo reportó desaparecido después de un año, pero Molly, su esposa, se alegró no verlo más, así que le dijo a la policía que se había ido con otra mujer.”

“Dios mío.” Shannon llora. “¡No puedo creerlo!”

“Es la verdad.” Suspiro. “Aparentemente, su padre era un alcohólico violento. Estoy segura de que Paul estuvo marcado de por vida por las golpizas que le dio de niño; hasta hace unos meses, él mismo tenía un temperamento terrible.”

Shannon se sopla la nariz y trata de verse tan normal como podría ser posible tras enterarte de que tu esposo es un asesino.

“Terry siempre ha sido tan tierno conmigo y con Ben. Me cuesta entender esto.”

“Paul estuvo en peligro y Terry lo rescató. Eso dice mucho de Terry.” Trato de suavizar las cosas. “Hizo lo mejor que pudo por su hermano.”

El resto del día se derrumba y no puedo esperar a volver con los chicos. Shannon se lleva a Terry y Ben a su habitación y cierra la puerta después de que nos vemos en casa para cambiar de ropa y después salir a cenar. Cuando Paul sale de la ducha, las voces suenan en el pasillo. Ben llora y yo camino de aquí a allá, frotándome las manos. Paul se pone una camisa limpia y pantalones chinos, y apunta a la puerta con su pulgar.

“¿Qué pasa?”

Corro a él, tratando de arreglar las cosas.

“¡He hecho algo terrible! ¡Lo siento tanto!”

“¿De qué estás hablando?”

En ese momento, la puerta de nuestra habitación se abre de golpe y Terry, agitado y enfurecido sale y me apunta con el dedo.

“¡Tu! ¡Maldita perra! ¿Tenias que arruinarlo todo, no?”

Me llevo la mano a la boca, increíblemente asustada. En mi mente, el momento se quedará suspendido por siempre. Paul se pone enfrente y encara a su hermano.

“¡Hey, alguien dígame qué diablos está pasando!”

Desde la habitación, alcanzo a escuchar los sollozos de Shannon. Ben pedalea en su carro a lo largo del pasillo, mientras Paul y Terry, con su nueva camaradería ya olvidada, se miden como si fuesen boxeadores.

“Tu preciosa esposa le dijo a Shannon todo lo que pasó con *papá*.” Terry escupe la

última palabra. “¡Me mudé 16,000 kilómetros para tratar de empezar una nueva vida! ¡Ahora gracias a Anita, mi esposa pienso que soy un asesino serial!”

Veo a Shannon con lágrimas vivas en el rostro, acercarse para abrazar a Terry.

“¡Fue mi culpa, yo la obligué a que me dijera! ¡Siempre me pregunté por qué viniste y dejaste a tu familia! ¡Nunca me dijiste nada! ¡No la culpes; yo la obligué!”

Terry respira audiblemente y empuja a Shannon, en todo momento mirándome con ojos que podrían matarme en un instante. Cuando vuelve a hablar, la sangre se me enfría.

“Aquí te va una. Pregúntale a mi hermanito quién mató a la prostituta en su cama. Si él no te dice, ¡yo lo haré! Después de todo, *tú* hiciste que mi matrimonio se fuese al diablo. ¡No veo porque el tuyo no debería irse al diablo también!”

Paul arremete contra Terry con un golpe, y él responde antes de tomar a Shannon y azotar la puerta detrás de ellos tan fuerte que la casa tiembla. Corro y pongo el seguro a la puerta de la habitación, aunque sé que Terry podría derribar la puerta con una patada. Me volteo y encaro a Paul.

“¿Es verdad? ¿Mataste a Catherine Taylor?”

Paul, manos hechas puños y rojo de ira, se eleva sobre mí.

“¿Cómo pudiste hacerles esto? ¿Eres estúpida, o qué?”

Las vacaciones que iban tan bien, ahora se han derrumbado en una masa hirviente de odio. Pensé que Shannon estaría orgullosa de Terry haya protegido a Paul así. Paul me dá una bofetada tan fuerte que mi vejiga cede espontáneamente, y un chorro de orina cae sobre la alfombra. Sollozo y me acurruco en el suelo para protegerme. Puedo oír a Paul inhalando y exhalando sobre mí y digo lo único que se me ocurre.

“¡Lo siento tanto!”

No responde inmediatamente, y espero la posible patada en las costillas. Escucho los resortes de la cama al momento que Paul se baja. Yo me quedo donde estoy.

“Ya es algo tarde por eso, ¿no crees?”

Ya no hay furia en su voz. Miro arriba y veo que está sentado al borde de la cama, con la cabeza en las manos. Salgo de la habitación y cierro la puerta. Necesito alejarme de él y quitarme la ropa mojada. Me pongo debajo de la ducha y dejo que el agua fría me quita el escozor de la cara. Al volver a la habitación, envuelta en una toalla, veo que sigue en la misma posición con la mirada al suelo. Me pongo ropa limpia, tomo mi maleta, teléfono y bolso, cierro la puerta y corro hacia la puerta de entrada, buscando estar en cualquier lugar que no sea aquí.

Comienza a anochecer y la gente empieza a llegar a casa después de trabajar. Me pongo una chaqueta y camino la ruta a Liverpool. No tengo idea que haré al llegar, pero el alivio de alejarme de la casa es sobrecogedor. Tengo que encarar el hecho de que mi esposo mató a Catherine Taylor y que tiene un temperamento incontrolable, que podría llevarlo a matar otra vez. Me doy cuenta ahora que mi padre tuvo razón con sus sospechas. Sé que mi matrimonio está acabado, y que tengo que hablar con el Detective Elliott tan pronto

regrese a casa. Me siento como una completa tonta por aceptar las mentiras de Paul como si fuesen la verdad todo este tiempo. Nunca respondió a mi pregunta sobre Catherine Taylor, pero yo ya sé la verdad.

Después de casi media hora, llego a Memorial Av. y acabo sentada en una banca para dejar la vida pasar frente a mí. Cierro los ojos y saboreo la brisa en mi cara. Estoy a 16,000 km de casa, en una ciudad desconocida, con un esposo y un cuñado, ambos asesinos que ahora me odian. Mi pasaporte y boleto de avión están en mi maleta, pero el vuelo es dentro de 5 días.

La noche se acerca. Mi celular suena, pero no tengo ningún deseo de regresar a esa casa. Me pongo de pie y camino a lo largo de la avenida, descubriendo con desaliento que el dinero no me durará mucho para una habitación de hotel. Al caminar sin rumbo, llego a la conclusión de que sólo hay una cosa que sí puedo hacer.

Le pregunto a alguien cómo llegar a la estación de policía más cercana, y me indica la dirección hacia Flowerdale Road y después ir a la derecha dos cuadras más adelante sobre la calle Moore. Apresuro el paso sin mirar atrás, ansiosa de llegar a un lugar seguro. Sin embargo, al pasar Anderson Av., me doy cuenta de que un vehículo se ha detenido frente a mí. Asustada, veo a Paul saliendo del asiento del pasajero. Terry conduce, y él también sale del auto. Los dos se paran en el pavimento frente a mí.

“¡Déjenme!” Trato de evitarlos.

Paul se acerca, con los brazos extendidos frente a sí.

“Te hemos estado buscando por horas. Vuelve; siento haberte golpeado. Podemos arreglar eso. ¿A dónde vas?”

“A ningún lado.” Miento. “Sólo estoy caminando.”

Terry agita la cabeza y se pone al lado de Paul.

“La estación de policía está a la vuelta de la esquina. Ella sabe a dónde va.”

Estoy acorralada, atrapada con dos hombres que han sido brutalizados en la niñez hasta el punto de pensar que el asesinato es una solución viable para sus problemas.

Nunca podré perderlos si trato de correr. Suspiro y subo al auto, satisfecha con el conocimiento de que puedo contactar a la policía al llegar a casa, a menos que Paul decida tenerme de prisionera por el resto de mi vida.

CAPÍTULO 37

Para cuando volvemos a la casa, Ben está bañado y en cama, y Shannon, bendita sea, ha preparado salmón, filetes y verduras. La atmósfera es opresiva con los cuatro en la mesa; yo, por mi parte, como en absoluto silencio para no causar más problemas.

Mantengo los ojos fijos en el plato. A la mitad de la cena, Terry rompe el silencio.

“Mira, Anita. Perdón por gritarte. Shannon dice que te obligó a decirle. Supongo que siempre fui un idiota al pensar que nunca se enteraría. Me has hecho un favor, realmente, pero fui demasiado ciego para darme cuenta de ello. Ya no hay secretos entre nosotros, y Shannon acepta que traté de proteger a Paul.”

“Perdón por presionarte, Anita.” Shannon recargó gentilmente su cabeza contra la mía. “Terry es el hombre para mí, y es un excelente padre. Voy a asumir que esto no va a llegar a mayores.”

Paul, quien hasta ahora no ha dicho nada, me mira de reojo, esperando mi respuesta. Trato de no mirar a nadie.

“No, Shannon. No voy a destruir tu familia.” Balbuceo con la boca llena de salmón. “Prometo que no haré o diré nada que pueda afectarles.”

Los tres me sonríen. Terry, animado y mucho más feliz, pone los cubiertos abajo y toma un sorbo de vino.

“Hagamos un pacto de que todo esto quedará entre nosotros cuatro, y que nunca diremos una palabra de ello nunca más. ¿Qué dicen?”

“Hecho.” Paul es el primero en responder.

“Por supuesto.” Shannon accede.

“Si.” Asiento; una mentira para salvar mi pellejo.

El alivio es casi palpable en la mesa al momento en que enlazamos las manos. No puedo tolerar ver a Paul, quien sonríe y comienza a tragar como si no hubiese un mañana. Me frustró ante el drama que sé que va a ocurrir en nuestra habitación más tarde, y me prometo no caer frente a sus encantos esta vez.

Después de cenar, veo la televisión con los demás y me uno a la charla trivial. Imagino que todos nos sentimos aliviados al momento de irme a la habitación. Pretendo estar dormida para cuando Paul entra más tarde, se quita la ropa y se acuesta junto a mí.

“Anita, sé que estás despierta.”

Estoy tan tensa que olvido respirar lentamente. Estoy acostada al lado de un asesino, y la sensación de su mano sobre mi piel me hace querer retorcerme, saltar por la ventana y

correr sin parar. Sin embargo, me volteo para darle la espalda, para hacerle saber estoy profunda y absolutamente asqueada de su ser.

“Vete al diablo. Si me vuelves a golpear, yo seré la que te apuñale a *ti*.”

La cama se agita al movimiento de Paul para encender la lámpara de noche.

“No lo dices en serio. Mira; siento mucho haberte golpeado. Me enojé contigo para haberle dicho a Shannon, y luego Terry vino y dijo las cosas que dijo. Fui un desorden; lo siento. Nunca pasará otra vez.”

Suspiro, y me siento sobre la cama con los ojos sobre él.

“Volverá a pasar, Paul, porque no puedes controlar tu ira. ¿Crees que es normal asesinar gente porque no hacen lo que tú quieres? ¡Pobre Catherine Taylor! ¡Eres un monstruo! ¡Me casé con un monstruo, por amor de Dios!”

Comienzo a llorar al poner la cabeza de vuelta sobre la almohada. Todo lo que quise fue un esposo decente que me ame y una familia. En vez de eso, tengo el equivalente escocés a Jack el Destripador.

Paul se me acurruca y pone un brazo alrededor de mi cintura. Me encojo ante su tacto e intento proyectar mi mente más allá de éste predicamento. Siento su aliento sobre mi nuca.

“Hazme saber cuándo puedo compensar esto. No me volverás a ver levantando un dedo contra ti. Te amo; sólo quiero que seamos felices.”

Me doy cuenta de que tendré que recordar mis días en la universidad y hacer mano de mis clases de actuación para no alarmarlo. Suspiro y pongo mi mano sobre la suya; la mano que mató a Catherine Taylor.

“Te amo, Paul, pero tu ira me aterra.”

Siento el alivio en su voz.

“Te adoro. Nunca volveré a lastimarte. Igual que Terry y Shannon, nunca habrá más secretos entre nosotros. Tendremos muchos hijos y nunca les gritaré siquiera.”

Ignoro el hecho de que está mintiendo. Comienzo a llorar al escuchar sus palabras, porque ahora me doy cuenta de lo que voy a tener que hacer.

Los rayos del sol motean las paredes cuando Paul me despierta a las 7:45 con té y pan tostado. Tiene una enorme sonrisa en el rostro y pronto recuerdo que tengo que pretender que estoy feliz hasta tener la oportunidad de ver al Detective Elliott. Todavía nos quedan 4 días de estas vacaciones, y me digo a mí misma que tengo que cooperar y disfrutar lo que Terry y Shannon nos tengan preparado.

“Gracias.” Le doy una sonrisa falsa y tomo la bandeja. “No tenías que hacer esto.”

Paul salta hacia la cama y me planta un beso en la mejilla.

“Solo lo mejor para mi chica.”

Mastico el pan y bebo el té, pensando en el contacto físico que tendré que tolerar, y que Paul pensará que llevará a tener sexo. Rechinos los dientes al terminar mi desayuno y pongo la bandeja sobre la mesa de noche, permitiéndole que descansa mi cabeza sobre su hombro.

“Te amo, preciosa. Siento mucho lo de ayer.”

“Yo también.” Digo sinceramente, consciente de que mi matrimonio está acabado.
“Empecemos de nuevo.”

Paul se pone sobre mí; su erección ya es evidente. Al envolverlo con las piernas, pienso en Catherine Taylor, muerta en plena juventud por el cerdo que tengo por esposo. Tengo que asegurarme de no ser la siguiente en la lista.

CAPÍTULO 38

Ya es el 9 de agosto, mi cumpleaños número 19, y Paul me compró un bello juego de collar con aretes. Además de todo, me deja elegir a dónde vamos hoy. Sugiero que un viaje a Sídney no estaría completo sin una visita a playa Bondi, pero Terry me dice que agosto no es la mejor época para apreciarla en toda su gloria. No obstante, todo mundo está dispuesto a ir. Después del desayuno, ayudo a Shannon a buscar la cubeta y pala de Ben, y lo arropamos para el clima frío. Paul es Sr. Amable en esta ocasión y se pone a bromear con Terry, a hablarle a Ben, y a acurrucárseme en el asiento trasero.

Al llegar, veo gente surfeando en las aguas heladas, vestidas con trajes de neopreno. Agarramos lugar en la arena, todos vestidos para el invierno. Terry y Paul mantienen el calor pateando una pelota, mientras que Shannon y yo ayudamos a Ben a construir un castillo de arena. Todos tenemos cuidado de no perturbar la calma entre nosotros, y Terry se esfuerza mucho para ser extra-agradable, trayendo 5 porciones de pescado con papas para almorzar.

Nos sentamos en nuestras reposeras y comemos en algo como un silencio amigable. Paul se cerciora de que no esté demasiado fría y me ofrece su chaqueta. Agito la cabeza y sigo mirando a la gente surfeando, deseando desesperadamente estar con mi mamá, disfrutando del calor de una tarde de agosto en su jardín, sin ninguna preocupación en absoluto.

Shannon deshecha el papel de la envoltura y le da algo de tomar a Ben.

“¿Es esto todo lo que los británicos comen? ¿Pescado con papas?”

“No.” Paul contesta. “A veces comemos papas sin pescado.”

“Paul, ¿te acuerdas de cuando esperabas al final de Miller Gardens los viernes por la noche para que llegara Len el Pez?” Terry ríe. “¿Recuerdas esa camioneta? Dios sabe en qué freía esas papas.”

Escucho la risa de Paul.

“Si, es un milagro que hayamos sobrevivido todo este tiempo sin que nos haya dado un ataque al corazón.”

“¿Está Miller Gardens en Edimburgo?” Pregunto. “¿Ahí crecieron?”

“Así es.” Terry masca una enorme papa. “El número 48 estaba al otro lado del camino. Para cuando llegábamos a casa con la comida, ya nos habíamos acabado las papas, y mamá nos daba toda una...”

“¡Terry!” Shannon amonesta a su esposo y voltea a ver a Ben. “¡Repíte todo lo que oye!”

“Perdón; si. Mamá nos gritaba y nos hacía pagarle una porción de papas para ella de nuestra mesada.”

Me río tan sinceramente como me es posible.

Nunca antes he estado tan feliz de volver a casa. Paul no murmura ni una sílaba al meter algunas de mis cosas en su maleta para que yo pueda cerrar la mía.

“¿Te divertiste?”

Me mira como si él fuese un infante. Decido darle satisfacción.

“Claro. He estado pensando... ¿Dejaré de tomar la píldora?”

Me abraza fuertemente. Siento su corazón latiendo intensamente. Pero todo en lo que puedo pensar es en Catherine Taylor, muerta en su ataúd, y concluyo que estoy haciendo lo correcto.

“Amada mía, ¡no sabes cuánto he anhelado escucharte decir eso!”

Me besa y me pregunto qué tan pronto puedo utilizar las náuseas matutinas como excusa para no ir a trabajar.”

Detesto las despedidas en el aeropuerto. Me agrada Shannon, y al finalizar las platitudes de volver a vernos el próximo año, me entristezco frente a la certeza de que nuestros caminos no se volverán a cruzar nunca más. Abrazo cariñosamente a Ben, imaginándome tener un hijo propio, sintiendo escalofríos al pensamiento de traer un hijo de Paul al mundo. Después de unas semanas de noches sin dormir, sé que Paul estaría de tal humor que no me atrevería a dejar a un bebé llorando solo con él, ni por un momento.

Terry me abraza y después lleva su atención a Paul, susurrándole algo en el oído que Shannon y yo no alcanzamos a escuchar. Veo a los hermanos abrazados, y me sorprende ver lágrimas en los ojos de Paul. Al enfilarnos para la revisión de seguridad en el área de Partidas, miro atrás y veo a Terry mirándome seriamente, con un brillo en los ojos.

“¿Estás bien?” Le pregunto a Paul

“Si.” Rápidamente se limpia las lágrimas. “¿Por qué no habría de estarlo?”

Él se encuentra callado al momento que damos un último vistazo en la tienda. Compro un perfume para mi mamá y una loción para mi papá antes de ir a comer. Paul come lentamente, lo cual es preocupante, puesto que generalmente engulle como un animal. Doy una gran mordida a mi hamburguesa y me aventuro a preguntar.

“¿Qué te dijo Terry cuando te susurró en el oído?”

Paul deja los cubiertos y me sonrío en un modo extraño.

“Me dijo que te vigilara.”

“¿Que me vigilara?” Ignoro la sensación de desaliento. “¿Por qué?”

“No confía en ti, pero le dije que no serías tan estúpida como para ir a la policía.” Me mira fijamente. “No lo harías, ¿o sí?”

La amenaza está ahí, velada en amabilidad, pero muy presente. Sufro una punzada de terror en mitad de la gente que va y viene a nuestro alrededor en un aeropuerto que nunca duerme.

“¡No seas tonto! Paul, acordamos que no volveríamos a tocar el tema. Hasta donde sé vamos a casa a tratar de tener un bebé, ¿no?”

Se relaja un poco y parece volver a la normalidad.

“Por supuesto que sí. Le dije a Terry que se preocupaba demasiado.”

Al pararnos para abordar, siento que las piernas se me han hecho gelatina.

CAPÍTULO 39

Una mañana a finales de octubre deduzco que puedo empezar a poner mi plan en marcha. Al sentir que Paul está despierto a mi lado, salgo torpemente de la cama y voy a baño, vierto algo de sal en una taza de agua tibia, digo una plegaria y me bebo la tasa.

El vómito es prolongado y ruidoso. Paul entra para acariciarme la espalda y mantener mi cabello fuera de mi cara. Debilitada y desdichada, jalo la cadena al excusado y me dejo caer al suelo.

“Creo que estoy embarazada; mi periodo está retrasado.”

Él me abraza y le cuesta trabajo mantener la emoción confinada en la voz.

“Quédate en casa hoy. Le avisaré a Doddy que no te estás sintiendo bien.”

“No te preocupes por mí; estoy bien... solo quiero volver a la cama.”

Me acuesto y descanso hasta que sale del apartamento para ir a trabajar. Tan pronto se ha ido, me levanto y me ducho, y como pan tostado para protegerme el estómago. A las 9:30, camino a la ciudad en un agradable día de otoño; estoy nerviosa pero segura de estar haciendo lo correcto.

La oficial en la recepción levanta los ojos de la pantalla de la computadora y me saluda con una sonrisa.

“Hola. ¿Puedo ayudarla?”

“Necesito hablar con el Detective Elliott, por favor.”

¿Quién lo busca?” Me mira con interés.

“Dígale que es la esposa de Paul McAdam, Anita.”

Dentro de unos momentos, un hombre robusto de unos 40 años me recibe, presentándose como el Detective Elliott. Se me lleva a un cuarto y se me da una taza de té.

Al final de las cortesías, saca un cuaderno de notas.

“Bueno, Sra. McAdam. ¿Qué puedo hacer por usted?”

Estoy tan aterrada que mi voz tiembla al hablar.

“Ha estado buscando a la persona que mató a Catherine Taylor el año pasado.”

“Si.” Asiente y se endereza en la silla.

“Bueno, yo puedo decirle que mi esposo la mató. No podrá probarlo, pero con suerte habrá evidencia o algo para arrestarlo por el asesinato de su padre. Creo que habrá algo de ADN en el cuchillo que usó.”

El detective se queda callado por un momento antes de ponerse de pie para tomar una grabadora de un estante.

“¿No tiene objeción si grabo esta conversación?”

Niego con la cabeza.

“No, en absoluto.”

Logré atraer su atención inmediatamente. Quiero acabar con esto y regresar al apartamento en caso de que Paul vaya a la hora del almuerzo. El Detective Elliott enciende la grabadora, registra la hora, fecha, y nuestros nombres, y se recarga en el respaldo de la silla.

“Continúe, Sra. McAdam.”

“Por la información que he obtenido en los últimos meses, puedo decirle que el padre de Paul, Ian McAdam fue apuñalado y yace 3 metros bajo un patio de concreto en el número 48 de Miller Gardens, aquí en Edimburgo.”

El detective me mira fijamente.

“¿Quién le proporcionó ésta información?”

Mantengo contacto visual

“Paul me dijo esto, pero tuve que elegir cuidadosamente el momento para decirlo. Aparentemente, el asesinato tuvo lugar hace casi 5 años. La casa es donde vivía Paul cuando era niño; su madre ahora vive en otro lado, pero creo que ella siempre asumió que su esposo se había ido con otra mujer. Paul también confesó que él sofocó a Catherine Taylor, pero no creo que haya prueba de eso.”

“Ya veo.”

“Sr. Elliott, a lo largo del año pasado, he descubierto que mi esposo no es la persona con la que creí que me había casado. Tiene un temperamento terrible y temo por mi vida. Si lo arrestan y lo dejan ir, no quiero imaginar lo que me hará. Sé que le estoy describiendo su trabajo, pero debe de tener la evidencia antes de que lo arresten. Si la prensa se entera de algo, dígales que los nuevos dueños encontraron el cuerpo cuando quitaron el concreto para poner un césped. Nadie debe de saber que yo le di esta información.” Recuerdo las palabras que Terry le dijo a Paul en el aeropuerto, y me da un escalofrío. “De otro modo, mi vida puede estar en riesgo.”

Noto un breve destello de fastidio en el rostro del policía, que oculta rápidamente por su además profesional.

“¿En riesgo de quien, si puedo preguntarle?”

Recuerdo la imagen mental de los ojos de Terry mirándome con severidad.

“De mi esposo si llega a salir de prisión, y de cualquiera dispuesto a cumplir un deseo de vengarse de mí fuera de prisión.”

“No se preocupe, Sra. McAdam. Ha sido muy valeroso de su parte al venir aquí. Tenemos el ADN de su esposo del día que Catherine Taylor fue asesinada. Déjenoslo a nosotros; pronto vamos a investigar el número 48 en Miller Gardens.”

Son las 11:15 para cuando salgo de la estación de policía. Al llegar a casa, tomo la píldora para mantener mi periodo a raya. Me hago un sándwich a mediodía y me hundo en el sofá con una taza de té cuando el teléfono suena repentinamente.

“¡Hola Paul!” Trato de sonar animada.

“Hola preciosa. ¿Cómo te sientes?”

“Mejor. Acabo de comer un sándwich. Dile a Doddy que iré en la tarde.”

“Excelente. Yo le digo.”

Estoy en éxtasis al conducir a la oficina. He cumplido mi promesa de no incriminar a Terry, quien después de todo sólo protegía a su hermano. Espero que Molly no se involucre demasiado, y que acabe enterándose en las noticias. El plan está yendo bien.

La ansiedad de que la policía encuentre algo se me nota. Paul piensa que estoy emocionada por el embarazo y empieza a hablar de que compremos un carrito, una cuna y una silla para bebé. Le digo que esperemos un poco más para estar seguros. Mis supuestas visitas al doctor para revisiones ‘prenatales’ me dan tiempo para ir a la estación de policía, donde el Detective Elliott me dice que encontraron el cuerpo y que están en el proceso de recuperar evidencia de ADN. La prensa está instruida a no decir nada.

Algo sobre lo que no tengo control es la llamada que Paul hace a su hermano para decirle que va a ser padre. Tengo un mal presentimiento. Después llama a Molly, quien está comprensiblemente emocionada de ser abuela. No tiene idea sobre la existencia de Ben, y estoy bajo estricta instrucción de Paul de que no debo decirle nada.

En la mañana del 14 de noviembre de 2001, nos despierta un fuerte golpe en la puerta. Paul se pone jeans y una camiseta en la prisa. Parpadeando desconcertado, es arrestado por el asesinato de su padre. Paul llama mi nombre como un niño perdido llamando a su madre mientras le leen los derechos. Al abrazarlo antes de que se lo lleven, derramo genuinas lágrimas de angustia ante el final de mi matrimonio y un futuro incierto.

Tomo ahora el asunto en mis propias manos, llamo a Molly y le digo que los dueños actuales de la casa encontraron el cuerpo de su esposo. Su voz se oye sorprendida, mucho más aún después de que le digo que Paul ha sido arrestado por el asesinato.

Me mudo del apartamento de Paul y me quedo temporalmente con papá y con Tricia. Me siento algo más segura ahí. Le hago saber a mi padre que tuvo la razón desde el principio, pero él no dice esas odiosas 3 palabras que anticipaba: *te lo dije*. Le digo a mamá que renunciaré y que volveré con ella al final del juicio y cuando la policía haya terminado conmigo. Ella llora en el teléfono, igual que yo.

Sigo trabajando en Dodd, pero aparto Navidad a medida que la fecha del juicio de Paul a mediados de diciembre se acerca. Me han permitido un par de visitas, y voy para mantener las apariencias. Me sorprende al decirme que ha estado hablando con una excelente consejera en la prisión, el tipo que admite que debería haber visto en su adolescencia. Paul se ve acabado al escuchar que el estrés de su arresto me provocó un aborto espontáneo.

Llora y me busca a través del cristal de seguridad. Alcanzo a ver que ha perdido peso, y me ruega que me ponga en contacto con Terry y que le diga lo que está pasando. Me dice que le ha escrito una carta a su hermano y que dejó un mensaje en la contestadora, pero no ha habido respuesta. Soy de la opinión de que Terry y Shannon se desaparecieron para evitar una visita de la policía australiana, pero no quiero verlo más deprimido de lo que ya está. No le digo que voy a pedirle el divorcio en el futuro cercano.

CAPÍTULO 40

Los imponentes interiores de la Corte de la Corona y la presencia del juez, del jurado y de los abogados me hacen ver claramente qué le hecho a mi esposo al sentarme junto a mi padre en la galería pública. Paul entra a la sala en uniforme de prisión, y se sienta en el banquillo entre dos guardias de seguridad; se ve delgado y palido. Sus ojos me buscan, y me mira con imploro, como un alma perdida. Una larga fila de periodistas está ocupada escribiendo y puliendo los artículos que seguramente aparecerán en los tabloides de mañana.

El primer día del juicio empieza con los juramentos y los sermones de la defensa y la acusación. Siendo la esposa de Paul, no se me ha llamado para dar evidencia alguna, y honestamente estoy agradecida de tener que hablar frente a tan augusta presencia.

El Detective Elliott jura en el segundo día proporcionar evidencia para la acusación. Inmediatamente anuncia que recibió información de una fuerte fidedigna que el cuerpo de Ian McAdam fue encontrado bajo un patio de concreto en el número 48 de Miller Gardens. Sin siquiera mirar a Paul, siento sus ojos clavados sobre mí desde el banquillo, y que él sabe sin lugar a duda quién es esta 'fuente fidedigna'. Mantengo los ojos en el suelo. La defensa pide al detective decir quién es la fuente, pero siento alivio cuando el oficial rechaza revelar la identidad y después dice que hacer eso podría poner la vida de la fuente en peligro.

Mitchell Land, experto forense, es el siguiente testigo. Él confirma que el ADN de Paul y un tipo similar que asume pertenece a su hermano fue encontrado en el cuchillo, el cual fue enterrado junto con el cuerpo de Ian McAdam. Le dice a la corte, con bastante confianza, de que no duda que Paul, y posiblemente otro familiar, son responsables del asesinato.

La parte acusadora parece haber hecho su investigación, pues escucho que llaman a Darren Maynard. No he visto a Darren desde que dejó de trabajar en Dodd, pero ahora parece tener muchos deseos de hablar. Le dice al jurado que Paul lo había atacado y que su ex-amigo tenía un furioso temperamento y puños rápidos. Me arriesgo a ver a Paul cuando Darren baja del estrado, y se ve como si le hubiesen arrancado el alma y las entrañas.

Estoy más interesada en el caso de la defensa, el cual tiene lugar en el tercer día. Me sorprende en gran manera cuando la primera persona que llaman al estrado es ni más ni menos que mi suegra. Molly, ignorando que puedan involucrarla, no quita los ojos de su hijo al decirle al jurado que Paul frecuentemente fue víctima de la violencia de su padre. Ella describe a vivo detalle las golpizas y las azotainas que dejaban marcas en su espalda por días y que ella nunca pudo evitar. Hechizada, la escucho hablar con ojos secos y voz clara, declara que Ian McAdam siempre sospechó que Paul no era hijo suyo y que después

de beber, desfogaba sus frustraciones contra el niño. Sin embargo, ella añade firmemente que Paul es su hijo y que sólo ha estado con un solo hombre: Ian McAdam.

Paul mira a su madre atentamente. Me doy cuenta de que nunca supe que tan severo era el castigo que Paul sobrevivió cuando niño. Ahora quiero que me mire para que pueda ver la simpatía en mi expresión, pero su mirada sigue fija sobre su madre.

Molly declara que vio a su hijo mayor, Terry apuñalar a su padre, quien estaba a punto de golpear a Paul en la cabeza con un bat, y que Terry lo hizo para proteger a su hermano. Le dice al jurado que sabía dónde estaba enterrado el cuerpo, pero que ella también había sido golpeada por su esposo en múltiples ocasiones, por lo que no se molestó en reportarlo desaparecido. Como reflexión tardía, añade que Paul y Terry enterraron juntos a su padre y el cuchillo; cavaron un agujero en el jardín de noche y lo rellenaron con cemento. Molly dice que Terry se fue a Australia después del evento, y que no ha oído de él desde entonces.

El jurado se ve tan perplejo como yo. Papá no dice nada. Miro a Paul sonriéndole a Molly; es el vínculo indestructible entre madre e hijo. Me parece que el juicio puede acabar acercándolos en el futuro. Me alegra que al menos siempre habrá alguien de su lado, pero siento culpa al saber que esa persona no seré yo.

Me sorprende nuevamente. La defensa llama a Christine Lessing, la consejera de la prisión con la que Paul ha estado hablando. Christine es una mujer de unos 40 años, de apariencia severa; me recuerda a una profesora de la universidad. Ella toma el estrado y declara que ha estado trabajando con los problemas de manejo de ira de Paul a diario. Me fascina cuando le dice al jurado que la violencia e impotencia que sufrió cuando niño causó los sentimientos de ira que ahora sufre de adulto, pues ahora tiene la capacidad de afirmarse a sí mismo. Sin embargo, dice que Paul está ahora consciente de lo que alimenta su ira, que ha sido un pupilo modelo, y que se ha comprometido a aprender estrategias para lidiar con su ira.

Debo admitir que Paul parece una persona muy diferente. Ya no hay rastro de arrogancia en su ademán; se ve mucho más sereno. Me da una sonrisa sutil, y yo acabo respondiéndole de la misma manera.

Finalmente, Bernard Dodd sube al estrado y jura sobre la Biblia. Declara que Paul es hábil y diligente en su trabajo de soporte técnico, y que siempre hace horas extras. Añade, mirando a su empleado, que nunca ha tenido que disciplinarlo por ninguna razón. Me quedo absolutamente asombrada cuando declara en voz muy alta de que estará complacido de que Paul vuelva a trabajar en su compañía.

PARTE 5 - PAUL

DICIEMBRE 2001

CAPÍTULO 41

Nunca me habría imaginado que me dejarían salir con 300 horas de servicio comunitario. Bajo del estrado y mis manos tiemblan al agradecerle a mi abogado, a Christine, a mi querido Doddy, y a mi mamá, quien espero ante todo que no vaya a ser acusada por servir de accesorio al asesinato. Virtualmente soy hombre libre, pero al revisarme los bolsillos, me doy cuenta de que no tengo llaves ni dinero. Sólo hay una persona con un luego de llaves que me podría dar un aventón: mi esposa.

Anita. La chica a la que amaré hasta que pongan el último clavo en mi ataúd. He sido un demonio con ella, y con las mujeres en general. Christine me ha hecho ver lo que la ira reprimida desde la niñez puede hacerle a alguien. Al pensar en cómo sofoqué a Cat, siento que revivo las acciones de otra persona, una persona furiosa que no tenía mucho por qué vivir. Podrá haber confesado haber matado a Cat en el banquillo pero, ¿lo haría si tuvieras la oportunidad de expiar tus crímenes en vez quedarte en una celda por el resto de tu vida? No culpo a Terry por desaparecer. Ahora tiene a Ben y a Shannon, y ellos son su mundo.

Puedo verla acercarse. Su padre se queda atrás en la galería y no se ve complacido, pero al menos Anita viene. Quiero abrazarla, pero me detengo.

“Buenas noticias, ¿eh?”

“Absolutamente.” Sonríe. “¿Estás bien para ir a casa?”

“Ah... no. No tengo llaves, ni dinero.”

“Papá te dará un aventón.” Ella mira hacia abajo. “Estoy... viviendo con papá y Tricia.”

“No te culpo. ¿Tal vez cuando haya terminado mi servicio comunitario querrás volver para que lo intentemos otra vez?”

“No lo creo.” Niega con la cabeza. “En realidad, quiero divorciarme. Volveré a Londres para entrar a clases el próximo septiembre.”

Mi mundo se cae a pedazos en ese momento, pero no tengo a nadie a quién culpar más que a mí mismo. Bienvenidos a mi pesadilla.

El apartamento se siente frío y vacío sin Anita. Toda la comida en el refrigerador está echada a perder, y hay una cosa negra creciendo en la puerta del refrigerador. Suspiro; parece que tendré que ir a la tienda.

Suena el teléfono; habla Derek, mi supervisor de servicio comunitario ya hace sentir su presencia. Quiere verme mañana. Dice que tiene una larga lista de trabajos para mantenerme ocupado después de trabajar cada día. ‘Qué maldita alegría’, o ‘Apriétame, Jimmy Johnson, apriétame’, como mi amado padre solía decir cuando podía hablar coherentemente. Pienso en esa expresión, ¿quién carajo era Jimmy Johnson?

No quiero vivir en una cripta. Enciendo la calefacción, limpio el refrigerador e incluso aspiro el apartamento para mantenerme ocupado y para evitar pensar en Anita. Me quedo dormido después de una cena de platija con papas y ni siquiera me molesto en levantarme del sofá para irme a la cama. Despierto a las 5:30, y sigo completamente vestido, derrumbado frente a la televisión, viendo mostrando uno de esos horrendos canales de compras; una voz habla de regalos de navidad. Al menos el no tener a nadie me ahorra algo de dinero.

Quiero apretujar a Doddy en un abrazo al llegar a trabajar, pero me contengo. Todos hacen de cuenta que he estado de vacaciones, y digo abiertamente que estoy dispuesto a trabajar todas las horas extras que pueda a menos que tenga un trabajo de servicio comunitario en las tardes. Trabajo todo el día y no hablo con nadie. Veo a Anita en la cafetería conversando con una chica nueva. Cuando llevo mi charola a una mesa vacía, ella pasa junto a mí al salir y me da algo similar a una sonrisa.

“¿Todo bien?”

“Claro.” Me encojo de hombros. “¿Y tú?”

“Nada mal.” Mira a los lados. “Estoy entrenando a Julie para que tome mi posición. Le avisé ya a Doddy.”

“Excelente.” Doy un mordisco a mi sándwich. “Espero que te vaya bien.”

Evidentemente, su padre ha envenenado el último receso en un mente que tal vez podría sentir algo por mí. Noto que ya no usa ninguno de sus anillos.

Derek no es mal tipo. Le invito una cerveza cuando viene llega al apartamento esa tarde a tomarme medidas para uno de esos uniformes naranjas con las palabras *Servicio Comunitario* en la espalda. Mi pesadilla está ahora completa. Le pregunto si mi mamá va a ser acusada, pero me dice que ha oído por ahí que tal vez la dejarán ir con una multa por no reportar un crimen pasional, en el que ella fue accesoria.

Parece que mi primer trabajo va a ser cubrir un grafiti en la barrera alrededor del parque donde Anita y yo nos congelamos el trasero viendo a unos amigos jugar fútbol. Se acerca Navidad y obscurece a las 4 de la tarde. Derek dice que puedo trabajar en esto el fin de semana. Excelente; es mucho mejor que estar sentado al otro lado de la calle en The Rat and the Pigeon, pasando el rato con Ray. Derek incluso va a venir para traerme los materiales y para asegurarse de que comience a trabajar en ello. ¿Qué les parece este servicio?

Los imbéciles locales están activos el primer sábado, burlándose de mi uniforme y preguntándome a quién mate. Antes habría disfrutado callándolos con una golpiza, pero tengo la voz de Christine en la cabeza diciéndome que proyecte mi mente hacia una actividad placentera. Aplico la creosota con brochazos uniformes e imagino que acaricio el cuerpo desnudo de Anita con una brocha. Funciona; la burlas acaban por terminar, y yo con una enorme erección.

Dejo de sentir los dedos para cuando oscurece, Me quito la chaqueta del uniforme y empaco las latas vacías de creosota para después dejarlas en el auto e ir al pub. Ray me saluda con un pulgar.

“¿Cómo va el trabajo?”

“Acabaré en Navidad; no tengo más que hacer.”

“Bien por ti; sobrevivirás esto. Te invito una.”

La cerveza es espumosa y bienvenida, especialmente por el hecho de que es gratis. Se me ocurre bien podría estarme pudriendo en una celda, así que disfruto de mis alrededores, incluso si *solamente* es The Rat and the Pigeon.

Derek dice que no tengo que trabajar en Navidad, y honestamente creo que es tiempo de ir a visitar a mi mamá. La llamo en Víspera de Navidad; se oye feliz y me dice que vaya a visitarla el día siguiente para almorzar. No es mi modo ideal de pasar la Navidad, pero supongo que es mejor que quedarme sólo en el apartamento.

Una agradable sorpresa ocurre a las 10 de la mañana. Suena el timbre y veo a Anita en la puerta con un regalo para mí. La miro como si le hubiesen crecido tres cabezas. Su voz, no obstante, es música para mis oídos.

“¿No me vas a invitar a pasar?”

Recuerdo que trato de ser uno de esos perfectos caballeros que ves posando en las portadas de las revistas.

“Disculpa; por supuesto. Adelante.”

Hace apenas unos meses, ella vivía aquí, y ahora tiene que pedir permiso para pasar. Parece tener apetito. La sigo mientras se acomoda en el sofá.

“No pensé que te vería aquí solo.”

No soy un caso para caridad, y no necesito lástima. Sacudo la cabeza.

“Voy a almorzar con mi madre.”

“Qué bueno.” Anita sonrío. “Te traje algo.”

Tengo un regalo de Navidad. Maniobro con la caja y la miro.

“Me temo que no te compré nada. He estado ocupado trabajando en el parque o haciendo horas extra. En fin, no esperaba verte hoy.”

“Está bien. Solo quería darte un regalo para decirte que no hay rencores.”

Desenvuelvo el regalo y descubro una foto enmarcada de Terry, Shannon y Ben que debió de haber tomado con su celular en playa Bondi. Me doy cuenta de que extraño a mi hermano, tanto que me duele.

“Gracias.” Trago saliva y reprimo lágrimas al quedarme viendo la fotografía. “Es un bello regalo.”

Todo lo que me queda mi hermano es esta foto que atesoraré. Cierro los ojos y respiro profundamente, pero no sirve de nada. Tengo un nudo en la garganta.

“Perdón por incomodarte.” Anita se me acerca en el sofá. “No fue esa mi intención.”

Trago saliva una vez más; pienso en el trabajo del parque y logro contener mis emociones. Solo cuando estoy convencido de que mi voz no sonará como si estuviese pasando por la pubertad me arriesgo a contestar.

“Eres una buena chica, Anita; la mejor. Te daré el divorcio; no te preocupes. Te mereces a alguien mejor que yo.”

Aprieta mis manos, se pone de pie y va a la puerta.

“Papá está esperando en el auto.” Susurra. “Feliz Navidad.”

Incluso mi mamá parece feliz de verme el día de hoy. Me doy cuenta de que no le he comprado nada, pero tampoco creo que ella me haya comprado nada a mí. Le doy un abrazo rápido en la puerta para después entrar a su apartamento.

“El pavo huele bien.”

“Es pollo, de hecho. Los pavos son demasiado grandes; acabaría comiendo pavo hasta Pascua.”

La veo yendo de aquí a allá en la entrada de la cocina. Llego a la conclusión de que nunca conocí realmente a mi propia madre. ¿Por qué se quedó con mi padre por tanto tiempo?

“Gracias por declarar en el juicio.” Me siento en la mesa. “Estoy segura de que tú fuiste quien convenció al jurado.”

Mamá saca el pollo del horno.

“¿Qué más puede hacer una madre por su hijo? No he sabido nada de la corte, pero no me importa si recibo algún castigo, siempre y cuando tú estés libre. ¿Cómo va el servicio comunitario?”

“Soy el mejor con la brocha de creosota.” Ríe. “Si te quedas lo suficientemente quieta, te cubro a *ti* de creosota.”

Se forma una sonrisa sobre su rostro. Es una imagen tan rara que me quedo estupefacto por un momento. Parece 20 años más joven.

“¿Cómo está Anita?”

“Bien, creo. Quiere divorciarse.”

“Es toda una lástima.” Mamá corta el pollo y sirve los vegetales. “Me agradó mucho ella.”

“Se merece algo mejor; tengo demasiado de mi padre dentro de mí.”

Al oír esas palabras, mi mamá voltea y me mira fijamente.

“No. ¡No eres su hijo! Puedes cambiar el rumbo de tu vida; no aferres a dolores del pasado. Supéralo y gánate a tu chica de vuelta.”

Ella se voltea una vez más para seguir preparando la cena, pero yo me quedo estupefacto.

“¿Qué? ¿Papá *no* fue mi padre?” Me pongo de pie, camino hacia ella y la miro a los ojos.

“No, pero nos mantuvo y no tenía ningún otro lugar a dónde ir. Mi embarazo de ti fue el resultado de una aventura que recordaré hasta el final de mis días.”

Podrías derribarme entonces con una pluma. El viejo lo supo desde el principio, pero mamá no nos dijo nada a Terry y a mí. Todo comienza a tener sentido; de hecho, diría que nunca me sentí tan cercano a mi madre como en ese momento. La empatía me hace aventurarme en territorio desconocido.

“¿Cómo se llama mi padre?”

Mamá suspira, con un sentir lejano en los ojos.

“Richard Ellis. Paul era su segundo nombre. Le gustaba que lo llamara Ricky. No le digas a nadie.”

Maravillado, agito la cabeza.

“Claro que no diré nada pero, ¿por qué diablos te casaste con Ian en primer lugar?”

Mamá ríe amargamente mientras prepara la salsa.

“Él no era así cuando nos casamos, todavía no era un alcohólico. No sabía que iba a llegar a serlo. Para cuando Terry nació, nuestro matrimonio era una farsa.”

No puedo evitarlo. Le doy un abrazo.

“¿No había un refugio a donde podrías haber ido?”

“Lo intenté; me encontró y me dio la golpiza de mi vida.”

Me arriesgo un poco más.

“¿Dónde conociste a mi verdadero padre? ¿No querías verlo una vez más?”

Mamá niega con la cabeza.

“Estaba casado y con hijos. Era el gerente de un hogar residencial donde trabajé los fines de semana cuando Terry era pequeño. Lo amé pero no quise destruir su familia, ni dejar a sus hijos sin un padre.”

“¿Dónde trabajaron?” Pregunto con interés.

“En las hayas de la calle Elderslie.”

“Me vas a ver más a menudo entonces.” Le beso la coronilla. “Siento haber sido un hijo tan horrible.”

“No, Paul.” Mamá se libera y vierte salsa en los platos. “Es al revés. No pude protegerte. Yo soy quien tiene la culpa.”

Llevo los platos a la mesa y le sonrío.

“Me he mantenido en contacto con Terry por Facebook. Imprimí una foto de él, de su esposa Shannon y su hijo Ben. La copiaré y te la traeré en la semana.”

Mamá me mira con ojos llorosos.

“¿Terry se ha mantenido en contacto?” Susurra.

Pensé que sería mejor omitir mi visita a Australia. Asiento y clavo mi tenedor en un pedazo de pollo.

“Tienes un pequeño nieto, Ben. Tiene 3 años. No tengo idea de dónde vive Terry; solo nos mandamos mensajes.”

Mamá parece estar a punto de explotar de felicidad.

“¿Tengo un nieto?”

“Si.” Asiento. “Solo espera a que veas la foto. Se parece mucho a Terry.”

CAPÍTULO 42

Veo una tarjeta de felicitación en el mantel cuando llego a casa después de trabajar en Víspera de Año Nuevo. La abro, feliz de recibir una más para decorar el manto junto con el regalo de mi mamá. Tiene la imagen de una mujer bien vestida de los años 50, sentada en un sillón, leyéndole una historia a dos niños igualmente bien vestidos.

‘Y el hombre le pidió que se casara con él, pero ella se negó. Vivió feliz por siempre jamás, sin nunca tener que limpiar la casa, ni remendar calcetines, ni hacer de cenar.’

Me río, a pesar de que la tarjeta es de Anita. Ansioso, leo el mensaje dentro de la tarjeta.

‘Feliz cumpleaños, Paul. Partiré a Londres este año. Aquí tienes un boleto de Primer Paso para esta noche como regalo de cumpleaños. ¿Nos vemos junto a la pista de patinaje a las 9:30 por los viejos tiempos? Con amor, Anita.’

Tomo el boleto como si estuviese hecho de polvo de oro. Nunca, ni en mis sueños más indómitos me habría imaginado algo así. Tenía la idea de simplemente ir al pub y pasar el rato con Ray. Ahora tengo en mis manos los medios para pasar la noche de mis sueños.

Me tomo tiempo armando mi apariencia, como si fuese a una primera cita. Duchado, arreglado y oliendo a burdel turco a las 7, paso las siguientes 2 horas caminando de aquí para allá sin poder quedarme quieto. Sé que me tomará media hora llegar a la calle Princes, y salgo a las 6:50, entusiasmado de llegar a tiempo o incluso un poco temprano.

Ella ya está ahí, esperándome. Al acercarme, recuerdo la última Víspera de Año Nuevo y siento un pequeño escalofrío. Juro estar en mi mejor comportamiento y tratarla como porcelana de Dresden.

“Gracias por el boleto.” Sonrío. “Es mejor que oír a Ray quejarse toda la noche.”

Anita me sonrío.

“Pensé que te gustaría.”

Miro a mi alrededor. La calle comienza a llenarse de gente y la banda comienza a tocar.

“¿Quieres ir al pub?”

Ella niega con la cabeza e indica hacia la pista de patinaje.

“¿Alguna vez has patinado sobre hielo?”

Palidezco a la idea, pero me mantengo firme.

“Ah... no, no realmente.”

“Yo lo he hecho un par de veces. Vamos; será algo diferente.”

Entro cautelosamente al hielo como si fuese un hombre con piernas de madera, aferrándome desesperadamente a la baranda.

“Nada mal, esto...”

Anita suelta una carcajada y toma mi mano.

“¡Relájate; ve con la corriente!”

Disfruto la calidez del contacto.

“Voy a mover me en la corriente con mi trasero sobre el hielo en un minuto, más allá de eso no sé nada.”

Anita ríe como una niña, y es un sonido adorable. Me alegra hacer el ridículo un rato si eso la complace. Afortunadamente, aprendo rápido, y dentro de poco, estamos patinando lentamente, tomados de la mano como si fuésemos una copia barata de Torvill y Dean. Me estoy divirtiendo mucho. Anita me lanza una mirada.

“¿Estás disfrutando tu cumpleaños?”

La tomo de ambas manos, las aprieto gentilmente y trato de girar un poco.

“¡Es el mejor!”

Repentinamente, mis botas se resbalan debajo de mí y caigo sobre mi trasero, pero no me importa. Anita me ayuda a levantarme, y yo río mientras me sacudo.

“Creo que me hace falta un trago, o 12, pero lo que realmente me gustaría es un chocolate caliente.”

“Los venden por aquí.” Anita apunta a un café al lado de la pista. “Siéntate y yo voy por ellos.”

Creo que me va a salir un moretón en el trasero. Me siento cuidadosamente, y es un alivio descansar los pies. Anita, con dos chocolates en la mano, camina sobre la superficie de hule en sus patines con el control de una profesional.

“Hasta tu fondo, como dice mi mamá.”

Tomó un sorbo con gratitud.

“Gracias. ¿Cómo está tu mamá?”

“Está bien. Dave sigue tratando de casarse con ella, pero ella no quiere ni saber nada de eso.”

“No la culpo.” Digo. “Los hombres no somos más que problemas.”

“Oh, no lo sé... Has madurado; me gusta tu nuevo ‘yo’”

“¿En serio?” Le sonrío. “Sigue hablando; soy todo oídos.”

Nos quedamos sentados amigablemente mientras bebemos nuestros chocolates calientes. Es la primera Víspera de Año Nuevo desde que los 16 que no tomo ni una gota

de alcohol. Decido que, por una vez, no tomaré nada de alcohol en mi cumpleaños. Hago la pregunta que comienza a moléstame.

“¿Cuándo vuelves con tu mamá?”

Anita mira su vaso.

“Dentro de dos semanas. Julie ya está puesta al corriente, y mi trabajo en Dodd va a terminar pronto.”

¿Acabo de detectar una nota de tristeza en su voz? Escucho la voz de mi madre, diciéndome que me gane a mi chica de vuelta. Pienso que la noche es joven, y que depende de mí tratar de convencerla.

“Otra ronda en la pista y después caminemos por la calle Princes.”

“OK.”

Caminamos tomados de las manos y patinamos un poco más cercanos que la primera vez. Ahora vamos al mismo ritmo y ondulamos alrededor de niños y principiantes con facilidad. Anita acelera el paso y yo la sigo, plenamente consciente de que amaneceré lisiado por la mañana.

“¡Hey, Christopher Dean! ¡Mírate!”

Le sonrío y me aferro a la baranda por un momento. La banda en la calle Princes ha subido el volumen. Estoy con la chica con la quiero estar por el resto de mi vida, y el mundo se ve al alcance de mis manos. Anita se detiene a mi lado y yo toco su mentón, mirándola a los ojos.

“Te amo.” Le digo, con entera fe detrás de cada sílaba. “Siento mucho haber arruinado todo.”

No dice ni una palabra, pero se acerca y pone los brazos alrededor de mi cintura. Es la sensación más maravillosa descansar mi barbilla sobre su coronilla. No puedo, no me *permitiré* desperdiciar el momento.

“No te vayas.” Le susurro en el oído. “Quédate aquí, quédate conmigo. He cambiado; dame una última oportunidad. Te amo tanto.”

“Lo voy a considerar.” Anita ríe. “Pero tendrás que esforzarte mucho para convencerme.”

No me importa llegar a Castlehill para ver los fuegos artificiales, y a Anita tampoco. Estoy fuera de mí por la felicidad de pasear sobre la calle Princes con mi chica. Nos mantenemos alejados de las multitudes, y finalmente acabamos de vuelta en el apartamento. Ni siquiera me molesto en encender la luz del pasillo al cerrar la puerta detrás de nosotros. Se siente grandioso estar en la obscuridad, con Anita en mis brazos a la caída de la medianoche, dando la bienvenida al Año Nuevo y al nuevo Paul Christopher McAdam.

“Feliz año nuevo, nena. Siento tanto que hayas perdido al bebe.” La abrazo más fuerte en la negrura. “Fue mi culpa, con todo el estrés que te provoqué.”

Silencio.

“Nunca hubo un bebé, Paul.”

Perplejo, enciendo la luz; subo su mentón a mí, y me le quedo viendo.

“¿De qué hablas?”

La escucho suspirar en el intento de buscar las palabras adecuadas.

“Necesitaba una oportunidad para ir a la policía. Todo lo que hice fue beber un vaso con agua salada para hacerme vomitar y seguí tomando la píldora.”

Antes, esto me habría enfurecido. Hoy, sólo la abrazo más fuerte.

“¡Gracias a Dios que hiciste eso! De no haber ido a prisión, seguiría siendo el Paul que fui antes. Espero que por mi reacción puedas ver que he cambiado.”

Asiente y me besa.

“Dicen que la prisión empeora a algunas personas. Contigo, creo que acabar ahí y conocer a Christine fue lo mejor que pudo haber pasado.”

“Te equivocas.” Susurro en su oído. “Lo mejor que me ha pasado eres *tú*.”

Al cargar a Anita a la habitación, no tengo duda de que mi cumpleaños 23 ha sido el mejor que he tenido, incluso si estoy completamente sobrio.

CAPÍTULO 43

Veo el año 2002 pasando a toda velocidad, y sólo queda una cosa que no puedo sacarme de la cabeza y que absolutamente *debo* de decir, a pesar de haber jurado mantenerlo en secreto. Anita se da cuenta de que algo me molesta, y espera a que yo lo diga. Acabo cediendo una tarde de sábado, después de que ella me sirva un sándwich de barritas de pescado. No alcanzo a entender cómo es que la imagen de las barritas de pescado en un pedazo de pan logra este efecto en mí.

“Ian McAdam no era mi verdadero padre.”

La sorpresa hace que Anita ponga demasiada salsa de tomate en su sándwich. Cae sobre el pan y el resto de la mesa como si fuesen gotas de sangre.

“¿Eh?”

Me mira y comienzo a odiarme por lo que estoy haciendo a mi madre.

“Prepárate para esto. Mamá tuvo una aventura cuando Terry era pequeño. Yo fui el resultado. Mi papá fue un tal Richard Ellis, el gerente del lugar donde mi mamá trabajaba. Paul era su segundo nombre.”

“¡Caray!” Anita lame la salsa de sus dedos. “¿Cuándo te enteraste de esto?”

“En Navidad, cuando fui a visitar a mi mamá. Le da vergüenza; no le digas a nadie.”

“Por supuesto que no.” Anita asiente. “Quieres encontrarlo, ¿verdad?”

“¿Viste el Papa un vestido? Por supuesto que sí, pero sé si mamá me volverá a hablar.”

“Claro que sí, no te preocupes. Probablemente *quiere* que lo encuentres. Por eso te lo dijo.”

Cuando no se pasa el tiempo viendo telenovelas, mi esposa dice cosas muy sabias. Considero ahora que es mi deber encontrar a mi verdadero padre. Saco mi teléfono del bolsillo.

“Apunté el nombre al llegar a casa.” Miro la sección de ‘Notas’ y leo en voz alta. “Aquí está; Las Hayas en la calle Elderslie. Creo que puede estar en Glasgow.”

Anita bebe un sorbo de té.

“Acabamos de comer y después buscamos en Google.”

Le doy el teléfono a Anita esa tarde en caso de que yo diga la cosa equivocada y lo arruine todo otra vez. Anita activa el altavoz para que yo pueda oír. Su nuevo trabajo en un centro de llamadas le ha enseñado un tono autoritativo que realmente me sorprende.

“Buenas tardes.” Anita dice a una voz femenina al otro lado de la línea. “¿Podría comunicarme con Richard Ellis?”

Silencio.

“¿Quién?”

“Sr. Richard Ellis. Entiendo que es el gerente.”

“¡Oh, *Ricky!*” La voz ve la luz. “Ricky se marchó; ahora se encarga del asilo Highcross en Canonmills.”

“Gracias.”

Anita finaliza la llamada y me mira.

“Canonmills queda cerca de aquí, ¿verdad?”

“Claro que sí.” Asiento. “Busquemos y llamemos, preciosa. Lo estás haciendo excelente.”

Encuentra el número y lo marca; me sonrío antes de pasarme el teléfono.

“Ya viste lo fácil que es. Inténtalo.”

Una mujer contesta el teléfono, y siento una punzada de decepción al no escuchar la voz de mi padre.

“Hola. Quisiera agendar una cita con Richard Ellis, por favor.”

“¿Asunto?”

La voz se oye aburrida y poco cooperativa; en el pasado, le habría dicho que no era nada de su maldita incumbencia. Pero ahora, cuento hasta diez.

“Necesito encontrar un lugar para mi madre.”

Escucho páginas de lo que asumo que es una agenda

“Está disponible mañana a las 4 en punto, o el lunes a las 9:30 por la mañana.”

“Mañana a las 4, por favor.”

Oculto una mueca de emoción frente al pensamiento de conocer al hombre que fue lo suficientemente valiente para ignorar la ira de Ian McAdam y tener una aventura con mi madre.

“¿Cuál es su nombre?”

Pienso que es mejor no dar un nombre que suene una alarma demasiado pronto.

“Paul Fairfax.”

“Hasta mañana.”

Con un chasquido, la llamada termina. Volteo a Anita con la boca abierta, y ella me da un fuerte abrazo.

Parece tener 60 años y ya con algo de calvicie, pero delgado y correoso como yo. No puedo ver por qué mi mamá se sintió atraída a él. Tal vez se veía excelente hace unos 25 años. Me sonrío al momento en que paso a su oficina y después cierra la puerta.

“¿Busca hablar conmigo sobre un lugar para su madre?”

Asiento.

“En cierto modo. No vengo a hablar de un lugar; vengo a hablar de mi madre.”

Lo miro y me doy cuenta de que los engranajes giran dentro de su cabeza.

“Mi nombre es Paul McAdam. My madre es Molly McAdam. Ella solía *trabajar* con usted.”

Se da cuenta rápidamente de a dónde van las cosas.

“¿Molly? ¿Eres su hijo?”

“Si, y el suyo también, según me dice. Pensé que era hora de que nos conociéramos.”

Parece como si fuese a caerse de su silla.

“No se preocupe. Mi mamá no sabe que vine. Nunca quiso afectar a su familia. Me lo dijo en Navidad. Estoy haciendo esto por mi propia cuenta.”

Mi padre me examina y suspira.

“Nunca lo supe. Se fue cuando te estaba esperando, pero asumí que el bebé era de su marido. Encantado de conocerte, Paul.” Extiende su mano. “Llámame Ricky.”

“Hola, Ricky.” Estrecho su mano y sonrío. “Estoy aliviado de que no me hayas echado a la calle.”

“No, no. Para nada.” Ricky me observa. “Eres como tu madre, ¿sabes?”

“Si, es lo que he escuchado.”

“Me gustaría volver a ver a Molly, si está dispuesta. Soy viudo; mi esposa murió hace dos años. Mis hijos ya están casados. He pensado en tu madre a lo largo de los años y me he preguntado dónde está.”

“Vive en Glasgow, y le diré; ella nunca se ha olvidado de usted.”

Ricky se ve a punto de explotar por la emoción.

“Dale mi número de teléfono.” Escribe sobre un pedazo de papel. “Lo dejaré a su discreción, por supuesto.”

“Le daré su número.” Asiento. “Gusto en conocerlo.”

Ricky me muestra la puerta.

“El gusto es todo mío.”

EPÍLOGO - ANITA

OCTUBRE 2003

El grito de Richard me despierta de un sueño sin descanso, y mis senos ya se estremecen. Bostezo y me doy cuenta de que parezco pasar todas las horas anhelando dormir.

Me volteo a ver Paul, pero no está acostado junto a mí. Sonriendo, salgo torpemente de la cama y me pongo bata y pantuflas. Sé exactamente dónde está.

Piso suavemente hasta llegar al cuarto del bebé y me asomo por el marco de la puerta. Paul está sentado en la mecedora, como Richard en brazos debajo de su bata. En las 4 semanas que hemos sido padres, 9 de 10 veces, Paul se levanta antes de mí sin queja alguna, calmando al bebé antes de alimentarlo. Bostezo otra vez y me sacudo el cansancio.

“¿Cuánto tiempo has estado aquí?”

Paul me ve y sonrío.

“Un rato. Le cambié los pañales y trato de chuparme la teta, pero no logró sacar mucho de ahí, me temo; creo que por eso llamó. Le dije que tarde o temprano mamá llegará.”

Se pone de pie y me entrega a nuestro hijo al momento en que yo me siento en la mecedora.

“Te traeré una taza de té mientras haces lo tuyo.”

El mundo entero duerme excepto Paul, Richard y yo. Pongo al bebé debajo de mi seno, y él comienza a chupar codiciosamente. Mis ojos se cierran al mecer la silla con las piernas. Nunca habría soñado que tener a un recién nacido sería tan agotador.

Paul regresa con té y pan tostado, y los tres cenamos felizmente.

Decir que estoy impresionada por las habilidades de cuidado de niños de mi esposo sería decir poco. Paul está dando todo de sí para ser todo lo que Ian McAdam no fue; un compañero involucrado conmigo y un padre amoroso con Richard. Los ojos de Molly se encienden cada vez que ve a su nieto. Ha sido de tanta ayuda estos meses, y el nacimiento de nuestro hijo también la ha acercado a su propio hijo. Ella y el verdadero padre de Paul van a mudarse pronto. Poco a poco, Paul está conociendo a su padre y está extasiado por el hecho de que ahora tiene 2 hermanastros y una hermanastra, aunque hasta donde Molly lo sabe, yo no debo de saber quién es Ricky. Al final Molly acabó con una sentencia suspendida, pero creo que no ha podido decirle a Ricky.

Mi única esperanza es que Terry se ponga en contacto con Paul algún día. Enviamos detalles del nacimiento de Richard a la dirección donde nos quedamos, pero no hemos recibido respuesta alguna. Pienso que Terry no quiere que la policía llegue a encontrarlo,

pero una llamada a su hermano vendría bien. Ambos comparten la misma horrenda niñez que brutalizó a Paul y que enloqueció a Terry. A pesar de que no se parecen mucho, pienso que fueron cercanos en Sídney, y sé que Paul lo extraña.

Mi papá se equivocó con respecto a Paul. Le llamé y se lo dije hace poco, y ha admitido derrota. Los dos se llevan bastante bien ahora, especialmente después de la llegada de Richard. Tricia tuvo otra hija, y me parece extraño que tengo un hijo apenas unos meses más joven que mi hermanastra Charlotte.

Estoy en paz con el hecho de que Paul haya asesinado a Catherine Taylor. Era una persona completamente diferente en aquél entonces, y el tiempo que pasó en prisión y la instrucción de Christine Lessing me dieron a un hombre que se parece más a su verdadero padre. Piensa antes de actuar, y es todo lo que podría desear en un esposo. Lo acompañé cuando fue a visitar la tumba de Catherine. Sus lágrimas fueron verdaderas, y sé que cargará con esa culpa por el resto de su vida.

Mamá acabó cediendo y se casó con Dave. Creo que la reconciliación entre Paul y yo le hizo pensar en su propio futuro. Estoy feliz por ella, y estoy feliz de haberle dado una última oportunidad a Paul. Fuimos a la boda de mi mamá. La abracé y le recordé que la vida es corta, y que tenemos que tomar nuestras oportunidades de ser felices cuando las encontramos. Incluso invitó a papá y a Tricia a la boda, y curiosamente, papá y Dave se llevan de maravilla.

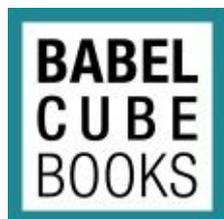
FIN

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor **deja un comentario**, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

www.babelcubebooks.com